

CAPITULO VIII

LOS JINAS EN ESPAÑA

Las glorias de los poetas y el mito tradicional.—Gustavo Adolfo Bécquer y los *jinás*.—Las leyendas becquerianas.—La leyenda del gnomo del Moncayo. Los gnomos de Franz Hartmann.—El Monasterio de Veruela.—Riqueza mitológica española en el Bierzo y en Asturias.—El problema de los Vascos.—Los *jinás* del arroyo de Torote y de la vieja Compluto.—Rota y sus tesoros mitológicos.—Un ocultista olvidado: Don Benito Arias Montano.—La caverna de Ronda y su lago.—Las de Aracena y Alhajar.—El Cerro de Salomón.—Las cuevas de Salteras.—Montoro y la familia Blavatsky.—Las cuevas de Lituergo y La Huesa.—Fantasmas y dólmene.—Los misterios de las Salas de Gallarda.—Un pajarero misterioso.—El Or de Caravajal y los Penitentes Mudos.—¿Un guía *jina*?—Los castillos de las comarcas de Bailén y de Andújar.—Recuerdo ocultista de las batallas contra los franceses.—Desaparece el guía.

La mitología es al hecho histórico lo que la parábola a la moral, ha dicho Blavatsky, por eso son los mitos, según Platón, vehículos de grandes verdades bien dignas de ser buscadas. Ellos son, a no dudarlo, la vida de la intuición, facultad que es, según Platón, la más excelsa de las tres facultades de la mente. La fantasía colectiva ha empequeñecido los mitos, despojándolos de su grandéza filosófica pristina; pero al par los ha conservado, como la tierra que, al sepultar las ruinas, las conserva en su seno largos siglos en espera de mejores épocas en que hayan de retornar a la luz del día.

Los poetas, esos grandes intuitivos a quienes por su propia y poderosa intuición la lengua latina llamó *vates*, es decir, adivinos, son los encargados de restituir a los mitos su poder, depurándolos de la herrumbre de los siglos. De aquí que las glorias más puras de los poetas vayan siempre unidas a un mito, desde Valmiky y Homero hasta Goethe y Wagner.

Imposible, pues, hablar de los *jinás* de España sin evocar la silueta del más dulce y más intuitivo, entre la pléyade de sus gloriosísimos poetas: De

Gustavo Adolfo Bécquer, quien diríase que habla tratado íntimamente con estas gentes semihumanas o superhumanas, para escribir sus inmortales leyendas, leyendas con las que se experimenta ese *frío astral* característico de lo sublime y lo extrafísico. Bécquer, además, en su doble condición de artista prodigioso y de enfermo, casi *medium*, a quien la muerte arrebató en la edad más florida, es quizá el español que más se ha acercado al espíritu de la leyenda oriental. Si su instrucción hubiera sido más poligráfica y hubiera contado con más tiempo para desenvolver sus cualidades de maravilloso intuitivo, nos habría dejado uno de esos monumentos impercederos de la épica o de la lírica universales.

En todas sus *Leyendas* admirables palpita la intuición, la evidencia que Bécquer tenía acerca de ese mundo misterioso a que nos venimos refiriendo en estas páginas. El lector no nos llevará a mal, por tanto, que recordemos de un modo brevísimo las ideas míticas más capitales de sus *Leyendas*, que son un extraño eco de las de *Las Mil y Una Noches*, tanto en fondo como en colorido.

En *La Creación*, poema indio, se aborda ese problema insoluble de las grandezas y pequeñeces sin par que forman la trama de nuestra existencia. En *Los Ojos Verdes*, cierto príncipe se pierde persiguiendo al *Hada del Bosque*, es decir, a una mujer *jina*, por quien concibe un extrahumano amor camino seguro en su iniciación en el mundo de las hadas. En *El Rayo de Luna* entrevé el secreto de la luz y de la magia lunar, que en vano pretenden sorprender los hombres. En *La Cruz del Diablo*, alza la punta del velo de la necromancia y de las dificultades que en el mundo existen para su aniquilamiento, pues que su cabeza, como las de la Hidra mitológica, renace cada vez que se la corta. *Maese Pérez*, el organista, toca por arte diabólica, revestido de su doble etéreo, el órgano de la iglesia en la noche de Navidad, como antaño solía hacerlo en vida, causando al par el espanto y el arrobamiento de las gentes. *Tres Fechas*, pinta acabadamente los inmensos poemas de dolor que ocultarse suelen tras las celosías del convento. *El Cristo de la Calavera* es todo un drama de lo astral con los engaños de las pasiones juveniles, y *La Corza Blanca*, una revelación completa respecto al mundo de los *Jinas* y sus congéneres etéreos: una visión del mágico mundo del ensueño en el que las almas viven a diario una segunda vida, vida ignorada después en la vigilia, y durante la cual habitamos frecuentemente esotro mundo de las entidades eléricas y astrales al hombre tan vecinas. En *Creed en Dios* nos narra uno de esos lindos cuentos orientales, cuya escena, transcurrida, al parecer en pocos momentos, absorbe, sin embargo, años y siglos a un príncipe, pues que para lo astral no rige

nuestro ínfimo tiempo físico, y el príncipe, creyendo volver a su palacio un momento después, se ve sorprendido con que ya no queda de él ni memoria, apareciendo asentado sobre sus viejas ruinas un ya antiguo monasterio. En *La Promesa*, se enseña cuán duraderos pueden alcanzar a ser ciertos juramentos de amor, que pueden perdurar y surtir sus efectos hasta en la otra vida, cosa no igualada por los primitivos druidas y galos, cuando, en otro orden de consideraciones, era cosa corriente entre ellos el contraer deudas pagaderas, *ad inferos*, es decir, en el otro mundo, según seriamente nos refiere el concienzudo Alexandre Bertrand en su obra *Les Druides et le Druidisme*.

Siguiendo esta sucinta enumeración de las leyendas primorosas del gran Bécquer, leyendas que debiera el lector repasar una por una con el criterio dado por esta nuestra BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, diremos que en *El Monte de las Animas* (cual se dice que aconteciese también en los campos de Farsalia quinientos años después de aquel tremendo choque en el que murieron las libertades romanas), el poeta ve fotografiada al vivo en la luz astral de la naturaleza, la lucha de varios cuerpos de guerreros en la Noche de Difuntos, junto a las ruinas románicas de San Juan del Duero y del Convento de los Templarios, en esa misteriosa curva que el Duero hace tras el monte *Oria* de Soria, frente a la *Cueva de San Saturio* o *San Saturno*, célebre de antaño, por su leyenda sobre *La Oreja del Diablo*, en la que el *Jina* o jorobadito *Domicio* realiza todo el argumento de un cuento de *Las Mil y Una Noches*, luchando a brazo partido con el diablo mismo. El doble astral del amado, que en la leyenda becqueriana había sido devorado por los lobos en el monte, aporta a su imprudente y vanidosa amada la cinta azul, perdida por ella, como prenda de un amor ciego que a entrambos cuesta la vida. En *La Cueva de la Mora*, el alma de la hija del alcaide de una fortaleza escapa todas las noches a lo largo de la salida secreta del castillo feudal, pará traer a su amado, moribundo, un poco de agua, ni más ni menos que como en aquel triste día en que ambos cayeran bajo el cuchillo enemigo. En *La Mujer de Piedra*, entrevé Bécquer, en su ensueño de artista, a la Isis inmortal de su alma prodigiosa, toda luz y poesía, y nos revela cuán peligrosas suelen ser las tenorías cas bromas con los muertos. En *El Miserere*, surge una verdadera creación wagneriana en prosa que aguarda aún un genio musical español que, cual el coloso de Beyruth, sepa trasladarla al pentagrama de un drama lírico. En la leyenda, en fin, de *El Castillo de Trasmor* y de la bruja Tía Casca, se reproduce el espíritu entero de los cuentos orientales y caballerescos, con sus castillos gigantes, mágicamente alzados en lo astral; sus con-

Juros, sortilegios y todo el argumento de las creaciones astrales que toman carne en lo físico.

Pero donde más puede apreciarse ese espíritu, mitad intuitivo, mitad quimérico y fantástico de tantas otras leyendas como llevamos transcritas en el curso de este libro, es en la titulada *El Onomo*. Séanos permitido copiar algunos párrafos de ella.

— Cuando el Moncayo se cubre de nieve—dice el anciano tío Gregorio a las asustadas muchachas del pueblo que regresan de la fuente de la montaña—, los lobos, arrojados de sus guaridas, bajan en rebaños por las laldas del monte vecino; pero no son los lobos los huéspedes más terribles del Moncayo: en sus profundas simas, en sus cumbres solitarias y ásperas, en sus huecos senos cavernosos, viven unos espíritus diabólicos que, durante la noche, bajan por sus vertientes como un enjambre, y pueblan el vacío y hormiguan en la llanura, y saltan de roca en roca, juegan entre las aguas o se mecen perezosos en las ramas desnudas de los árboles. Ellos son los que aullan en las grietas de las peñas; ellos los que forman y empujan esas inmensas bolas de nieve, que bajan rodando desde los altos picos y arrollan y aplastan cuanto encuentran a su paso; ellos los que llaman con el granizo a nuestros cristales en las noches tempestuosas, y corren como llamas azules y ligeras sobre el haz de los pantanos. Entre estos espíritus que, arrojados de llanuras por las bendiciones y exorcismos de la Iglesia (1), han ido a refugiarse a las crestas inaccesibles de las montañas, los hay de diferente naturaleza, y, al aparecer ante nuestros ojos, lo hacen revestidos de las formas más variadas. Los más peligrosos, sin embargo, los que se insinúan con dulces palabras en el corazón de las jóvenes y las deslumbran con promesas magníficas, son los gnomos. Los gnomos viven en las entrañas de los montes; conocen sus caminos subterráneos, y eternos guardadores de los tesoros que encierran, velan, día y noche, junto a los veneros de los metales y las piedras preciosas. ¿Veis esa inmensa mole del Moncayo, coronada aún de nieve?, pues en su seno tienen su morada esos diabólicos espíritus. El palacio que habitan es horroroso y magnífico a la vez. Hace muchos años que un pastor, siguiendo a una res extraviada, penetró por la boca de una de esas cuevas, cuyas en-

(1) La Iglesia, cuando se ha inspirado en el Bien y en la verdadera Doctrina Tradicional, de donde toda religión toma su origen, ha podido con exorcismos ahuyentar a los malos espíritus; pero ningún exorcismo por dinero es capaz de ahuyentar al benéfico genio de la verdadera *Religión de la Naturaleza*.

tradas cubren espesos matorrales, y cuyo fin no ha visto ninguno. Cuando volvió al lugar, estaba pálido como la muerte; había sorprendido el secreto de los gnomos; había respirado su envenenada atmósfera, y pagó su atrevimiento con la vida; pero antes de morir, refirió cosas estupendas. Andando por aquella caverna adelante, había encontrado, al fin, unas galerías subterráneas e inmensas, alumbradas con un resplandor dudoso y fantástico producido por las fosforescencias de las rocas, semejantes allí a grandes pedazos de cristal cuajado en mil formas caprichosas y extrañas. El suelo, la bóveda y las paredes de aquellos extensos salones, obra de la Naturaleza, parecían jaspeados como los mármoles más ricos; pero las vetas que los cruzaban eran de oro y plata, y entre aquellas vetas brillantes se veían, como incrustadas, multitud de piedras preciosas de todos colores y tamaños... Ningún ruido exterior llegaba al fondo de la fantástica caverna; sólo se percibían a intervalos unos gemidos largos y lastimosos del aire que discurría por aquel laberinto encantado, un rumor confuso de fuego subterráneo que hervía comprimido, en su entraña, y murmullos de aguas corrientes que pasaban sin saber por dónde.

El pastor, sólo y perdido en aquella inmensidad, anduvo no sé cuántas horas sin hallar la salida, hasta que, por último, tropezó con el nacimiento del manantial, cuyo murmullo había oído. Este brotaba del suelo como una fuente maravillosa, con un salto de agua coronado de espuma, que caía formando una vistosa cascada, y produciendo un murmullo sonoro al alejarse resbalando por entre las quebraduras de las peñas. A su alrededor crecían unas plantas nunca vistas, con hojas anchas y gruesas las unas, delgadas y largas como cintas flotantes, las otras. Medio escondidos entre aquella húmeda frondosidad discurrían unos seres extraños, en parte hombres, en parte reptiles, o ambas cosas a la vez, pues, transformándose continuamente, ora parecían criaturas humanas deformes y pequeñuelas, ora salamandras luminosas o llamas fugaces, que danzaban en círculos sobre la cúspide del surlidor. Allí, agitándose en todas direcciones, corriendo por el suelo en forma de enanos repugnantes y contrahechos, encaramándose por las paredes, babeando y retorciéndose en figura de reptiles, o bailando con apariencia de fuegos fatuos sobre el haz del agua andaban los gnomos, señores de aquellos lugares, contando y removiendo sus fabulosas riquezas. Ellos saben dónde guardan los avaros esos tesoros que en vano buscan después sus herederos; ellos conocen el lugar donde los moros, antes de huir, ocultaron sus joyas; y las alhajas que se pierden, las monedas que se extravían, todo, en fin, cuanto tiene algún valor y desaparece, ellos son los que lo buscan, lo encuentran, y lo roban, para escoa-

derlo en sus guaridas, porque ellos saben andar todo el mundo por debajo de la tierra y por caminos secretos e ignorados de los hombres...» (1).

Bécquer, el gran intuitivo, anduvo tan cerca como el mejor teósofo de

(1) El famoso y sincero oculista Franz Hartmann también se ocupa de estos problemas en su precioso artículo *Los gnomos en acción* (*La Verdad*, Revista teosófica de Buenos Aires, año III, pág. 258). De él copiamos el caso siguiente:

«Cierta señora, a quien he tratado más de diez años, parecía tener un espíritu familiar que, accidentalmente, solía manifestarse en forma de un enano, inclinado siempre a divertirse con inocentes bromas, dando fútiles chascos, tales como extraviar cosas que después eran halladas, desordenar muebles, etcétera. En tres ocasiones: de que tengo noticia, una cadena de oro rota, dejada con el reloj sobre la mesa de noche al acostarse, fué hallada por su dueña, a la mañana siguiente, compuesta y soldada, sin que nadie hubiese penetrado en su dormitorio.

«Pertenece dicha señora a una noble familia muy conocida en Alemania, poseedora de un célebre talismán familiar desde hace varios siglos. Entre sus antepasados parece ser, en efecto, que se contó una señora de alta alcurnia, a quien se le apareció cierto día al anochecer un pequeño enano, quien la rogó le acompañase a prestar cierto servicio a su esposa. Ella la atendió y ayudó; en recompensa, el enano, que había llevado una como haldada de virutas, las vació en un rincón de la estancia junto a la chimenea, diciendo a la señora que pronto lo hallaría convertido en oro, con el cual haría un pececillo, una rueda y cierto número de medallas o monedas. En efecto, a la mañana siguiente vió con sorpresa la señora que las tales virutas se habían transformado en oro, con el que procedió de la manera que se le había dicho. El enano había añadido que todo el tiempo que repetido tesoro permaneciese en poder de la familia, reinaría en ella la abundancia; pero que a una pérdida de los talismanes sobrevendría una desgracia.

«Así acaeció al cabo de los tiempos. Durante siglos enteros los talismanes permanecieron en la familia; pero más tarde salieron de ella, y poco después, de los bienes y castillos de la misma se incautó el rey de Dinamarca. Parece ser que los talismanes existen aún: el pez está en un museo de Dunkerque, y los dijes o medallas en un castillo del Schleswig Holstein, que aún pertenece a la familia... No tengo otra explicación para el hecho, sino la de admitir la intervención de los elementales de la tierra llamados gnomos, que fueron descritos por Teofrasto Paracelso y otros, y sobre los que me he ocupado en mi libro *Los gnomos del Unstersberg*.

«La montaña de Unstersberg se alza cerca de Salzburgo, en Austria, y se ha hecho célebre por estar toda ella habitada por gnomos. Yo mismo he visto en ciertas noches oscuras vagar sus luces por sitios inaccesibles; por taludes verticales de rocas enormes, donde ni aún podían posarse los pájaros. Dichas rocas parecían, sin embargo, tan permeables para ellos como lo es el aire para nosotros. Más aún; hay mucha gente rústica que vive en las proximidades de la montaña que han visto a los gnomos de ella, no sólo aislados, sino en gran-

tropezar con los *jinas*, que tenemos que ceder la palabra a un buen escritor, para que, sin añadido alguno, por nuestra parte, pueda apreciarlo buenamente el lector:

«Hubo un momento en la existencia atormentada de Gustavo A. Bécquer—dice Juan López Núñez—, en que le sonrió una esperanza halagüeña de prosperidad y riqueza. El éisne podría tal vez, auxiliado por la suerte veleidosa, dorar sus plumas y emanciparse de aquella miseria perdurable y aflictiva. La novela de su vida, llena de capítulos dolorosos, ¿no le ofrecería una gratísima sorpresa como risueña fe de erratas que corrigiese, atenuase y dulcificara errores y contratiempos pasados?...

Fué allá en el Monasterio de Vezuela, silencioso y magno en aquellas tierras a trechos desoladas y feracisimas en otros, donde Bécquer abrió las puertas de su espíritu con placentero regocijo, a una promesa de redención. Había ya publicado *El Contemporáneo* sus famosas «Cartas desde mi celda», que, dicho sea entre paréntesis, insertáronse sin firma, como la mayoría de sus trabajos. Las gentes conocían su nombre con el imperfecto conocimiento que de estas omisiones se engendraba. Y aunque sus compañeros habían procurado darle cierta popularidad y revestirlo con una aureola simpática y romántica de martirio y desventura, al darse a luz en *El Contemporáneo* la tercera de las mencionadas epístolas—la más hermosa, sin duda alguna—, y a cuyo frente pusieron un expresivo y encomiástico suelto; la multitud, el público, los lectores, apenas si tenían otras noticias del poeta que las sugeridas por las fugitivas indicaciones que acerca de Gustavo A. Bécquer se le habían hecho.

Nada más triste que la existencia del hombre no comprendido ni escuchado. Es algo así como un error siniestro y perjudicial. Las ambiciones tienen que ser devoradas en silencio, las rebeldías sofocadas como si fuesen delictuosos alrevimientos, y el que a solas consigo mismo siéntese ca-

des conjuntos y procesiones, pues parece que tampoco ellos son ajenos a un cierto sentimiento religioso, y hasta en determinados días van en procesión a las Iglesias y capillas en la vecindad para celebrar sus oficios divinos. En tales ocasiones las ventanas de la Iglesia se iluminan brillantemente, y hasta se oye música dentro; pero si algún indiscreto se aproxima a la puerta, la música cesa y la luz desaparece. Los campesinos del país son muy reservados para excusarse de hablar sobre tales asuntos con los extranjeros, por temor al escepticismo y al ridículo; mas si alguno de ellos gana su confianza, le cuentan, al fin, los más curiosos relatos. En todo caso, semejantes extraordinarios sucesos merecen ser investigados, pues que acaso podrían hasta llevar a nuestra Historia Natural semejante reino ignoto de *Los elementales de la Naturaleza*.»

pas de transformar al mundo y dominarlo y modificarlo, vese precisado a enmendarse y a ir mendigando risibles y humillantes dádivas de algún feliz encontrado y poderoso.

• Otra vez de referir el sublime Bécquer las incidencias de su estancia en el Monasterio. Las cartas que mencionamos llenas están con los relatos de las pueras extravagancias y las andanzas sin rumbo emprendidas por el desconocido. A veces eran las ruinas de alguna fortaleza arcaica, otras un cementerio humilde, los lugares adonde iba el poeta. Y aquellas ruinas y aquellas sepulturas, ánimas y toscas, despertaban en su corazón sentimientos conmovedores y en su imaginación ideas solemnes, sugiriéndole geniales inspiraciones y conceptos como aquellos de: «¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!...»

La paz augusta e infinita de la Naturaleza—un crepúsculo sereno, un cantar remoto, una esquita trémula, la voz de plata de la campana de alguna ermita—, iba apoderándose de su espíritu, allá en manso sosiego y en calma plácida. Lejos del tumulto y de la vanidad hallábase en compañía de sí mismo—cosa tan preciada!—, y en pleno dominio de su voluntad. Porque nuestra voluntad nos es fiel siempre, en un ambiente sano que no esté envenenado con el deletéreo tóxico de las bajas codicias y las inquietudes de la torpe envidia... Y un día...

Caminaba un día Gustavo A. Bécquer, como de costumbre, por los alrededores del Monasterio sin plan y rumbo fijos. Dondequiera que no haya calles, el hombre es libre, porque no sufre apresuramientos ni experimenta impaciencias. Cuando hubo andado un corto trecho, uná mal disimulada abertura, entrada quizás de algún desconocido subterráneo, llamó su atención. Detúvose afanoso e intrigado, y descubrió los vestigios de algo que podría ser valiosísimo. Al día siguiente volvió, y con inteligentes y minuciosas pesquisas estuvo examinando el terreno: allí era probable que se encerrase un fabuloso y apetecido tesoro...

Con singular regocijo hizo partícipe del secreto Gustavo Adolfo a su hermano Valeriano. Discutieron y estudiaron el asunto, para deducir de sus conversaciones la consecuencia tristísima de que, aun siendo cierta la presencia del tesoro allí, en aquella bóveda, ¿cómo extraerlo y luego cómo transportarlo?... Para tales faenas hacía falta dinero — ¡dinero! — y en cantidad crecida, y la Literatura suya, y los pinceles de Valeriano sólo daban para comer mal y no siempre diariamente... Había que desistir del proyecto o, por lo menos, aplazarlo...

Toda su vida soñó Gustavo A. Bécquer con aquel tesoro con tal crueldad guardado por la tierra. Y cuando murió su hermano, el joven pintor

que con sus dibujos de costumbres había ilustrado muchas páginas de aquella grande e inolvidable revista que se llamó *El Museo Universal*, comunicó el inquietante secreto a otro artista desgraciado y pobre, al dibujante Bernardo Rico que, al conocerlo, se limitó a sonreír con ironía desalentada, y a exclamar:

— ¡Tesoros!... ¡Tesoros!... Habrá que comprar primeramente el terreno. Y dime tú, ¿cuándo dió el arte en España el dinero necesario para comprar no ya una posesión de valor, sino un reducido huerto?...

¿Fué ilusión, fué realidad la existencia de aquella bóveda?... ¡Quién sabe!... Bécquer vivió siempre soñando. Su vida entera fué un continuo sueño, del que no despertó hasta que le redimió la muerte, pero, a pesar de aquellas fantásticas cualidades de su imaginación delicada y exquisita, ¿por qué no admitir la veracidad de su descubrimiento o de sus indicios?

También Balzac se propuso una vez explotar las ruinas de una antiquísima fundición de plata, y se le tuvo por loco. Y, sin embargo, unos negociantes, andando el tiempo, intentaron la misma empresa y obtuvieron provecho y utilidad...»

Nada de extrañar tendría un tesoro más en las criptas del Monasterio de Vezuela —añadiremos nosotros—, y acaso pueda dar razón de ello la institución más rica y más reprobablemente mágica del mundo... la *Minima Compañía de Jesús*, que, bajo aquellos vetustos muros monacales, tiene establecido el más ocultista de los noviciados para sus adeptos..

Pero el que quiera, en verdad, apurar cuanto en la Península Ibérica pueda haber acerca del tesoro espiritual de las leyendas de los *finas* y aun de sus tesoros electivos, contantes y sonantes, que estudie detenidamente todo lo relativo a la Mitología de los países occidentales y boreales de aquélla, es a saber: el norte de Portugal en la región de Britelos, Ancona y demás de la comarca montañosa de Braga, tan admirablemente estudiada, aunque *en positivista*, por los arqueólogos lusitanos, con Leite de Vasconcellos a la cabeza; toda la región galaico-asturiana, en fin, y muy en especial el maravilloso anfiteatro del Bierzo leonés, al que hemos consagrado toda la primera parte del tomo I de esta BIBLIOTECA.

Nada digamos de la prodigiosísima riqueza mitológica y ocultista de ese misterioso país vasco, país que, por conservarlo todo, ha sabido conservar su inestudiada lengua, pese a las innumerables vicisitudes por las que, desde los tiempos prehistóricos hasta el día, ha pasado nuestra querida Península. Si un solo pasaje de este capítulo me dió margen para escribir *El tesoro de los lagos de Somiedo*, como tomo preliminar de esta BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, para otro tomo u otros dos más nos daría,

sin duda, ese país de magos blancos y negros de todo tiempo que se llama la Vasconia. Algo de ello ya dibuja nuestro cultísimo prologuista D. Fernando de la Quadra Salcedo, y mucho más nos habrá de descubrir y enseñar en día este joven de tantas esperanzas, o mucho me equivoco.

Para, ¿qué digo de Vasconia? ¡De España entera, rincón tras rincón, podría obtenerse datos mitológicos para escribir cien *Tesoros de los lagos de Leonida*, y ellos, por unos o por otros, habrán de ser escritos en no lejano día. La guerra mundial es, en efecto, el prólogo para grandes descubrimientos ocultistas, porque, como ha dicho Blavatsky, el siglo XXI habrá de ser el siglo del Ocultismo. El actual resurgimiento de todos los mitos y leyendas, y la vuelta del mundo a un espíritu de religiosidad más sincera, limpia de escépticos positivismos, harto lo está ya proclamando en nuestros días.

En los momentos mismos en que escribimos estas líneas, alguien nos habla de aquella celeberrima *Cueva de Hércules* en la margen del Tajo, junto a ese emporio ocultista que se llama Toledo, cueva que en el siglo XVI alborotó tanto con sus fenómenos portentosos, que el cardenal Silíceo, ese gran rival de la entonces naciente *Compañía de Jesús*, decretó una información minuciosa de la que no tienen idea nuestros eruditos como tampoco la tienen del verdadero significado de los orígenes del teatro toledano en aquel *bolulú* (*buey-lulú*): representado de pueblo en pueblo por un solitario *burdo*, y en aquellas *boxigangas* representadas por *cuatro* personas por lo menos, a guisa de *cuarteto poético*, tan ocultista en sus orígenes, como los Autos sacramentales, o como la propia tragedia griega. Con cargo a la inmortal *Compluto* también se nos habla por alguien del arroyo del *Torote* (del Toro, Vaca o becerro consabidos) entre Alcalá de Henares y Torrejón de Ardoz, célebre sitio donde yace encantada cierta reina mora, con multitud de tesoros y la consabida *pedra blanca* de los *finas*. Los *finas*, en efecto, campan hoy por sus respetos, como en tantas otras partes, en las inacabables cuevas de alabastro yesoso que agujerean toda la zona izquierda del Henares, alguna de cuyas cuevas, casi cegada a trechos más que por desprendimientos por las toneladas de guano que allí han sedimentado desde hace siglos miríadas de murciélagos vampiros, es fama que llega río arriba hasta Guadalajara, que dista 33 kilómetros. Con dificultad puede encontrarse en efecto, una región más curiosa que ésta para vivienda de los consabidos *finas*, porque la alta meseta del *Ecce-Homo* (en el borde de la gran formación terciaria que el poético río Henares lame y desnuda, y sus otros cerros derivados, tales como *el del Castro*, donde se dice se asentó la verdadera *Compluto* o Alcalá la Vieja el

del Conde y el del Mal Vecino) parece albergar en su seno centenares de alabastrinos palacios cual el visto por Don Quijote dentro de la Cueva de Montesinos, ya que no en vano, si la capital de los *jinas* o *tuatha* Irlandeses se llamó *Tara* (la palabra bustrófeda correspondiente a *Araf*), esa capital un tiempo del mundo de las letras, émula de Córdoba, Salamanca, París y Bolonia, siempre tuvo en frente, dominándola, el célebre monte de *Tara* o *Tarac*, de Plinio, Ptolomeo y Flavio Dextro, no lejos del llamado, acaso por eso mismo, *Campo Loable*, y de la celtibérica *Iplacea*.

Al ocuparnos tanto en trabajos anteriores acerca del Ocultismo del Norte de España y de sus *jinas*, alguien pudiera creer que el mediodía de España estaba huérfano de semejantes riquezas pretéritas, pero no es así. Para demostrarlo, cedamos la palabra a un gran amigo nuestro, sabio émulo del *D. Antonín de Miranda*, asturiano, quien en largo cuanto sabroso comunicado, nos dice:

«Como ciertamente la realidad supera a la fantasía, en esta misma Andalucía, tan apartada de Asturias, he tenido la dicha de tropezar con no pocos problemas ocultistas que hacen buenos los pretendidos fantaseos de su *Tesoro*. Véalos, narrados sin ambages ni literaturas, como corresponde a mi seriedad de honrado investigador.

Hallándome en las playas de Rota, intrigado con el nombre mágico de esta población merced a las variantes de la palabra *Tara* que he visto en sus escritos de usted, se me ocurrió pensar que no puede haber una ciudad llamada *Rota*, sin que los Templarios anden cerca. Quiado por extraño impulso, fulme a la iglesia de la población, y allí encontreme con un precioso zócalo de azulejos, de lo mejor que en España he visto. Era al modo de un complicado paisaje de castillos y signos como cabalísticos que, por curiosa coincidencia, me trajo a las mientes aquello del *cinco de oros* y del *cuatro de copas* de la talla de la Quinta Angustia en Cacabelos del Bierzo, a que se refiere usted en su *Tesoro de los lagos de Somiedo*, y cuya talla veo hoy reproducida en *La Esfera* del 11 de Noviembre último (1).

¿Son tales simbolismos cosas de rosa-cruces, de Caballeros del Real

(1) En los esquemas y diseños remitidos por nuestro sabio comunicante, creemos ver algo así como la barca egipcia de Nu-pet o la mexicana de Quetzalcoatl con el Arbol de la Vida o de la Atlántida, de que nos habla Verdaguier y, por descontado, otra porción de signos a la manera de los jeroglíficos rupestres a los que habremos de consagrar el correspondiente estudio en otros tomos de esta BIBLIOTECA. Me propongo visitar en breve cuantos sitios indica nuestro comunicante en su curiosoísimo relato.

Arco, de gentes rúnicas? No sabría decirlo; pero sí consignaré que me quedé maravillado contemplando aquella joya que en la pared de enfrente tenía otro azulejo semejante haciendo con él juego, y en el que creí ver el escudo blanco y negro templario a cuatro cuarteles y con cinco llagas dispuestas al modo de un *cinco de oros*. Tuve que interrumpir mi estudio, prometéndome retornar con un fotógrafo.

Aquello fué para mí un verdadero *hilo de Ariadna*, por cuanto de la iglesia pasó al convento en ruinas, donde está «el Pozo de los Rosacruces», en donde se dice se halló antaño gran cantidad de mercurio, y, por último, a una famosa cueva de árabes tradiciones que despertaron en mí mente el recuerdo de aquella *Fraternidad de los Invisibles*, que Christian Rosenkreuz fundó en Fez. En unión de mi compañero A. A., traté entonces de subir hasta la entrada de la cueva, hallándola obstruida por finísima tierra (1) y protegida contra los profanos por un verdadero frío astral que hacía retroceder aterrados a los supersticiosos obreros que llevamos para las excavaciones... Renuncio a narrar, con tal motivo, la serie de leyendas acerca de las barras de oro y plata que se dicen extraídas de esta cueva y de tantas otras de la vasta red de Andalucía.

Por interesantes que sean estos extremos, lo son infinitamente más para mí, los relativos a los grandes ascetas que, según la tradición, han habitado estos verdaderos hipogeos béticos, entre otros muchos ese *don Roberto Frassinelli andaluz* que se llamó D. Benito Arias Montano, y cuyas obras pienso sacar mañana a la luz, de la biblioteca en que yacen, sin ser jamás consultadas por nadie, según me dice el archivero (2).

Cuando usted venga por Andalucía, visitaremos éstas y otras muchas cosas, tales como el lago subterráneo que se dice existe a 50 metros de profundidad en cierta caverna de Ronda; el *Cerro de Salomón*; la gruta maravillosa de Aracena, y la tan nombrada de *Alhajar*, retiro de Arias

(1) Cuevas semejantes están estudiadas, en su sentido ocultista, en la preciosa obra de Blavatsky, *Por las Cuevas y Selvas del Indostán*.

(2) Nuestro querido corresponsal nos reseña, como vistas por él en dicha biblioteca, las siguientes obras del polígrafo fraxinense Arias Montano:

Comentarios en Isaia (en latín).—*La Gran Biblia Políglota* (a cuatro columnas, en latín, griego, hebreo y árabe).—*Monumento de la humana salvación. Interpretación latina del Nuevo Testamento griego*. (De esta obra existen otros tres ejemplares, impresos, respectivamente, en Lyon, Génova y Colonia).—*Lección cristiana o tratado de lo que los discípulos de Cristo deben de saber* (del más puro gnosticismo).—*Dictatum christlanum*. (Acaso versión latina de la anterior).—*De varia republica*. (Comentario a los *Libros de los Jueces*).—*Cantares*

Montano después que la Inquisición tratara en vano de atraparle entre sus garras. Allí, sobre un rústico sillón tallado en la piedra, al mismo borde casi del precipicio, y no lejos de la *Piedra de los Angeles o los Devas*, meditaba el Iniciado-poligrafo—el *Ario del Monte*, como usted le llama—, acerca de lo humano y lo divino, brotando no lejos de aquel sitio un manantial de agua purísima, aunque no tanto como el raudal de inspiración que de sus obras fluye... Veremos, en fin, el castillo templario de Santa Olalla y el camino quizá que se dice conduce desde este castillo a los de Cortegana y Cartaya, sin dejar de lado esos pueblos de nombre *Jna* o *laina* que se llaman *Ginés, Gerena, Guillena, Jinojo* (Hinojo), etc., etc.

Pienso visitar en breve asimismo las célebres *Cuevas de Salteras*, émulas de ciertas excavaciones que se ven en el Transvaal junto a las minas de diamantes. Se cuenta que un señor de la vecina población de Villanueva del Ariscal, practicó excavaciones en ella, hallando varias piedras preciosas, y en especial un grueso diamante, que, no obstante el cuidado con que le guardase, desapareció como por encanto, al punto de ir a venderle, y es fama también que en la iglesia de Salteras se halló, no ha mucho, un histórico arcón de madera de cedro con numerosos libros y pergaminos, extraído de aquel subterráneo. El imbécil que lo hallara, exasperado al ver que el arcón no contenía riquezas contantes y sonantes, quemó todos los papeles e hizo pedazos el mueble, cuyos restos aún existen. Por allí ha aparecido un sillar con caracteres indescifrados hasta el día.

Algo muy grato tengo que comunicarle también como fruto de mis pesquisas arqueológico-teosóficas, y es que habiendo llegado a mis oídos vagas noticias respecto a un o una *Blavatsky*, en la vecina *Montoro*, he removido lo que no es decible por depurar lo que haber pueda de cierto en aquéllas, encontrándome con lo siguiente:

Un librito masónico muy antiguo, y cuyo nombre, autor, fecha y lugar de la publicación no se puede precisar, por carecer de las primeras y últimas páginas, al hablar de las iniciaciones indas, egipcias y de otros países, indica que en la Península Ibérica existieron antaño numerosas Sociedades iniciáticas, siendo las dos últimas en desaparecer las de Mérida y

de Salomón (en castellano).—*Psalmi ex-hebraica veritate in latinum carmen.*—*Antiquitates iudaicas.*—*Liber generationis et regenerationis Adam.*—*Elucidationem in quator Evangelia.*—*Hippii et secula.*—*Rhetorica.* (Famoso tratado, considerado como modelo en su género).—*Aforismos sacados de la Historia de Publio Cornelio Tácito* (en castellano).—*Historia Naturae.* (Obra en la que, con anterioridad al propio Linneo, nos da una clasificación de los seres de la Naturaleza.)

Andújar, o sea de las inmediaciones de dichas dos poblaciones, y añade que los Misterios que en ellas se estudiaban pasaron a poder de la familia Blavatsky (1).

No puedo dar más detalles, porque no sé más. El libro, en cuestión, es propiedad de mi amigo D. E. O., quien leyó el tal párrafo sin concederle importancia y que está dispuesto a ratificarse en ello. Conviene, por otro lado, no olvidar que Montoro está muy próxima a Andújar y a Arjona o Arjona, nación de gentes solares y lunares, arjas como usted diría. En cuanto encontremos dicho libro, le pondremos a su disposición...

Días pasados A. A. y yo marchamos hacia Andújar, la antigua Ilturgis, donde lo primero que se nos presentó a la vista fué la histórica Casa de los Niños de Don Gome, de la que le haré descripción especial. Preguntamos luego por la capilla de Santa Potenciana, a que se alude en diversos libros, pero de ella no quedaban ni cimientos, y en cuanto a las famosas Cuevas de Lluergo, nadie nos dió razón. Caminamos, pues, hasta llegar a las ruinas de la que yo creo fuera la antigua Ilturgis, sitio hoy llamado de La Huesa, y por donde parece haber cruzado toda una catástrofe geológica. Entre aquellos ciclópeos sillares todo es ruina, desolación y muerte... Un dolmen parecía mostrarse a lo lejos con soberbia apariencia; pero ¡no acierto a explicármelo!, momentos después nos fué imposible verle a ninguno de los dos, por más que buscamos y rebuscamos por aquellos sitios... ¿Sería una maya, al estilo de tantas otras frecuentes en Oculismo?

Algo amostazados con la peripecia, continuamos por un terreno move-

(1) Esta curiosa noticia no está desprovista de realidad histórica. Parece ser que en la terrible guerra civil de *Las Dos Rosas* (la blanca, de la Casa de York, y la encarnada, de la Casa de Lancaster), medió cierto personaje con el nombre de *Blavat*, que, unido a la desinencia *sky* o *skat*, que en ruso significa «cielo» constituyó el apellido familiar del consejero Imperial Nicéforo Blavatsky, que dió su nombre como esposa a nuestra Maestra Helena Petrowna Anh Fadeeff, tantas veces citada en esta BIBLIOTECA. Dicha guerra de *Las Dos Rosas*, que duró toda la segunda mitad del siglo XV, contribuyó a consolidar las tradiciones liberales británicas, y echar con Wicleff y tantos otros las bases de la moderna libertad del pensamiento, nacida al calor de la Reforma luterana.

Nosotros, sin que podamos demostrarlo hoy semejante idea meramente intuitiva, tenemos la firme convicción de que Helena Petrowna Blavatsky visitó, como tantos otros, los centros ocultistas ibéricos, y aún se sospecha por más de un teósofo que llegó a verificar revelaciones muy gratas para todo ocultista ibérico respecto al pasado y al porvenir de nuestra Península.

dizo y peligroso, con la tajada roca a un lado y al otro un abismo con el río Guadalquivir en el fondo. De repente sentí como si saliese de la roca una forma blanca y vaporosa que giró a mi alrededor y tiró de mí hacia el río. Quedé suspenso un momento, temiendo que se tratase de un vértigo; pero dime pronto cuenta de que se trataba de algo ajeno a mí, que rechacé con firmeza aligerando mi subida. A todo esto, comenzaba a cerrar la noche y el lugar aquel tomaba un aspecto pavoroso; subimos en nuestras cabalgaduras, contrariados por el resultado negativo de nuestra excursión, cuando vi bajo los árboles otra tenue y blanca figura que hizo exclamar a mi compañero:

—¿Te acuerdas de aquello de «por encima de artos y por bajo de carbayos»?—aludiendo a la célebre frase brujesca de Asturias—. ¡Pues he visto algo de eso junto al tronco de aquel árbol—. No bien llegábamos, en efecto, a dicho árbol, mi cabalgadura dió un tropezón donde menos podía pensarse y mi compañero salió rodando por el suelo, sin recibir el menor daño...

Los tres incidentes relatados me hicieron temer que aquellos parajes no estuviesen demasiado bien frecuentados por gentes del astral, y a paso más que ligero regresamos al pueblo en unión de varios labriegos y cazadores, a quienes pedimos informes acerca de repetidas Cuevas de Liturgo (1), que, por lo visto, eran completamente desconocidas en la comarca. En cambio, nos hablaron con cierto misterio de las llamadas *Salas de Galiarda*.

Por lo que nos manifestaron nuestros acompañantes, parece ser que en plena Sierra Morena, a siete leguas de Andújar, existe el palacio encantado de un rey en la cima de la montaña. Inútiles han sido siempre las tentativas hechas por algunos atrevidos para penetrar en las «Salas de Galiarda» o del Palacio dicho, pues, aunque hay escaleras para bajar, sobreviene de improviso un vientecillo traidor que hiela la sangre y apaga cuantas lámparas se lleven, ¡incluso las eléctricas!; tan es así, que uno de nuestros informantes dijo había bajado seis tramos de escaleras. El hostelero, que era un guardia civil retirado y persona muy honrada, no pudo bajar más de dos tramos por la causa dicha. Otros dos circunstantes, en cambio, nos manifestaron que se puede entrar; pero que hay un lago subterráneo que

(1) Por analogía se nos viene a la memoria la cretense *Cueva de Licurgo*, donde el gran legislador espartano recibió aquellas leyes *draconianas* (¿de dragones míticos?), que durante tanto tiempo hicieron de Esparta un pueblo vigoroso y temido.

cerca el paso, aunque todavía deja ver del otro lado una puerta de hierro que parece ocultar algo detrás. Tiéncese por todos como empresa de locos el tratar de forzar el paso, y no falta tampoco por allí la consabida gallina de los huevos de oro, con sus polluelos.

«No hay que añadir si se nos pondrían los dientes largos al escuchar tales maravillas. Partimos, pues, en el primer tren al otro día, a las tres de la madrugada, con nuestro arsenal de máquinas fotográficas, brújula, gemelos, lupa, acumuladores y reflectores eléctricos, etc., etc., ávidos de visitar un palacio encantado en pleno siglo XX. Era aquella la Noche de Difuntos, en la que el triste y árido paisaje parecía estar a tono con las zozobras e inquietudes de nuestro ánimo...

A los 12 kilómetros de carretera entramos por una vereda imposible: más bien un torrente. Por terreno granítico, cada vez más abrupto, terminamos de recorrer los 35 kilómetros que separan a Andújar de aquella Sierra, hasta topar con la «Casa de la Nava», en plena montaña. Allí nos salieron al paso un hombre y una mujer, al parecer labriegos. Esta desapareció pronto, y aquél se prestó a servirnos de guía. Dijonos que estaba por aquellos sitios porque había venido desde Bailén para cazar pajarillos, cosa estupenda dado lo desiertos y desolados que eran semejantes parajes y la distancia a que Bailén se encuentra. A más no le pudimos ver escopeta, trampas ni redes de clase alguna.

Érase nuestro guía, el *pajarero*, un anciano como de sesenta años, enjuto, nervudo y de larga cabellera plateada (1). Apenas comenzamos a interrogarle, nos dejó estupefactos por lo sensacional de sus revelaciones. Procuraré reproducir su larga perorata, jurándole, por lo más sagrado, que mi fantasía no añade a la realidad ni un solo concepto, antes bien olvidaré quizá no pocos.

—«Estas montañas que aquí véis son el *Or de Caravajal*, y en todas ellas han existido *castillos de los Penitentes Mudos*. Ellos son anteriores a moros y a romanos, y todo cuanto digan de que las cosas que aquí existen fueron obra de estas razas, es una completa falsedad. Los Penitentes Mudos construyeron numerosos castillos en época anterior al Diluvio, y como éste *no fué universal*, como creen las gentes, hubo parte de los habitantes

(1) Semejante «anciano de blanca barba» nos recuerda el consabido anciano *Jina* de la narración andina que va al principio de este libro; es otro anciano que hizo las revelaciones estampadas en el capítulo de los Tuatha de Danand, acerca de los galos, y tantos otros, en fin, como tienen siempre las leyendas de todos los países.

de la región que se inundó, que sobrevivieron, entre ellos los que emigraron hacia Castilla y los que permanecieron en las montañas de Marruecos y otras de Africa... ¡Yo sé de estas cosas mucho más que ustedes!

—No lo dudo—exclamamos maravillados.

—Yo sé bien—continuó el extraño guía—que *Nazareth* está muy cerca de aquí y que *Belén* es el pueblo donde vivo, y que por corrupción se llama *Bailén*, como *Linares* es *Lifares* y *Jaén* es otra cosa. No hay que buscar muy lejos el origen de los *gi-(ta)-nos*, pues son los que mejor han conservado el aspecto de la raza que primeramente vivió en estas montañas...

—Pero—exclamé—, ¿cómo sabe usted estas cosas, ni quién ha podido enseñárselas?

—Yo he aprendido mucho rodando por el mundo. He estado en muchos hospitales y he aprendido la Biblia de memoria. Además, los señores que aquí residían, los Penitentes Mudos, me enseñaron que a Cristo se le crucifica todos los días, y que tanto él como Pilatos podría decirse en cierto sentido que también vivieron en Andalucía; Jesús fué nazareno, es decir, de la hermandad de los Penitentes Mudos, que desde entonces se llamaron *Nazarenos* y residían en estas montañas. Por las enseñanzas suyas sé que no existe gloria ni infierno, sino que el que aquí la hace aquí la paga; pero el alma es inmortal y va pasando de un cuerpo a otro para mejorarse.

Al oír todo aquello, mi compañero y yo nos miramos, sin saber a qué atenernos respecto a nuestro guía. ¿Era él un hombre vulgar que sólo repetía lo oído a otros, o algún emisario de los *Señores* aquellos de Sierra Morena, un *Jina*, un espíritu de las montañas aquellas? El guía continuó, tras breve descanso:

—Después del Diluvio, los Nazarenos viven en el interior de las montañas, dejando que sus antiguos *castillos*, cuyos restos aún se ven, cayesen en ruinas. Ya vivían ocultos durante la dominación romana y árabe, pero dejaron entrar a Isabel la Católica, quien para ello tuvo que dejar toda su hueste en el llano y penetrar sola en aquellas profundidades. Desde entonces quedó asegurada la Reconquista.

Mientras así hablaba el extraño personaje, vino inopinadamente a mi memoria el recuerdo de la batalla de Bailén contra los franceses invasores, en la que se cuenta de que unos piqueros desconocidos—allí donde nunca hubo piqueros—dieron aquella célebre carga que decidió el éxito de la batalla y con ella puso fin a la dominación napoleónica en España (1).

(1) Del mismo modo, mientras esto escribo copiándolo de la carta de mi

—Entonces—interrogué a mi guía—, ¿existen todavía por estas montañas los Nazarenos, o, al menos, conoce usted en estos alrededores algunas personas que se dediquen a hacer el bien por el bien entre sus semejantes, ya retirados, ya viviendo en Fraternidad o comunidad monástica?

—¡No sé nada!—me respondió secamente el guía, cortando de plano

sabio amigo, viene a mis mientes el recuerdo de otro acontecimiento patrio, no menos extraño y de la misma época. El del alzamiento de Mostoles, o primer grillo contra el invasor francés.

En efecto, revisando un día el archivo municipal de Logroán (mi pueblo), tropecé con el oficio original por el que, desde Mostoles, su alcalde ordinario, Andrés Torrejón, daba la noticia de los sucesos del 2 de Mayo en Madrid, y excitaba al alzamiento general. Pero es el caso que al oficio seguía una nota del expediente de Defensa Nacional, por la que se decía que él fuese traído por un sponjo descalzo que desapareció en seguida. José Nogales, el llorado cronista de *El Liberal*, el narrador insuperable de *Las tres cosas del tío Juan*, al ocuparse del asunto, con motivo del centenario, nos demostró en uno de sus artículos que conservo, que el consabido fraile pasó en la madrugada del 4 de Mayo por Casas del Puerto de Miravete y por otros pueblos... ¿Cómo pudo en aquellos tiempos un fraile físico, aparecer al par en Logroán, venido en un día desde la distancia de más de 50 leguas que hay en línea recta desde Mostoles, al qué camino podía ser para el alzamiento el ocuparse de tan ínfima población rodeada por las sierras de Guadalupe? Este punto, pues, merecería cierta compulsión con cuantos datos relativos al alzamiento puedan hallarse respecto de este *espectro de fraile*, que nos recuerda, por verle en tantas partes, la famosa leyenda de la Cueva de la Zampoña o de San Saturio, en la curva del Duero, junto al monte Oria, tras donde se asienta la Sorla actual.

Como se trata de una de las más hermosas leyendas españolas, daremos aquí un extracto de dicha leyenda titulada *La Oreja del Diablo*, que es el mejor complemento que podemos dar a este capítulo.

«Vivía en Almazán, hace muchísimos años, un infeliz muchacho, huérfano de todo. Carecía de parientes, de hogar y de medios de vida, y era, además, jorobado, contrahecho, cetrino y raquítico. Su joroba le impedía los trabajos de carga; su mala figura le imposibilitaba para otros oficios, y así vivía refugiado en la Iglesia, a cuyas puertas vendía rosarios, estampas y bujerías.

Acaeció que a un herrero de la villa de Barahona le acometieron, sin saber cómo, ensueños extraordinarios y espantosos. El desgraciado se sentía morir, cual si estuviese influenciado por espíritus malignos; pero cierta noche le visitó en sueños una visión indicándole los medios de vencer al enemigo, a saber: que un sábado por la noche, después de las fiestas de Santo Polo, en Sorla, se fuese en compañía de Domicio—así se llamaba el jorobadito—a la Cueva de la Zampoña, al pie del Duero, bajo el ermitorio de San Saturio, y en ella penetrase Domicio a luchar con Satán y vencerle en el propio antro de sus fechorías.

El herrero buscó al jorobadito, le explicó su revelación, y aunque éste se

su anterior peroración, cual si no le hubiese agradado poco ni mucho la pregunta.

Disimulé, pues, y después de varios circunloquios pregunté de nuevo al guía acerca de las «Salas de Galiarda».

—Existe—respondióme—una famosa piedra que se llama *la piedra*

resistiese a servirle de instrumento curativo, aceptó al fin, movido de sus sentimientos compasivos ocultos bajo su miserable encanijamiento.

Aquella noche era sábado, y después de los oficios divinos en los templos de Santo Polo, entrambos se constituyeron en la cueva, y despidiéndose con lágrimas en los ojos, Domicio se internó en la sima por una escala que desde arriba sostenía el herrero; mas con tal desgracia, que ésta se escapó de las manos del de Barahona, y el cultado Domicio desapareció, sumiendo en la desesperación al herrero, quien en vano le esperó fuera tres días, orando al santo anacoreta por la salvación del generoso chiquillo.

Al volver en sí Domicio, después de la caída, se sintió aido por una mano invisible que, a través de un bosque amenísimo, le condujo hacia un palacio de jaspe, tan extraño, que la pluma no le puede describir. Deliciosa música recibió al joven y hasta creyó él notar en su cara el roce de contactos finísimos que esparcían en torno suyo nubes de aromas. Entre el concierto descollaba una voz lastimera cantando aquella mansión como cárcel en la que gemían tres hermanas por el delito de haber abandonado en el mundo a un muchacho bueno e inteligente, llamado Domicio, digno de suerte mejor, sin duda.

Asombrado Domicio, se dió a conocer a las invisibles cantoras y al instante se sintió abrazar por ellas, clamando porque las libertase de su encantamiento. Tan maravillado quedó el joven con semejantes transportes y razonamientos, que juró luchar hasta con el Demonio en persona, a trueque de redimir las.

No bien lo hubo así jurado, cuando se le presentó delante una mesa servida con manjares y vinos exquisitos, de los que se puso a gozar Domicio, notando que en los otros tres costados de la mesa manos admirables de tres mujeres invisibles se servían también, comiendo en su compañía. Luego una de ellas le condujo a espléndido lecho de gasas, donde se acostó el mancebo, quien, al besar agradecido aquella mano protectora, vió aparecer una joven incomparable, de voluptuosas formas y luenga cabellera, dama que, amorosa, se extasiaba mirándole, con lo que no hay que decir que el mozo cayó presa de ardiente pasión.

—Domicio—le dijo la hermosa—, tú eres bueno y puro, y yo te amo. Veleidosa te abandoné en el mundo; pero es preciso que me librea del maléfico poder que me encadena aquí, impidiéndome derramar por la tierra todos mis beneficios. Él se te mostrará en forma de toro, y es preciso que le mates; ¿tendrás valor?

Domicio, ciego de amor, armado de un puñalito que le dió la bella, se apostó en sitio adecuado, esperó a la misteriosa fiera y le clavó el puñal en bu testuz. En seguida se fué a buscar a su amada a tiempo en que ésta, con galas de reina, subía en un carro triunfal tirado por alazares soberbios.

letrera, con escritura que nadie ha podido entender. Quien la levante, se dice que hallará el tesoro. Yo vi la piedra cuando era joven, pero cuando volví para levantarla ya no pude dar con ella y es que esa piedra encantada, cuando se encuentra, no se encuentra más que una vez. Por eso, por la cabeza de toro que allí verá en la piedra, se dice «quien corte la cabeza al toro, éste hallará el tesoro.»

—Me voy—le dijo.

—¡Llévame contigo!—clamó el mancebo.

—Imposible—replicó la ingrata—; mis dos hermanas necesitan aún de tu auxilio.

—¡Dime al menos cómo te llamas, oh cruel, que así me abandonas!

Y ella, agitando su manto de púrpura, exclamó:

—¡Soy la *Fortuna!*

Abatido por demás quedó Domicio ante aquella ingratitude; pero cuando más lloraba su desventura, una voz de mujer invisible vino a decirle:

—¡Oh, Domicio, el más grande de los mortales, tu poder es extraordinario! Serás fuerte y feliz, tendrás esclavos, poseerás incalculables riquezas y todo humano obstáculo será arrollado por tu esfuerzo. Yo soy la hermana de la *Fortuna*, te amo y quiero ser correspondida.

Dicho esto, le cogió suavemente, llevándole por su mano a una fuente maravillosa, en medio de perfumado bosquecillo. Allí le lavó manos y pies, con lo que el deforme muchacho vio transfigurarse su mísero cuerpecillo en el del *Adonis* más irresistible. Después el hada le peinó con sus propios dedos y le infundió tal luzidez mental, que alcanzó a ver su propia y verdadera naturaleza hasta entonces aprisionada bajo cáscara grosera. Luego se internaron en el bosquecillo. Allí le informó acerca de la batalla que tenía que reñir con su secuestrador, el *hombre de un solo ojo*, para el que nada habla oculto.

Domicio esperó el paso del gigantazo y, dejándose caer sobre sus hombros, le yacó el ojo con su puñalito, cortándole luego la cabeza.

Cuando Domicio quiso buscar en brazos de su compañera el premio prometido, vió con espanto que, ingrata también, emprendía fugaz su retorno al mundo de los vivos.

—¡Aguarda, aguarda, dulce visión!—implicó desesperadamente el mancebo—. ¡Quiero volar contigo!

—Imposible—le opuso la ingrata diosa—. Aún no has cumplido tu misión libertadora.

Y desapareciendo en las nubes, añadió:

—¡Soy la *Hermosura!*

Por segunda vez yacó burlado el infeliz Domicio. Erró a la ventura hasta tropezar con una nueva aparición, más extraña aún que las anteriores y que gemía bajo acerbo dolor.

Domicio, siempre más condolido de la desdicha ajena que de la propia, se ofreció a consolarla en su desgracia, que resultó datar también de que había abandonado en el mundo a un ser bueno e inteligente llamado Domicio.

—¡Vamos!—exclamé ya fuera de mí, de pura curiosidad como me dominaba, y, sin pérdida de tiempo, comenzamos a andar las dos buenas leguas que aún nos separaban de la enhiesta montaña en cuya cumbre esperaba encontrar la solución del enigma.

Para reponer nuestras fuerzas hicimos un alto en la marcha en un pradezuelo rodeado de pelados picachos, en los que vi verdaderas obras de

—Yo soy ese que deca—replicó él con gallardía—. Quiero redimiros aunque tenga que vérmelas con el Diablo mismo.

—¡Con él en persona os tenéis que batir!—respondió solemnemente la hermosa—, si queréis tornarme a mi sér. Otras os han prometido en premio fortuna y hermosura. Yo os daré algo mucho mejor y que jamás se marchita.

La dulce sugestión de aquella deidad extraordinaria pudo más que sus recelos en el corazón de Domicio, quien sintió el fuego de una pasión como no la había sentido nunca. Los dos jóvenes quedaron unidos en dulces deliquios de amor, y ante tan poético momento quedó suspensa la Naturaleza toda; el céfiro confundió sus cabelleras, se estremecieron de placer las hojas de los árboles, entonaron sus mejores gorjeos los pajarillos, y el más augusto de los silencios reinó luego sobre aquel indescriptible cuadro de celeste poesía, jamás imaginada sobre la Tierra.

No duró mucho, sin embargo, el dulce idilio. Satán, el enemigo de la felicidad humana, se mostró en encendida nube.

—¡Desventurado, cual débil gusanillo te aplastaré!—dijo furioso a Domicio.

—No te temo, precito—le contestó el valeroso mancebo.

Y entrambos se fueron a una sala de armas, donde el Diablo le dió a elegir entre infinitas, pero él, lejos de coger las más preciadas y damasquinas, fuése hacia la espada más vieja que arrinconada yacía, llena de orín.

La lucha fué tremenda; pero Domicio era tan invencible como el Diablo mismo. Infinitos fueron los encuentros, los tajos y las acometidas. En una de éstas, en que Satán se arrojó confiado, Domicio le dió un corte feroz que, con estrépito, le derribó una oreja. El enemigo desapareció avergonzado, dejándose sobre el suelo el singular trofeo.

Cuando Domicio volvió hacia su compañera, apenas si pudo verla de lejos, volando hacia el mundo de los vivos, sin llevarle, a pesar de sus súplicas.

—No me puedes acompañar aún, Domicio—le dijo—; pero al menos toma en prenda mi anillo, que en más dichoso día nos permitirá reconocernos...

—¡Soy la *Diosa del Amor!*—añadió cuando desaparecía.

Domicio alzó del suelo la satánica oreja y se le apareció un hombrechillo de tres pulgadas escasas, un gnomo, quien paseándose por la palma de la mano del héroe, le dijo que pidiese lo que quisiera, porque Satán, vencido era ya esclavo suyo. Pidió el joven retornar entre los vivos, y al punto se vió trasladado al camino de Almazán a Soria.

Buscó al herrero de marras, que, perseguido por el vulgo que le achacara la muerte del jorobadito para hacer untos de brujería con su cuerpo, había desaparecido. La puerta de la fragua no se habla vuelto a abrir desde enton-

cíclopes y pronto tropezamos con un admirable dolmen, del que hicimos fotografías. Cruzamos luego por un peligroso lugar, guarida de jabalíes. Todos, bajo aquel sol de justicia, apenas si podíamos ya caminar, pero nuestro anciano guía saltaba de risco en risco como una cabra, hasta que le perdimos de vista.

Ascendimos, no sé cómo, a un derruido recinto, especie de fortaleza

ces, cosa que hizo Domicio entre el terror y las maldiciones de las gentes de Barahona, las que le tenían en zozobra continua; pero tales cosas le debieron acontecer allí dentro, que el mancebo decidió romper todo lazo con el Diablo, clavando en la puerta la fatídica oreja, con lo cual volvió el infeliz Domicio a su triste deformidad prietina, cosa que le infundió menos pesar que la compañía de la presa maldita.

Para poder comer, entró el cuitado de oficial de escultor, y tales progresos realizó en su arte, que con el puñalito de la Fortuna modeló una estatua prodigiosa de la diosa Diana, que llenó de asombro al rey Osmán, quien advirtiendo los superiores destinos del pobrete, se le llevó por favorito.

La felicidad más completa sonrió desde aquel punto en el reino. La Fortuna, la Hermosura y el Amor parecieron verter sobre el Imperio el cuerno de la abundancia. Todo fué a maravilla, despertando la envidia de los Estados vecinos, quienes, ansiosos de compartir aquellos divinos tesoros, invadieron el reino a la muerte de Osmán, que había legado la corona al feo Domicio.

El Diablo, sin su apéndice, estaba entretanto reducido a la inacción; pero, como él decía, bastaba la ingénita malicia humana, para, sin necesidad de él, llenar el Averno y haber otro no mejor de la propia Tierra. Domicio, acaso compadecido hasta del Diablo mismo, fué a Barahona, y desclavando la oreja, la restituyó a su dueño. Con tanta generosidad, sin reciprocidades peligrosas, aún quedó más y más humillado el Diablo por Domicio, quien ni siquiera consintió en recibir de él el retorno de su belleza.

A esto, en su ausencia, se amotinó todo el reino, guiado por cierto monje con negro sayal y cara siempre cubierta por su capucha, que surgió no se sabe de dónde. La guerra civil era inminente, pero Domicio la hizo imposible, llamando al monje negro a los supremos consejos del reino. El tal monje no era sino Satán con los más perversos designios. Pero el poder de Domicio, basado sólo en la virtud, en la paz, en el amor y en la mente vigorosa e ilustrada, era superior al suyo, y aquel primer ministro jamás pudo hacer cosa que buena no fuese.

Domicio arrolló fácilmente a sus enemigos. Al volver victorioso, su caballo le dejó caer en las lagunas de Urblón, con lo que contrajo unas fiebres malignas que le pusieron al borde del sepulcro.

El monje negro no se separaba de él un punto. Le arropó bien, y cierta noche le dió un bebedizo que le hizo sudar un sudor negro y apestoso. Lo más maravilloso del caso fué que el enfermo quedó bueno por encanto y totalmente hermoso, sin deformidades, como el día que saliese de la fuente milagrosa. La nueva del prodigio arrebató a todos, y desde entonces data la romería

ciólpea, y allí tratamos de buscar la entrada de las dichas *Salas de Oallarda*, pero era imposible hallar hueco alguno practicable, y, para mayor contrariedad, nuestro extraño guía había desaparecido. Por fin, pudimos volverle a encontrar en otro picacho de más arriba, entre grandes sillares de granito asentados unos sobre otros sin argamasa alguna. Vimos allí también arcos dibujando entradas de galerías y pozos cegados e impracticables.

anual a las milagrosas aguas de las lagunas de Urbión, que dan nacimiento al río Duero.

Transformado así el rey en el más gallardo mancebo, los súbditos le obligaron a tomar esposa entre las infinitas beldades que acudieron a las fiestas. Domicio, ignorante de que el monje negro fuese el Diablo en persona, le consultó sobre tan arduo negocio, y de él obtuvo una categórica afirmativa, tal vez porque en los matrimonios suelen tener más cabida las tretas de Satanás.

Peró éste no contaba con que entre las hermosas del concurso se presentaron tres singulares doncellas, dotadas de prendas tan sobrehumanas, que, más que criaturas terrestres, las Tres Gracias parecían.

Al verlas el monje negro palideció. No se ocultaba a su despecho que aquellas tres criaturas no eran sino la Fortuna, la Hermosura y la Diosa del Amor, antaño libertadas por el heroísmo de Domicio.

El rey vaciló un punto en la difícilísima elección: el pueblo comenzaba a murmurar por la tardanza, y, al fin, contra lo que pudiera esperarse, eligió la más modesta y más arrabadora por la dulce seducción de sus castos atractivos. El Hada del Amor fué coronada reina.

Renunciámos a describir la magnificencia de aquella boda. Sólo añadiremos que, enojadas la Fortuna y la Hermosura, se pusieron de acuerdo con el Diablo para tomar venganza. Este, con el propósito de esclavizarlas de nuevo en daño de la Humanidad, aceptó el pacto, y comenzaron a llover desórdenes y desgracias sobre todo el Imperio.

Aleccionado Domicio por su esposa acerca del misterio de todo aquello, se aprestó una vez más a desbaratar los planes del Averno. El Monje Negro fué destituido y marchó a casa del herrero de Barahona a madurar sus protervos designios. Toda la ciudad se alzó en armas por sus excitaciones, y Domicio fué destronado. Para colmo de su desventura, su ideal consorte murió de unas fiebres malignas.

Domicio sepultó su dolor en la soledad, la meditación y el silencio, retirándose a la ermita del Santo Cristo de Olmedillo, cerca de Renleblas, donde, en olor de santidad, acabó sus días.

El anónimo historiador de este relato fantástico, añade, en descargo de su conciencia, que lo referido no fué real, sino mero ensueño de color de rosa del pobre Jorobadito de Almazán, cierta noche en que dormía en un pajar, al calorcillo del heno, y que, antes bien, a la mañana siguiente tornó, como de costumbre, a la puerta del templo a vender rosarios, estampas y bujerías.

Domicio, con sus deformidades físicas, representa a esos humildes que el Evangelio coloca a su diestra en el Gran Día: los compasivos, los abnegados,

—¿Dónde encontrar la entrada de las Salas?—pregunté al guía... Hubo sido necesario una cuadrilla de hombres trabajando varios días, para hacer un hueco donde cupiese un hombre. Naufragábamos, pues, a la entrada del puerto... y dejamos, contrariados, nuestra empresa para mejores días, regresando al caserío de la Nava, donde, un cabrero, amigo del guía, me contó lo que sigue:

Los hermosos de espíritu, o como un budhista diría: «los renunciadores», «los voluntarios», los superhombres bajo pobres aspectos ocultos, quienes, yendo más allá aún del precepto de Cristo, aman a su prójimo y a la Humanidad más que a sí mismos... «El Verbo habitó entre los hombres, pero los hombres no lo conocieron», que dice San Juan; «Dioses sois y lo habéis olvidado», que Platón dijo.

No por codicia ni por curiosidad, sino por remediar los males de un Infierno a quien no conocía, se presta a bajar a la sima, donde traba con el Genio del Mal desiguales batallas, al modo de los caballeros andantes o de los demás héroes mitológicos, en pro del Ideal y sin otra arma que la sencillez, la virtud y la generosidad altruista de sus motivos, nada comunes en la Tierra.

En esfuerzo rescata del poder infernal cuanto hay de hermoso y de bueno al juzgar de los mortales: fortuna, hermosura, pasión. Ingratas ellas empero las abandonan, porque es ley de las renunciaciones redentoras la de no guardar al redentor nada de los tesoros que para los demás conquista.

El vencimiento del Genio del Mal concede al héroe el mágico poder sobre todas las cosas, pero Domiclo no cae en la tentación, como no cayera en ella Joadá en medio del Desierto, que es nota diferencial entre las dos Magias, la de que los arcanos del Cosmos y sus Innúmeros prodigios pueden abrirse para el Bien, con la clave única de la virtud de una mente desarrollada y libre, y para el Mal con la ganzúa de los anhelos egoístas que a la larga acarrearán la ruina de tales profanadores del Templo.

Hay en la Tierra lugares favoritos del misterio, de la honda poesía, de eso que hoy llaman *superliminal* o *hiperfísico* los Investigadores, y fantástico, ideal, dulcísimo, todos los poetas, y uno de tales sitios de Walpurgis, es la mansa curva del Duero en Sorla. Aquellas aguas lamen los muros del románico San Juan del Duero, el de los capiteles fantásticos como agua fuerte de Goya o delirio de calentura; se deslizan entre sauces y pimentales, llenos de topos, esos troglodíticos filósofos del mundo animal; parecen detenerse Intrigadas frente al secreto masónico-templario de Santo Polo; contornean toda la falda del Monte Oria, nombre que recuerda el Morlah, del Calvario, el Orío u Orión priego, y el Morla de la gran dinastía soiaz del Tíbet, y viene a romper sus aguas frente a las cuevas santificadas por las penitencias de San Saturio, que algún mal creyente quería llevar al mito de Saturio o Saturno como prueba de un abolengo judaico de adoradores de Ievah, Saturno, Sabaoth y Jano. Entre sus mundiales lejanías, envuelto en el mágico estuivo de aquella sin igual grandeza, ese hombre exquisito que se llamara Bécquer encuadró, ¡no podía menos!, la espeluznante leyenda de «Noche de Animas», pues sus ojos de vate

— «Cierta día fui llamado por un señor extranjero para que le acompañase desde Bailén hasta determinado sitio de aquella sierra. El cabrero le acompañó, y, una vez en el lugar buscado, pagóle el extranjero con largueza, despidiéndole, y como aquél le hiciese observar que, si le dejaba solo, acaso no sabría volver a Bailén, el caballero le dijo sonriendo, que se llegase hasta un chaparro que se veía a pocos pasos de allí y no volviese la cara hasta que a él llegase. Así lo hizo el cabrero, pero, ¿cuál no sería su sorpresa al volver la cara y advertir que el caballero había desaparecido y sólo entrevió un hoyo en la tierra que, al cerrarse no permitía averiguar por dónde se había abierto aquel sitio? El cabrero, aterrizado, huyó de aquellos lugares más que de prisa.

— ¿Usted no cree, señor, que tales personas puedan desaparecer? — interrogóme el *Jina*. — ¡Eso será por la electricidad, verdad? Ja... ja... ja... — y se reía en nuestras mismas barbas, haciéndome concebir contra él cierta sorda irritación...

bien pudieron ver allí, mejor que en parte alguna, cual en nuevo campo de Maratón, a los esqueletos de los caballeros de lejanas matanzas, cabalgando aún sobre las osamentas de sus corceles, en persecución de enemigos no menos invisibles que ellos.

Sobre lugar tan pintoresco, tan típico en la orografía e hidrografía de la Península, la tradición ha acumulado, como va expuesto, tesoros de mitos los más heterogéneos. La Cueva de la Zampona y el descenso de Domicio bien pudo inspirar a Cervantes su aventura de la de Montesinos. El toro muerto por Domicio, el de los misterios de Miltrá, el de la metamorfosis de Júpiter y el Buey Blanco de varios mitos orientales guardan parentesco, igualmente que el talismán dado en prenda por el Hada del Amor, el de los infinitos tallamañes de la leyenda universal calcada sobre el anillo salomónico o exágono geométrico, símbolo de la mayor importancia caballática. El *homunculus* de las evocaciones diabólicas también tiene precedentes en todo este género de literatura *jina*, igual que los gigantes o ciclopes que aparecen en el presente mito. Olvidad los personajes de él, abstrayendo sus cualidades, y de él, como de cualquier otro, podéis hacer todo un código de moral salvadora para usos prácticos de una vida ¡ay! harto separada siempre de ella.

Luchando, en efecto, contra el Oento del Mal, que nunca fuera para los antiguos nada real sino personificación de nuestras pasiones y vicios egoístas, conseguiremos restablecer la Ley Natural, fuente única de las verdaderas riquezas, hermosuras y amor, con la Edad de Oro desterrados de este bajo mundo, y al que pueden volver, como cuando las libertó Domicio en la Cueva de la Zampona, por el esfuerzo de esos caballeros andantes de la virtud o redentores de las razas, quienes reciben por toda recompensa aquí el escarnio y el martirio, guardado para los que en nombre del progreso humano vencen a la gran madrastra, la hostil Naturaleza.»

No le contesté siquiera. Llegamos al fin al coche y despedimos al guía, quien echó a andar por la planicie aquella donde no se veía ni un árbol ni otro accidente del terreno capaz de servir de escondite a nadie, pero... el viejo había desaparecido, y, por más que partimos al punto, fustigando los caballos, ya no volvimos a verle más... O se escondió en algún hoyo, o se le tragó la tierra, después de habernos dado las señas para poder dirigirnos a los *Penitentes Mudos*...

Nosotros no acabaríamos nunca si a detallar fuésemos las innumerables leyendas de los *jinás* y de sus *tesoros*, que en todo el ámbito de la Península se guardan. Los *bahli*, espantosos pero fieles gnomos, guardan estos últimos; diremos parafraseando lo que acerca del Gobbi dice nuestra Maestra. —Ellos esperan el día en que nuestra patria querida entre en un nuevo ciclo de restauración de su sublime pasado y el que esas armas ocultistas de fino temple toledano que poseímos siempre, se limpien de la herrumbre que sobre ellas han depositado veinte siglos de persecuciones e intolerancias. La tumba del Cid—no del Cid de tiempos de Alfonso VI, sino del *Alcide*, el Señor, el Hércules prehistórico, español—, esa tumba que Costa quiso cerrar con los siete sellos apocalípticos, recuerda aquella otra tumba del gran Ghensis-khan mogol junto al lago Tabasun Nor, donde, al decir de la tradición local, éste yace como dormido, en espera de despertar dentro de poco tiempo para conducir a su sufrido e incomprendido pueblo a nuevas victorias, no contra morisma alguna, sino contra esa lepra y ese crelinismo sánchopancesco que ha hecho de la raza de Don Quijote, caballero andante, o séase ocultista, una raza que lo ignora todo, que lo teme todo y que vanamente espera de fuera una redención que sólo puede venirle de sí misma y de sus glorias en el campo de la Poligrafía y del Ocultismo.

Sucesores de los primitivos Penitentes Mudos antecristianos, a que se refiere nuestro amigo, son, sin duda, los eremitas que pueblan las llamadas *Ermitas de la Sierra de Córdoba*, y un estudio detallado de ellos y de su historia sería de cierto interés ocultista, porque, a bien decir, en España, pese a todas las tradicionales persecuciones, no hay rincón alguno que carezca de semejante interés.

Dígalo sino el mismo jesuita y sabio historiador Padre Luis Carvallo en su obra sobre *Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias*, al darnos en ella las equivalencias griegas de numerosos nombres astures y galaicos, que son también de los *Tuatha de Danand*, que vivieron antes en España que en Irlanda, tales como *Ódrgara*; Vega-Ilaña y también otra población en la falda del monte Ida, junto a Troya; *Polas*

de *Allande*, de *Lena*, etc., del *πολλο* griego; la palabra *aballate*, equivalente a la de «date prisa», de los diccionarios griegos; el *¡Madíosi*, como juramento de las mujeres astures, que equivale al clásico de «por Júpiter»; el nombre del río *Limia*, llamado también *Letheo* o «río del olvido» y los propios nombres de *Oallo-grecia* o Galicia; *Astirgla*, *Asturgia* o Astorga del *Astl* o *Hastl*, ciudad en griego y *Turgi* nombre también equivalente a la ciudad en lengua ibérica; *astures siluros*, designación dada por Ptolomeo a todos los iberos septentrionales, equivalente a los *sillris* griegos y a los *sillurqs* ingleses del Principado de Gales; *Luco*, *Pravia* y *Tineo*, nombres asignados también por Ptolomeo a otros lugares de Inglaterra; los *orotrevas* o gentes de los barcos de cuero nuestros, con los *orotrevas* adoradores griegos del dios Marte; la radical tan frecuente de *Astu*, como equivalente a la de *astucia*; las pinturas de bermellón, *ule* y almagre cual los sacerdotes mayas de allende el Atlántico y cual aquellos otros griegos quizá que danzaran en torno del macho cabrío, dando así origen a ese terrible género dramático que se llama tragedia; las demás radicales de *Sic*, *Sicano*, *Siliceo*; las hazañas de *Hércules Alcides* (*Cid*, el señor, nombre que pasase luego al *Campeador*) y del otro *Hércules libio* su antecesor en aquella zona del litoral ibero, sin olvidarse tampoco del Astur argonauta y del *Astir* de Plinio, Siliio Itálico y otros; de la larga raza de los *Argantonios* (de *arga*, la plata y la Luna, es decir, gente *Dianense primitiva* o de los *Tuatha de Diana*); de Langreo o *Langueyo*, apacible, deleitoso; de Luarca o *Subareha*, cabeza de señorfo; de *Xarceley*, que equivale a *campo de griegos*; *Orús*, tierra provechosa, y de tantos otros nombres, que lo mismo pueden corresponder a las invasiones griegas históricas que a otras prehistóricas y menos conocidas, atribuibles a las gentes de los *Tuatha* y relacionadas con esos reyes míticos a que el sabio Padre Mariana consagra los primeros capítulos de su *Historia de España*, tan discutidos y aun rechazados por la escéptica crítica del siglo XIX, que ha de tener, bien pronto, como es lógico, su reacción correspondiente, todo ello sin tocar a los demás extremos que ya fueron objeto de estudio en el tomo I de esta BIBLIOTECA.

CAPÍTULO IX

EL DIOS JANO, JAINO O JINA

Contenidos arcaicos del Sagrado Díez.—Siempre y doquiera aparecen los contenidos del Sol y de la Luna.—Saturno y Jano.—Jano-Enoch-Noé.—Jano-Frmas.—Jano y los Tuatha.—Hermes-Jano.—La Jana, Yajna, Gñana, Onoto o Coocimiento laiciático.—Kwan-Yin y Swan-Yin, los Janos asiáticos.—Jano-Avalokita-kawara.—Los Dhyana-Chohan o Juanez celestes.—La religión jaina y sus cuevas laiciáticas.—Los Janos de América.—Los Gymnósofos.—Los Genios y los Primeros Reyes Divinos o Pastóforos.—Jano-Oanes.—Los reyes Janos o Jainos y César Cantú.—La doble cara de Jano, el Tercer Ojo y la Mandala Pincal.—Las Dinastías Divinas en los libros de Platón.—Teopompe y los buenos espíritus *Jinas*.—Otros problemas más, relacionados con Jano y con los *Jinas*.

Al comenzar este difícil capítulo, penúltimo del presente tomo, consagrado especialmente a IO, o Isis y muchos de sus problemas derivados, tenemos que confesar humildemente, y con tristeza, nuestra completa incompetencia en materias filológicas, por lo cual habrá él de resultar, por fuerza, pobre y deficiente, comparado, sobre todo, con la excepcional grandeza, la sublime magnificencia de un asunto en el que hasta nuestra Maestra H. P. Blavatsky ha creído conveniente guardar cierto discreto silencio.

Sólo invocando, como lo hicimos en el prólogo, nuestro modesto título de poeta en prosa, único que puede justificar, en parte, los atrevimientos de esta nuestra BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, nos arriesgamos a plantear el problema que sirve de epígrafe al presente capítulo, y aún así no seguiríamos, si no nos animase a ello la relativa impunidad que en tales materias filológicas concede, aun hoy día en que tan notables esfuerzos lingüísticos se llevan hechos por los doctos, la satírica y hasta cierto punto muy verdadera frase de Voltaire de ser la Filología «una ciencia extraña, en la que las vocales no son nada; y las consonantes, muy poca cosa.»

En diversos pasajes llevamos repetido que a la Divinidad Abstracta e Incognoscible de donde todo el Universo ha emanado y en donde todo él

ha de ser reabsorbido en el último día de los tiempos; se la ha simbolizado por el *Cero*, es decir, el círculo cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna. También llevamos dicho que al Universo como Manifestación periódica de dicha Divinidad, se le ha representado como al *Punto* en movimiento, formando por tal movimiento una línea que, dentro del simbolismo del *Cero* o *Círculo* antedicho constituye el *Diámetro*. Lo Inmanifestado emanando a lo Manifestado, queda simbolizado jeroglíficamente así:



Descompuesto el jeroglífico tendremos, pues, este otro tantas veces hallado:

IO

que en nuestros lenguajes humanos forman la primitiva palabra de IO, la cifra diez, el número *pi*, radical a su vez como nombre de la palabra *Pithar* o Padre-Madre, con lo que el jeroglífico cae, *ipso facto*, de su abstracto e inefable sentido místico, en otro sentido más inferior, pero todavía muy augusto, relacionado con el misterio de la generación ó procreación física: el *Jalo* o *lingham* masculino y el *yoni* o *matriz* femenino, que, como están juntos en el jeroglífico, no nos dan todavía, sin embargo, a bien decir, sino un perfecto símbolo de androginismo y también, por otro lado, de germinación puesto que el *círculo*, (traído ya a un plano de manifestación con sólo dibujarle, no es ya, considerado así, en concreto, sino el *Hiranyagarba*: el *Huevo del Mundo*, en cuyo seno se ha desenvuelto el germen o Punto, primero en un sentido: la *Mónada*; luego en dos sentidos, constituyendo la forma cruciforme o la *Dúada*, causa de todo dolor, lucha, contraste, oposición y demás conceptos sinónimos, como han dicho los pitagóricos, siguiendo la Enseñanza Arcaica.

Esta suprema verdad iniciática fué conocida por la Humanidad desde su cuna, pero al tratar de formular cada pueblo el símbolo en su respectiva forma de escritura hubieron de hacerlo cada uno de una de las cuatro maneras prácticamente posibles, a saber:

0

(en mogol, chino, etc.)

Ω

(en otras lenguas arcaicas.)

IO

(en ará, de izquierda a derecha.)

OI

(en semita, de derecha a izquierda.)

Esto que, como se ve, es matemático, dió lugar en los dos últimos grupos de lenguas a las respectivas palabras de IO y de OI...

Pero la iniciación aria quiso expresar probablemente de algún modo, jeroglífico también, que la suprema Divinidad a la que hacía objeto de su veneración amorosa sin nombre y sin culto, era la misma venerada desde antiguo por sus predecesores más remotos que escribieron de arriba a abajo, como ella escribía de izquierda a derecha. Junió, pues, los dos símbolos de este modo:

y los reunió en uno, de este otro:

con lo cual resultó el símbolo lingual védico, desesperación de los sanscritistas occidentales, no iniciados, puesto que es, y al par no es, una letra, la 49.ª de tan rico alfabeto, letra-símbolo de la cual trataremos hacer derivar todas las demás de la lengua de los dioses en otro tomo de esta Biblioteca. No hay por qué repetir que semejante símbolo es, por otra parte, el de la doble matriz o doble cinco, base del 10, de las decenas sucesivas y, por consiguiente, de toda la numeración decimal aria, cuanto de los célebres misterios griegos de los Dáctilos o dígitos, cuyos sacerdotes dieron a Pitágoras su primera iniciación en la Matemática Sagrada. Resultó así también el símbolo de la Tau (T) o de la limitación separando los dos diámetros de los dos círculos-matrices, y el símbolo del Infinito separando por otro lado los dos dichos círculos-matrices de este modo: ○○. Juntos entrambos elementos en repetido símbolo lingual, representan asimismo, por tanto, el Infinito Macrocósmico; la Mente Divina limitada, crucificada en la Manifestación Cósmica y también el infinito de la Mente Humana, su Verbo, confinado en las estrecheces de la palabra hablada o de la carne.

Pero los hierofantes egipcios o etíopes occidentales, adoptaron una segunda forma para el signo lingual védico de sus hermanos los etíopes orientales o indos y fué esta otra:

con la cual resultó formado el símbolo del Arbol de la Vida o de la Tau con las dos Serpientes del Bien y del Mal, o sea en suma, el Caduceo de Mercurio o Hermes (Her, Herr-Manas o Her-mo-damas, el Iniciador de Pitágoras.)

Dividiendo después en dos, al igual de los indos, semejante símbolo sintético, obtuvieron este otro:

que es, pues, el anagrama de ISIS, como palabra derivada, según puede verse por lo dicho hasta aquí, del símbolo y nombre original de IO. El divino fuego emanado de este andrógino *Dios-Diosa*, se llamó desde entonces en todos los pueblos atlantes y en sus sucesores tal es como el *Inca*, *SI-SI-RA*, es decir, la electricidad vital y transcendente, el fuego creador, el *Pater Omnipotens Aether*, el *Akasha Indo*, en fin, ya que en tal palabra aparece lo Eterno Femenino con el disílabo SI-SI, o Isis a la inversa, y lo Eterno Masculino con el monosílabo *Ra* o *Ar* del Sol y el *Cordero Celeste*.

Viniendo entonces ya a una aplicación astronómica y más inferior del símbolo, y habiendo observado o sabido los hierofantes que *el Sol y la Luna* son los dos astros que, con sus respectivas influencias, mantienen toda la economía vital sobre el planeta Tierra; llamaron *Ra* al Sol e *Isis* a la Luna, con lo que el símbolo abstracto y universal recibió una clave o aplicación astronómica, como antes la había recibido sexual, numérica y geoméricamente, y tuvimos el simbolismo astronómico de nuestro Sol y nuestra Luna físicos.

Pero la división astronómica operada así entre los respectivos símbolos del Sol y de la Luna, se hizo ya física en la interpretación de todos los fenómenos terrestres, y se consideró como solar todo lo que de algún modo representa *fuego creador o fecundador: Ar*; y como lunar, cuanto representa *agua vivificadora y nutridora: Anas. Ar-I-ana* fué desde entonces el nombre de la comarca cuna de los arios y de su escritura.

Además, el primitivo símbolo de IO lunisolar o andrógino no siempre se había escrito con el diámetro en el círculo, sino que también se había representado con otro equivalente: el del cuadrado y su diagonal, cuyo significado en el fondo es idéntico. Este segundo jeroglífico fundamental se hubo de presentar, pues, así:



y del mismo modo que el primero se tradujo a las lenguas vulgares ulteriores por IO, este último hubo de traducirse por IA. Después, partiendo en dos el símbolo, como antes vimos se hiciera con el otro, se obtuvieron por un lado los dos triángulos respectivos del Sello Salomónico: $\underline{\Delta}$ $\overline{\nabla}$; el uno representativo del Fuego y el otro del Agua, o sea, astronómicamente, del Sol y de la Luna. También hubieron de resultar por otro lado al fraccionar el símbolo, la letra M (*ma, mu* o *eme*), representativa del agua:

do de revelaciones. Por de pronto al ser *Jano, Eneás*, se comprende que este último nombre sea a su vez el símbolo de toda transformación, progreso o movimiento.

La errante raza mítica de los *Tuatha de Danand* que llevamos estudiada, es decir, las gentes de la raza o religión solar, que el Mahabharata diría, aparecen así en la historia como el movimiento perpeluo, y realizan por eso la parte más honda y substancial del mito del *Judío y del Holandés Errante* (1). Por eso también en la Biblia misma aparece el Dios solar representado por *Enós*, el hijo de *Seth* o *Sal* y nieto del Adán terrestre, o séase la Tercera Raza-Raz de la Humanidad, en la que primeramente apreciara dividido el sexo, ya que en tal sentido, según Blavatsky (D. S. II, pág. 117), ha de tomarse el simbolismo esotérico de *Enós*, el hijo de Jehovah, el sér a partir del cual (Génesis, cap. IV, v. 26) principiaron los hombres a llamarse *Jah-Hovah* (machos y hembras separados). Blavatsky añade que los capítulos I al V inclusivos del Génesis están intencionalmente trastornados por razones cabalistas, y en ellos aparece, al lado de ese *Enós*, hijo de Seth y así escrito *sin hache*, otro *Henoch*, con *hache*, que es, a su vez, el primer hijo de *Caln*, la progenie pecaminosa de carne y sangre, la humanidad física actual, en fin, y otro *Henoch* como cabeza de la sexta generación de Adán por Seth, aparte de aquel *Enoch, Hermes*

(1) El mismo Eugenio Sué, como literato inspirado, parece reflejar en su famosa novela *El Judío Errante* todo ese espíritu protector característico de los *Jinas* sobre los hombres. Recuérdese sino, cómo esta verdadero *Tuatha de Danand* (cuya leyenda se ha enlazado con la evangélica, al modo como Wagner enlazase también la leyenda evangélica con la oriental de Parsifal) se dedica en la novela a proteger a sus descendientes *Jinas*, o sea a los sobrevivientes de la familia del acaudalado Marlo de Rennepont, perseguida por los malos elementales o *Fir-bolg*, que aquí, en la novela, aparecen personificados a su vez en las artes codiciosas de la Compañía de Jesús. El buen Judío Errante, en efecto, para lavar sus culpas, cuando ya han sido asesinados, enloquecidos o puestos fuera de combate con diversos expedientes funestos por los *Hijos de Loyola*, todos los herederos Rennepont, y cuando el perverso Padre Rodin, autor de la trama nefasta, ha caído también envenenado por los mismos suyos, alcanza a su vez, en premio de su buena obra, la inefable dicha de morir, es decir, de dejar esa vida física o etérica de los *Jinas*, que siendo Inmortales aquí abajo, como hemos visto en la leyenda de los *Tuatha*, los *Enoch* y los *Elias*, anhelan, cual Callpso, y cual todos los elementales de la naturaleza, ese privilegio de morir para poder así pasar a esos mundos superiores adonde, con la muerte, pasa el hombre... el hombre que tanto teme a la muerte redentora, envidiada siempre por aquellas entidades elementales que no tienen la dicha de morir para progresar en mundos superiores a esta pobre Tierra.

o *Libro*, descrita en los libros religiosos de varios pueblos el conductor semi-divino, semi-terrestre o *flor*, de esa nuestra raza terrestre inferior y cuál es el pasado atlántico (*D. Secreta*, L II, pág. 119), es decir, aquel ser maravilloso, verdadero Quetzalcóatl (culebra luminosa) azteca, aquel prototipo de ciertos *Fluores*, quien después de haber vivido entre los hombres durante siglos o edades, nos refiere la Biblia que no murió, sino que fue consumido en las corras de fuego, igual que siglos después lo fuese Elías (*Fluor*, otro prototipo de la raza solar o *flor*), el profeta de Dios, y tantos otros tipos atlánticos como de la leyenda religiosa universal. Un misterioso libro, reconocido por la Iglesia como apócrifo, existe sobre estos interesantes problemas mitológicos (1).

Por otra parte, el pasaje transcrito de Cicerón de que Jano preside tanto al Cielo, como al mundo de la Mente y a otros mundos, tiene una profundidad de concepto que deslumbra, porque, en efecto, él es el revelador de la *Jana*, *Yajna*, *Onana*, *Onosis* o *Conocimiento Iniciático*, una de las más elevadas formas del *Akâsha*, la *Palabra Mística*, *Voz*, *Verbo* o *Logos*, que llamó a la existencia al Universo por el solo poder de *Krya-Sakti* o de la *Voluntad* y de la *Imaginación* (*Yoga*). La *Palabra* o *Verbo* existente desde la Eternidad, porque procede del *Uno-Único* y *Supremo* (*Brahmâ-Praspati*), y que es clave de la *Trail-vidya*, la *Ciencia* tres veces sagrada contenida en el fondo secreto de los versos del *Rig Veda*. Es un *Fuego* latente y divino que, arrancando del *Sacrificio* (*Tau*, *Rectitud* de *Conducta Ahavañya* o *Swástica*) sube hasta los cielos, formando la genuina *Escala de Jacób*, entrevista por todo místico (*Isis sin Velo*, I, página 58), la *Palabra Perdida* con la catástrofe de la *Atlántida*, en fin, enseñada desde

(1) Este libro es el ignorado *Libro de Enoch*. Dicho *Libro de Enôth* es un compendio de la historia de las razas tercera (*Lemur*), cuarta (*Atlante*) y quinta (*Aria*). Unas cuantas profecías de nuestra edad y un largo resumen retrospectivo, introspectivo y profético de sucesos universales y completamente *históricos*, geológicos, etnológicos, astronómicos y psíquicos. Es citado con veneración y respeto en *Pistis Sophia*, en el *Zohar* y en su *Midrashin* más antiguo. Orígenes y Clemente de Alejandría le tenían en muy alta estima, y San Agustín dice que la Iglesia le rechazó a causa de su enorme antigüedad. Es libro apócrifo de *crypto* (κρυπτος) oculto, pues contiene todo el secreto de la Iniciación. Durante edades sin cuento el *Enoichion*, o *Libro del Vidente*, fué conservado en la «ciudad de las cartas y obras secretas», el antiguo *Kirjath-sepher*, más tarde *Debir* o *Hanokh* (*Jano*) padre de *Noé*.

Enoch, *Henoeh*, equivale simbólicamente a *Thoth*, o *Memfis*, *Hermes*, *Mercurio*, *Orfeo* y otros *Edris* o sabios *Iniciados*, añade *Blavatsky*, en el capítulo a ello consagrado en el tercer tomo de *La Doctrina Secreta*.

el primer día por los *Dhyant-Buddhas*, *Dioses*, *Kwan-Yin* o *Esprítus Planetarios*.

Por eso Jano es el *Kwan-Yin*, *Swan-Ylao*, *Chohan-Dhyán*, *Juan o Iina* llamado también *Padma-Pani-Chenresí*, *Avalokita-Isvara*, o el Portador del Loto del Mundo indostánico: Verbo o Logos platónico que en el plano más excelso es el *Hijo*, consustancial con su Padre, y en el plano terrestre es *Daksha* el Sacrificado, el *Bodí-satwa*, *Jain-ri-shí*, *Van-Chuang* (el poderoso que todo lo ve y lo socorre); el *Gran Protector* de Asia (la creación actual), y del Tibet en particular. Se dice que su Sér celeste e inefable se manifiesta en forma humana de edad en edad, a fin de guiar por el Sendero de la santidad a los lamas, y de preservar de todo mal a los grandes *Arates* o *Discípulos* en el mundo.

Avalokita-isvara aparece en el panteón exotérico oriental con cuatro brazos, que son las cuatro razas primitivas, y doce caras, cada una mirando a uno de los doce signos del zodiaco, o sea a los Doce Dioses Mayores que sobre el Sol, física, intelectual y místicamente gobiernan. Toda la doctrina chino-tibetana de *Dan*, *Chhan*, *Kan*, *Dzan*, *D'Jan*, *Jain*, *Jian* o *Ioan*, que de todas estas maneras y otras varias puede escribirse, según la lengua o la época, se deriva de este personaje-símbolo, y es característica de todas las escuelas esotéricas del mundo ario, heredadas de los tiempos más gloriosos de la Atlántida y la Lemuria, cuando los dioses andaban entre los hombres y la Edad de Oro reinaba soberana sobre el mundo. De ella está formado, en fin, el misterioso *Libro de Dzyan*, o de los *Dhyants*, cuyas primeras Estancias y Comentarios forman el libro de *La Doctrina Secreta* que nos ha legado la abnegación y esfuerzo de H. P. Blavatsky, la doctrina *Danna* o *Jaina*, primitiva *Ciencia-Religión* de la gran Atlántida o *reforma del hombre por medio de la meditación y el conocimiento*, Religión *Jina* o *Jaina*, en suma, hoy perdida, y cuyos pobres ecos en el mundo aún son muy superiores al Brahmanismo oficial y a las demás religiones positivas, meras y empañadas facetas de aquel *diamante-sol*, que aún sigue reluciendo en las tinieblas del pasado y que rutilante volverá a aparecer algún día...

De esta Religión-Sabiduría originaria derivaban también las porciones secretas del *Dan* o *Janna* (de la metafísica del Buddha, cuando, como ya hemos visto, se retiró al desierto, y allí, viviendo sólo *de la Vaca*, tomó el sobrenombre de *Gautama*. Estas porciones Dhyána o *Ji-ia-anas* (1), por

(1) *Dan*, que en la moderna fonética china y tibetana es *Chhan*, es el nombre genérico de todas las escuelas esotéricas y de su literatura. En los antiguos

grandes que parezcan, pues, constituyen realmente una porción muy pequeña de aquel todo admirable y divino. El gran reformador indo, como algos después Jesús, limitó sus enseñanzas públicas al aspecto puramente moral y fisiológico de la Religión-Sabiduría, a la ética y al hombre únicamente: las cosas «invisibles e incorpóreas» y el misterio del Sér fuera de nuestra esfera de acción terrestre no fueron tratadas en manera alguna por el Maestro en sus enseñanzas públicas, sino que esas y otras verdades ocultas fueron por él reservadas para el círculo selecto e iniciático de sus Arhats o Apóstoles. Estos últimos recibían su iniciación en la famosa cueva *Saptaparna* (la *Sattapanni* de *Maha-vansa*, cerca del Monte Baibhar o el *Webhara* de los manuscritos palís; las *Siete Cuevas* de Pacaritambo en la Pirámide ignorada de Tajin, etc., etc.) Dicha cueva estaba en *Raja-griha*, la antigua capital de *Magadha* y era la *Cueva Cheta* de *Fa-jlam*, como justamente sospechan los arqueólogos.

Estas cuevas y tantas otras semejantes, descritas en la citada obra de Blavatsky *Cuevas y Selvas del Indostán*, son, pues, el centro de toda una religión augusta, extraña, iniciática y, como tal, desconocida por el vulgo: la Religión extrahumana de los *Ar-ats*, *Kumaras*, *Rudras*, *Rishis*, *Dhyd-*

libros la palabra *Janna* se define por eso como «la reforma de uno mismo por la meditación y el conocimiento»; el «segundo nacimiento en cuerpo espiritual», que diría San Pablo. De aquí también *Dzan*, *Djan* y fonéticamente *El Libro de Dzyan*. (Véase la obra de Edkins, *China Buddhisme*, página 129, nota).

Para judíos y cristianos ha existido un verdadero Jano; el Adán-Jano o divino andrógino. Malmónides, Manasch ben Israel y el cristiano Eugibino enseñaban, en efecto, que Adán tenía *dos caras y una persona*, y desde el principio era, a la vez, varón y hembra, varón por una parte, y hembra por otra, cual el Brahma de Manú; pero después entrambas partes fueron separadas como narra *El Banquete* de Platón. Jeremías ben Ellazar, cita el salmo 139, como evidencia de ello, pues que de allí se dice: «Tú me formaste detrás y delante», no «perseguido», como absurdamente le hacen decir *Los Setenta*. Esto demuestra a Wilder que la forma primitiva de la Humanidad fué andrógina. (*Doctrina Secreta*, tomo II, pág. 125.)

De aquí también que sean verdaderos *Janos* o dioses lunisolares todas las estatuas de los dioses mayas y aztecas, que pueden verse reproducidas en la obra de Alfredo Chavero, *México a través de los siglos*. La obra *Mythical Monster*, de Gould, cita al *Shan-Hai-King* o *Maravillas del Mar y de la Tierra*, obra compilada dos mil seiscientos años antes de J. C., en la que se mencionan los hombres de dos caras. Semejantes ideas inspiraron también al Dante el conocido pasaje de los hombres de la cara del revés, a quienes ve el poeta en las regiones infernales.

nis, Tien-Hoang, Klings, de Confucio; *Kwan-yin*, aspectos del *Tahualohita-iswara, Kwan-shal-yin*, los hijos del radiante *Hijo de los Dos*, y otros narrados en los libros más antiguos, tales como el *Shu-King*, libro *Las Oedas, Eddas*, o *Libro de la Historia* chino (dos mil doscientos años antes de J. C.); el *Yi-King* o *Libro de la Evolución*; la religión, en fin, de los grandes ascetas: los *Gymnosofistas* (de *Jina* y *Sophos* o Sabiduría Jina o Jaina), teurgistas del Asia central, muy superiores por sus conocimientos y ascetismo a todos los hierofantes egipcios y magos caldeos, sabios tales como *Djeminu* o *Jalmini*, el filósofo védico predecesor de Pitágoras, al que se refiere la página 22 del primer tomo de *Isis sin Velo*, poseedores, como creen los chinos, del *Tao-te King* (*Hua-ta-jin*, o *tau* de los Jinas), que es el *corazón* o parte secreta de la doctrina predicada por *Lao-tseu*, libro tan extrañamente escrito en viejo lenguaje simbólico, que cuenta más de cinco mil palabras en menos de doce páginas al modo de los caracteres de nuestra Taquigrafía que, por extraña correlación simbólica, es sabido que hace arrancar todos sus rasgos abreviadores de un jeroglífico completamente idéntico al de IO que ya hemos visto y al del It, o Ith Id que veremos en el siguiente capítulo. Sus poseedores lo son también del verdadero y completo texto del *Aini* o *Jaina-Akbari*, que fuese traducido en parte por el Dr. Blochmann, citado por Max Müller en su *Introduction to the Science of Religion*, con cargo al texto de Badaoni.

Estos son los antecesores divinos de los jefes de los *Tuatha* o *Jinas*, raza esparcida antaño como hoy (aunque invisible, según hemos ya dicho) por todos los ámbitos del aire, el agua, la tierra, el fuego y el éter, dominando como única soberana a todos los espíritus de los elementos y protegiendo invisiblemente a los buenos contra las asechanzas de los Poderes del Mal todo cuanto lo permite el karma cosechado por los hombres en su presente y anteriores vidas. De aquí los secretos jefes samanos o santos de los *Ainos* japoneses, hombres barbudos como gnomos y de raza roja o atlante, quienes, aplastados un día por la raza amarilla invasora, fueron reducidos a los estrechos y más apartados valles de las altas montañas, ni más ni menos que los vaqueiros astures y sus congéneres de agbles, chueles, etc., habiendo permitido así recientemente a M. de Sagastume recoger muchas palabras de su habla *Jaina*, enteramente análogas a otras del vasco, el ginés, el turco, el samoyedo y, además, lenguas aglutinantes primitivas, gentes *jinas* cual las de los oasis del *Tchettchen-Daria* tibetano, cuyos abigarrados habitantes, descendientes de cien razas diversas y perdidas, narran todavía al viajero las poéticas tradiciones de los *Genios del Desierto* que les gobernaron durante muchos años, hasta que éstos hubieron

de retirarles a aquéllos su protección, por sus infidelidades, crímenes e ingratiudes. Entonces, tales protectores les echaron, al efecto, un velo sobre los ojos para no ser ya más vistos de ellos y vivieron en el desierto una vida solitaria y ascética, igual que sus congéneres del desierto africano, los temidos *afriles*, a quienes más de una vez han visto los árabes en las noches de luna vagando imponentes sobre las arenas del desierto o por entre las ruinas de las ciudades muertas, tales como Palmira e Ismodia, la gran metrópoli petrificada egipcia en la que yacen ocultos innumerables manuscritos y rollos de los que se creen destruídos por los incendios de la Biblioteca de Alejandría y cuyas luces se han visto a lo lejos más de una vez por las caravanas beduínas (1).

Magno sería el servicio que podría prestar a la Humanidad el filólogo occidental que, inspirado en estas ideas, emprendiese la impropia tarea de apurar en Filología Comparada las palabras que, por millares, se relacionan con los *Jinas* y sus Misterios religiosos, alma de todas las religiones positivas. Semejante sabio, que, tarde o temprano, ha de venir para bien del mundo, nos enseñaría cómo *Jaim* o *Jain* es el *Ictiol* o *Ictius*, el *pescado* que se encuentra en las cercanías de Nicea, y del que pudo tomar su símbolo, al par que del signo zodiacal de *Los Peces*, el naciente Cristianismo, si es que no le derivó también de aquel *Jain-Ictius Oanes* o *Ioanes*, el Hombre Pez o Dagon que, saliendo del mar, enseñó las primeras verdades religiosas a los caldeos, según muy al pormenor nos lo revelaran

(1) De aquí data la más antigua de las religiones derivadas. La religión *Jina* o *Jaina*.

El jainismo, en efecto, es una de las religiones más interesantes y más antiguas de la India. Muy anterior al buddhismo, los jainas se jactan de que el buddhismo no es más que la secta más moderna de la Religión Jaina, pues que Gautama el Buddha, discípulo de un Gurú jaina, es uno de los treinta y cinco Tirthankaras o Jinas (Blenaventurados) que han bajado a este mundo para salvación de la Humanidad. Su único lenguaje sagrado es el *pankriti*. Hay unos cuantos millones de jainas en Oujérate, Bombay, Konkan, etc. Sus ideas filosóficas y religiosas son fundamentalmente las mismas de los brahmanes y buddhistas y es ilimitada su compasión por los animales, hasta el punto de que sus actuales secuaces, perdido el primitivo significado de sus ideas, mantienen hasta hospitales para los animales y no matan a animal alguno bajo ningún pretexto.

Para formarnos un adecuado concepto acerca de la grandeza de esta religión en los primitivos tiempos, antes de que los brahmanes la falsificasen, como otras sectas occidentales que se dicen muy religiosas y muy dentro de la Iglesia han falsificado el Cristianismo, baste decir que, como derivada del *culto solar*, ha dejado huellas en todo el planeta, según puede colegirse leyendo

las leyendas y tradiciones parsis si ellas no hubiesen sido falsificadas o destruidas por Beroso y Eusebio. También semejante sabio acertaría a explicarnos esa obscura leyenda de Jahel o Jahail (de *Jah*, contracción de Jehovah) el judío o judía que concedió hospitalidad a *Sisara* (la SI-SI-RA o culto primitivo de Isis, que antes hemos visto) y luego, dándole un bebedizo, le traspasó con un clavo las sienes, por lo que desde entonces quedó la letra S atravesada por un clavo, como estigma de servidumbre, sobre el dorso de los esclavos romanos y como símbolo de cierta institución cristiana, piadosa por fuera y por dentro impía, hecho de donde acaso viene la palabra *Jaharrar* o *azajarrar* del antiguo castellano (que expresa la acción de raspar una pared, borrando las pinturas o símbolos que por acaso en ella hubiese y cubriéndolos con yeso, la caliza que lleva el nombre de *selene* o la luna) y las palabras *jalbegar*, *jalma* (*enjalmo*, cobertura o velo); *jalbegue* (blanqueo, afeite que oculta los defectos físicos); *Jalemo* (divinidad ocultadora del muerto y que presidía a los funerales); *Jales* (lienzo grueso para cubrir las cargas), *jalón* (estaca o hito para señalar algo que es moral, como un límite, u oculto como un tesoro); *Jallas* o *Falias* y *Jallas de Arzon* (San Pedro de), aldeas de Coruña; *Jallais*, aldelta de Francia, de típico corte *jina*; *Jallonka* (vastísima región africana casi inexplorada a causa de sus *jinas* o *afritas*, donde tienen sus fuentes el Senegal y el Níger); *jallullo*, pan quemado en Andalucía; *jahelar* o *jalear* (azuzar a los perros contra alguien, aturdir con diversiones y jaranas a aquellos a quienes después se les quiere hacer víctimas como *Jahel* hiciese con *Sisara*); *jalde* (el color heráldico y caballeresco del amarillo-oro, el color de la intelectualidad y de los *Jinas*); *Jair* o *Jain* (el Juez de Israel durante el cual

este libro, y mejor aún los de Blavatsky, tantas veces citados. Si el *Buddha*, con sus enseñanzas no igualadas después por instructor alguno; es una figura gloriosísima, pero que palidece ante la de *Krishna*, como *Krishna* ante la de *Rama*, podemos establecer la proporción, sin incurrir en comparaciones odiosas, de que, así como el Cristianismo más puro es un mero capítulo del Budhismo, el Budhismo resulta otro mero capítulo del Jainismo primitivo, pues que esta religión, mucho más cercana por su antigüedad a la Religión-Sabiduría de la Edad de Oro, cuenta, como va dicho, con treinta y cinco *Tirthankaras* o *Buddhas*, no mayores en dignidad unos que otros.

Por supuesto que no nos referimos con estos elogios a lo que actualmente constituye en la India el Jainismo, como no podemos juzgar tampoco del Cristianismo primitivo por las ideas de muchos de los que hoy por cristianos se tienen, sino a la idea en su pureza originarla y verdaderamente ultra-humana y casi inasequible y de la que los primeros tiempos de la Masonería Occidental tuvo un vislumbre con su *Cruz Jalna*.

el pueblo encogido sacudió el yugo de los filisteos); *Jaime* (glorioso nombre de monarcas aragoneses, equivalente al de Jacobo *la-cub* o *lao* de otros reyes y jefes, tanto de países nórdicos como árabes); *Jalm* (Juan, sabio orientalista alemán del siglo XVIII, que acaso se ocultó bajo este pseudónimo, dejando tres gramáticas, caldea, hebrea y árabe, tratados de arqueología, hititas y otras obras); *Jai-kusts* (los espíritus del aire japoneses); *Jai* o *Jai-galvel* (el extremo de la cordillera pirenaica, junto a Fuenterrabía, antigua residencia *Jina*); *Jam*, *Jem* o *Jalm* (la tercera parte del cielo, la parte de los que cayeron o quedaron expulsados del cielo y vivientes por siempre en la Tierra, para los turcos orientales); *Jam-a-colon* (el purgatorio de los indios, variante de la misma idea); *Jamambujos* o *Jalman-brujos* (referencias nomadas del Japón que hablan con los espíritus tenidos por malignos, es decir, con los *Jinas*); *Jamalca* o *Jinalca* (la isla antillana célebre por sus montañas *Jinas*); *Jamasu* (conjuro de los *Jam-magos* en sus operaciones mágicas para sujetar a los malos espíritus); *Jamava* (riquísima tela de India, que por su belleza recuerda al velo de Isis); *Jamba* (sostén del dintel de la puerta, o *Janua*, de *Jano*, el guardián, el portero); *Jámbico* (cierta especie de verso clásico relacionado con los primitivos himnos *Arbales* o *Jinas*); *Jamblico* (el gran teurgista-mago o dominador de los *Jinas* que floreció como neoplatónico en el siglo III); *Jambolon* (mirto indostánico, con especie de aceitunas que huelen a rosa, por frutos y que sirven para elaborar cierta bebida alcohólica, que, cual el aschish y otros, hace ver patológicamente en lo astral); *Jamnes* o *Jaines* (uno de los magos faraónicos); *Jana* (desierto de Castellón de la Plana, célebre por ser una Tebaida española con aliries y todo); *Jamoji* (especie de artemisa o mirtácea del Japón); *Janainas* (manes de los antepasados de los negros de Guinea, es decir, *Tuathas*); *Janat* (lugar de bienaventuranza prometido por Mahoma a sus buenos musulmanes para después de la muerte, especie de Sumerland espiritista); *Jandalas* (andaluces andares y todo lo relacionado con los continuos éxodos de los *tuatha* o *Jinas*); *Janfrederio* (mirto africano); *Jang* (animal fabuloso chino); *Janas* o *Xanas* (ondinas o *Jinas* asturianas de las que ya nos hemos ocupado); *Jan-gu-man* (divinidad de Borgoña relacionada con los *Moas* céltico druidas); *Janiculo* (la colina romana donde se enterraron los dos magos *Jinas* de Numa y del poeta Stacio); *Janira* (la hija del Océano y de Tetis); *Jama* o *Yama* (Minos infernal que juzga a los muertos); *Jamba* o *Janua* (la hija de Pan y de Eco, que tuvo la habilidad de alegrar a Ceres, distrayéndola del robo de su hija Proserpina, contándola cuentos *jambicos* escritos); *Jammuel* (arbusto chino semejante al moral, del que se elabora un grato vino); *Janacomas* (servidores mercenarios en el Perú,

semejantes a las antiguas servidoras de los templos); *Jambo*, pie de verso latino compuesto de una sílaba breve y otra larga, o sea a base de una vocal breve y otra larga, como la *i* y la *o*, que forman el nombre de *IO*, etcétera, etc. (1).

De *Jano*, *jina* y *jalna*, por mediación de su variante fonética *Aina*, *Enos* y *Eneas*, se derivan a su vez docenas de palabras, tanto latinas como castellanas, entre las cuales conviene no olvidar a *Enna*, el famoso *Castro Ioanni* o *Io-anas*, ciudad de Sicilia emplazada en la *Isla del Ombligo (Onfalia)*, en el monte y valle de *Neretina* o *Noetina* (de Noé, otra variante, como hemos visto, de *Jano* o *Eneas*), y que fué fundada por los leontinos, los panormios, los vascos y *Erno* el *siracusano* o *sistra-cusano* (*sisira* el cusita o camita, de donde vino luego el nombre de la capital de *Sira* o *Sisira-cusa*), que implantó o cultivó en Sicilia los Misterios de *Ceres* y *Proserpina*, misterios tan típicamente *jinas*. Nos encontramos asimismo con *Ennea-crónos* o *Eneas-cronos* (ἐνεα'αρόνος), como variante de *Jano-Saturno*; con el verbo *eno*, que significa andar, de igual modo que antes viéramos que *Jano-Eneas* es la personificación del perpetuo movimiento de la Naturaleza, movimiento *triuno* que crea, conserva y destruye, para crear y transformar de nuevo, como en la Trimurli natural de *Brahmá-Vishnú* y *Shiva*. Vemos también en los clásicos, a *Ennoea*, el conocimiento, la inteligencia, que en su consorcio con el Supremo Espíritu del Hombre (νοος) constituyen a bien decir en Astrología psíquica nuestro Sol y nuestra Luna; a *enodate*, equivalente a nuestro adverbio *claramente*, porque con *Enos-Jano* está ligado todo conocimiento claro y efectivo; a *Enodis*, o dios *Eno*, en su misteriosísima significación de *nodo* o *nudo* de *quipo* sagrado, como el de *Ordio* cortado por *Alejandro el Magno*, pues conviene no olvidar que el quipo inca, por el que este pueblo llevaba toda su contabilidad, su historia, su religión, etc., tan bien ó mejor que hoy nosotros con la escritura, fué característico de todos los pueblos occidentales y mediterráneos o, más bien, de todo el mundo primitivo (2); al famoso *Enneapharmacum*, o emplastro médico de las nueve cosas, y a la *Enneaphyllon*, hierba cáustica de nueve largas hojas, empleada contra los dolores lumbales, ya que el número *nueve* está relacio-

(1) Las palabras están copladas del *Gran Diccionario Clásico Español*, de Domínguez, 1842. Muchas otras podrían también darse.

(2) Hay también *quipos* canarios dignos de estudio, y acaso el cíngulo y la estola sacerdotales y el *cordón de San Francisco*, no sean sino supervivencias ancestrales del *quipo* primitivo.

nado en matemática sagrada con el dios antecesor del troyano *Eneas*. Finalmente, la variante *Ainos*, de *Ianus* o *Enas*, podría, sin gran esfuerzo, relacionarse con el *Ain'* de *Ajo*, *ajis*, *a'll*, hablar, decir, latino derivado, a su vez, del antiquísimo diptongo *Al* (α, α', griego), que entonces entre los romanos, como hoy entre nosotros, venía a constituir el grito de dolor, el lamento más instintivo y característico del hombre, cual si con él evocase en el seno de su inconsciente, por el dolor despertado, ese recuerdo de *Jano* y de los *Jinas* protectores, que debemos atesorar como las *lanata* o reminiscencia anterior de la época, aquella en que *Jinas*, *espíritus* o *ángeles* convivieran con nosotros, cual en los tiempos patriarcales de Abraham, al decir de los relatos del *Génesis*. De tal verbo *Ajo*, proviene asimismo el famoso *Ajus Deus* o *Ajus locullus*, aquella voz *Jina*, clara y misteriosa al par, que anunció a los magistrados romanos la proximidad de los galos, salvándolos del peligro, el día cinco de Julio, gracias a los libros de profecías de la Sibila de Cumas, la sacerdotisa de Jano, libros que, como es sabido, fueron adquiridos en circunstancias bien extrañas por el Rey Tarquino, y custodiados desde entonces en urna de pórfido en el Capitolio, como el mayor tesoro de la República, al que ella acudió en consulta para conjurar toda calamidad, hasta el día infeliz en que el Senado los mandó quemar por contener secretos que, descubiertos, podrían mostrar el origen—el mal origen, debió decir—de la religión politeísta establecida por aquellos descendientes de Eneas el troyano, que así cayeron en la degradación religiosa en que nuestra historia después los ha conocido.

No ignoraba estos hechos, a pesar de sus prejuicios de estrecho cristianismo, el historiador César Cantú, cuando nos refiere que parece hubo en Italia varios reyes desconocidos por la Historia con el nombre de *Jano*, cosa muy cierta, pues no fueron ellos, sino los grandes Seres de la Raza Solar primitiva, cantados en el Mahabharata y el Ramayana, como hemos visto. Luego el mismo autor añade: «Jano tiene algo de septentrional, y se encuentra entre gentes no establecidas todavía—los errantes *Tuatha* o *Jaina*, la raza peregrina o semita errante, cuyos éxodos nos han conservado la tradición y los libros religiosos de diferentes países—. También *Jano*—como dijimos de *Manú-Ra*, o el *Hombre Solar*—, debió ser nombre de alguno de aquellos primeros sabios de quienes quedó memoria entre los pueblos más diversos. Parece que esta palabra, en efecto, significa *Señor*. Para los fenicios, *Jonn* correspondía a Baal; en el idioma galés quiere decir Señor Dios o Causa Primera. Baco se llamó *Janna*, *Jon*, *Jona*, *Jala*, *Jaungolcoa*, Dios, Señor, Dueño. Los escandinavos llaman *Jon* al sol;

los troyanos le adoraban con el nombre de *Jona* y de *Jamelson's* (Hermes Scythicus). Asimismo el Sol se llama *jaonaha* en persa, y *jaunan* entre este pueblo quiere decir *cabeza*. Raul Rochette ve en *Joan*, *Jon* o *Janus* al jefe de una colonia *Jónica* (o *Jaúnica*) que llegó a Italia hacia el año 1431 antes de Jesucristo, y Pictel, en fin, nos ha dado ideas muy luminosas acerca de los *Cabires en Irlanda*, relacionados con Jano también...»

Después de lo citado, nos habla el erudito historiador de *Tina* o *Jina* (*Júpiter lo pithar*, el padre de IO), de *Cupra* (Juno) y de *Enoia* (Minerva, o más bien Mercurio). Al lado de *Júpiter-Tina* estaba *Jano*, el hermano de *Cama-sene*, la mujer-pez que tenía las llaves del año. Tina aparece, ya como Zeus, ya como la yedra de Baco y el laurel de Apolo. «Ceres, a su vez—aunque nos dice, sin gran fundamento, que fué poco conocida al principio en Etruria—, no puede ser más que la doble expresión de Juno»; y añade que: «el haber permanecido secreta esta doctrina, nos priva de conocerla mejor». En el capítulo XXV del libro III de su obra, termina Cantú diciendo que, según Varron, sólo Júpiter tenía en Italia 300 nombres, todos relacionados con atributos, a bien decir, propios también de su padre Jano o Saturno, de quien se decía haber logrado el trono gracias a la violencia y rebeldía, porque, como cantaba el himno salio, Jano fué siempre *Deorum-Deus* (Macrobio, Saturnus, IX), y él, entre todos los númenes antiguos, es el único que no se halla manchado de culpas ni recibe sacrificios cruentos, por lo cual a él y a su templo se apelaba siempre en los tiempos de calamidad. De aquí que se cerrase en tiempos de paz y se abriese en los de guerra.

Aquellos otros nombres de Jano que aluden a su doble faz, tales como los de *Geminus*, *Biceps*, *Bifrons*, etc., se relacionan con el problema de los antiguos dioses andróginos y de dos caras, y asimismo con el de la *doble vista*, o sea el problema del *tercer ojo* y de la *glándula pineal*.

«La cuarta Raza atlante primitiva—dice Blavatsky—pudo haber tenido tres ojos, sin que su tercer ojo se abriese necesariamente en medio de la frente, cual el de los mitológicos ciclopes. Los ocultistas admiten una *evolucón* espiritual y psíquica, conjugada con la *evolucón* física, lo cual supone la atrofia de sentidos *internos*, concordada con el respectivo desarrollo de los sentidos *externos* o físicos. Los comentarios al célebre Libro de Dzyan, dicen a este propósito:

«En aquellos primitivos tiempos en que la Humanidad era andrógina, había criaturas humanas con cuatro brazos y una cabeza con tres ojos, que les permitían ver en todas direcciones; pero un Kalpa (o Edad) más tarde, cuando la separación de sexos y la caída en la materia, la visión espiritual

de estas gentes se nubló al par que el tercer ojo se principió a atrofiar... Los ojos de dos caras se convirtieron en los de una cara sola, y el tercer ojo quedó empultado en el interior de la cabeza... Durante la actividad del *Membre Interno* (trance, éxtasis, visión espiritual), este ojo se dilata y funciona... El *Lañá* (Chela, discípulo) no tiene con ello peligro alguno si lleva una vida pura; pero el que no es casto, no recibe de este «ojo de los dioses» nada alguno.»

Este tercer ojo atrofiado no es hoy sino la glándula pineal—sigue diciendo la Maestra—. En cuanto a los «hombres de cuatro brazos», ellos recuerdan aquella grosera estatua del Acrópolis de Argos, el *ἑξάχρον*, atribuida a Dédalo, que representa a un coloso de tres ojos, consagrada a Zeus *Triopes* «el de los tres ojos». (*Schol. Vatic. ad Eurip. Troad.*, 14). El desarrollo de los ojos humanos actuales prueban más la Antropología Oculta que la de los fisiólogos materialistas, puesto que en el embrión crecen *de dentro a fuera*: provienen del cerebro, no de la piel, como en la jibia y en los insectos... La expresión alegórica relativa al *Ojo de Shiva*, se refiere a la glándula pineal, antes el «tercer ojo», más que al legendario ojo frontal de los ciclopes..., cuando se nos dice que el dicho ojo fué antaño un órgano fisiológico, y que, más tarde, al desaparecer gradualmente la espiritualidad aumentando la materialidad, se convirtió aquél en el órgano atrofiado que encontramos en dicha glándula, hoy tan poco comprendida como el bazo mismo. Durante la vida física, el mayor obstáculo que existe para el desarrollo espiritual, y en especial para la adquisición de los poderes de la Yoga, es la actividad, prepotente hoy, de nuestros sentidos fisiológicos, y estando también la acción sexual estrechamente relacionada, por acción recíproca, con la medula espinal y la materia gris del cerebro, es inútil el entrar en más explicaciones. Por supuesto, el estado normal o anormal y el grado de actividad de la medula oblongada, reacciona poderosamente sobre la glándula pineal, pues debido al gran número de centros de fuerza (*chacras*) de esta región, que preside a casi todas las funciones animales fisiológicas, la medula oblongada tiene que ejercer poderosa influencia en dicha glándula... Asegúrase hoy, bajo la autoridad de la ciencia, que muchos animales, especialmente entre los vertebrados inferiores, cuentan con un tercer ojo, hoy atrofiado, pero que necesariamente debió de ser activo en su origen, como dice Haeckel... Presentan esta particularidad, entre otros, muchos lacértidos de Nueva Zelanda—parte que fué de la Lemuria, tales como la *Hatteria Punctata* y muchos peces.»

Quain, en su *Anatomy*, dice de la glándula pineal:

«De la vesícula encefálica embrionaria por su parte anterior se desarro-

llan primero las vesículas ópticas y lo que luego han de ser hemisferios cerebrales. El tálamo óptico de cada lado está formado por un engrosamiento natural del tabique medular, mientras que el intervalo que existe entre uno y otro, descendiendo hacia la base que constituye la cavidad del tercer ventrículo; con su prolongación en el infundíbulo. La comisura gris se dilata luego a través de la cavidad ventricular... La parte posterior de la bóveda se desarrolla mediante un proceso especial que se observa después dentro de la glándula pineal, quien permanece unida al tálamo mediante sus dos pedúnculos, apareciendo detrás de éstos una faja o cordón transversal a modo de una comisura posterior. La lámina terminal, o *lámina cenicienta*, se prolonga hasta cerrar por delante el tercer ventrículo y, debajo de ella, la comisura óptica forma el suelo del ventrículo. Más hacia atrás, el infundíbulo desciende a unirse en la *silla turca* con el tejido que está junto al lóbulo posterior del cuerpo pituitario. Los dos *tálamos ópticos*, formados de la parte posterior y externa de la vesícula anterior, consisten al principio en un simple saco vacío desprovisto de materia nerviosa y cuya cavidad comunica en cada lado por delante con la de los incipientes hemisferios, y por detrás, con la de la vesícula cefálica media o cuerpos cuádrigéminos. Poco después, sin embargo, mediante un progresivo depósito que se forma en su interior, los tálamos ópticos se solidifican y al par aparece entre ellos una hendidura o fisura que penetra hasta la cavidad interna, y continúa abierta en la parte posterior, opuesta a la entrada del *acueducto de Silvio*. Esta fisura es el *tercer ventrículo*. Por detrás los dos tálamos continúan unidos por la *comisura posterior*, que empieza a ser visible hacia el fin del tercer mes, y, además, por los pedúnculos de la glándula pineal. Al principio, los hacillos ópticos pueden reconocerse como huecas prolongaciones de la parte externa de la pared de los tálamos, mientras éstos son todavía vesiculares. Hacia el cuarto mes están ya formados. Más tarde se prolonga hacia atrás en relación con los *tubérculos cuádrigéminos*. La formación de la glándula pineal y del cuerpo pituitario presenta algunos fenómenos muy interesantes relacionados con el desarrollo del *thalamencephalón*, o cerebro interno. Ello demuestra que, a no ser por el desarrollo de la parte posterior de los dos hemisferios cerebrales, la glándula pineal quedaría perfectamente visible al separar los huesos parietales.»

«También—añade Blavatsky—es muy interesante el observar la relación que media entre los tálamos ópticos por delante y la glándula pineal... Es bien sabido, asimismo, que Descartes vió en la glándula pineal *el asiento del Alma*, después de convencerse de que ella, a pesar de estar

unida al cerebro, tenía una acción independiente del mismo, «pu esto que podía ponerse en vibración por *los espiritus animales* (corriente nerviosa) que cruzan en todos sentidos las cavidades del cráneo». Atrofiado ahora este ojo, al par que sus características espirituales, él gozaba de actividad plena en aquel período de la evolución en el que el elemento espiritual del hombre reinaba supremo sobre la naciente intelectualidad y demás elementos psíquicos, hasta que torne a su actividad primitiva en épocas ulteriores.»

«Platón es, entre los escritores clásicos, el primero que habla extensamente de las Dinastías Divinas primitivas, colocándolas en un vasto continente al que denominó *la Atlántida*. El sabio jesuita Padre Kircher, en su *Oedipus Aegyptiacus*, anticipándose a las teorías de Bailly sobre el particular, escribe: «Confieso que durante mucho tiempo consideré todo esto de las Dinastías Divinas y de la Atlántida como meras fábulas arcaicas, hasta el día en que, más instruido en lenguas orientales, pude comprender que todas estas leyendas no son sino el desarrollo de una gran verdad, hoy perdida.»

«Teopompo, en su *Meropis*, según demuestra De Rougemont—continúa diciendo la Maestra—nos muestra a los sacerdotes frigios del Asia Menor hablando el mismo lenguaje de los sacerdotes de Sais cuando revelaron a Solón la historia y el destino de los atlantes. La Atlántida, al decir de Teopompo, era un continente de extensión inmensa, que abarcaba dos países habitados por sendas razas: guerrera la una, piadosa y sabia la otra, razas simbolizadas en las dos ciudades de que el autor nos habla. La Ciudad Santa de éstos *era visitada continuamente por los Dioses*, mientras que la ciudad guerrera lo estaba «por seres invulnerables al hierro, pero no para la piedra y la madera»—detalle oculista, este último relativo al Magnetismo, del que ahora no vamos a ocuparnos.»

El escritor católico De Mirville, al ocuparse de las frases que con motivo de este pasaje de Teopompo le consagra Rougemont, tachándole de ficción y fantasía, agrega irónicamente:

«Una *superchería* que está aprobada en la fe de toda la antigüedad, una *suposición* que dió nombre, sin embargo, a toda una cordillera—el Atlas—y que especificaba con la mayor precisión una región entera allende Cádiz y el estrecho de Clape, y que, dos mil años antes que Colón profetizaba *la gran tierra transoceánica* situada más allá de la Atlántida, y a la que «se llegaba (decía) por las islas no de los Espíritus Benditos, sino de los *buenos espiritus*—los *εὐδαίμονια*, de las islas afortunadas—, no cabe duda alguna sino que, en efecto, es una *quimera universal*...»

«Quimera o realidad—continúa Blavatsky—, los sacerdotes del mundo entero lo habían recibido de la misma fuente, o sea de la tradición universal acerca del gran Continente que pereció hace unos ochocientos cincuenta mil años. Continente habitado por dos razas distintas física y, sobre todo, moralmente, ambas versadísimas en la primitiva sabiduría y en todos los secretos de la Naturaleza, y enemigas irreconciliables, en perpetua lucha durante el curso de su doble evolución. ¿Acaso los chinos no tienen en sus anales referencias relativas a haber existido en tiempo remotísimo sobre toda ponderación *una Isla Santa, más allá del Sol*—o sea hacia el Occidente o, si se quiere, el Oriente suyo—, habitada por los Hombres *Inmortales* o invulnerables a que antes se aludía? ¿No aseguran los chinos, también por sus anales, que los restos de semejantes hombres, que sobrevivieron a los días en que la Isla Santa se tornó negra por el pecado, siendo sumergida, han encontrado refugio en el gran Desierto de Gobi, en donde residen aún invisibles para todos y defendidos de toda intrusión profana por legiones enteras de Espíritus...?»

El escéptico Boulanger, a este propósito escribe:

«Si uno va a prestar oído a las tradiciones, éstas colocan antes del reino de los Reyes, el de los Héroes y Semidioses, y mucho antes todavía el reinado maravilloso de los dioses y todas las fábulas relativas a la Edad de Oro... Anales tan interesantes sorprende el que hayan sido rechazados por casi todos nuestros historiadores, porque las ideas que presentan fueron antaño universalmente admitidas y reverenciadas doquiera. Aún hoy mismo no pocas de las naciones las reverencian, haciéndolas base de toda su vida diaria... Ello debiera ser parte a movernos hacia juicios menos precipitados... Los antiguos, de quienes tales tradiciones hemos recibido—tradiciones que rechazamos *por lo mismo* acaso que *hemos dejado de comprenderlas*—debieron de tener sus razones para creerlas, razones que les han sido proporcionadas por su mayor proximidad a las primeras edades y que la distancia que ya a nosotros nos separa de aquellos tiempos, nos vela o rehusa... Platón, en el libro cuarto de sus *Leyes*, dice que mucho antes de la construcción de las primeras ciudades, Saturno había establecido en la tierra *cierta forma de gobierno*, bajo la cual era muy feliz el hombre... Ahora bien, como el autor se refiere, sin duda, a la Edad de Oro, o sea a ese reinado de los dioses tan celebrado en la antigua fábula, debemos tratar de puntualizar qué ideas eran las que Platón tenía acerca de aquella dichosa edad y cuál fué la oportunidad o la intención que tuvo para introducir semejante *fábula* en un tratado de política y sociología... Según Platón, para poder obtener ideas precisas y claras respecto de la

realiza, su origen y su poder, hay necesidad de retroceder a los comienzos de la Historia y de la tradición. Grandes cambios, dice, acaecieron en los tiempos de antaño, *en el cielo como en la tierra*, y el presente estado de cosas es uno de los resultados—el Karma—. Nuestras tradiciones nos hablan de muchas maravillas, de cambios que ocurrieron en el curso del Sol, durante el reinado de Saturno, y de mil otras materias que permanecen esparcidas y medio borradas en la memoria de los hombres. Pero respecto de ellas acaece una cosa singular, y es que *nunca se oye hablar de los males que estas revoluciones han producido, ni de aquellos que inmediatamente les siguesen*. Sin embargo..., este Mal es el principio de que hay que tratar para ocuparnos de la realza y del origen del poder.»

Hasta aquí las palabras de Boulanger. «Este mal—continúa la Maestra—, parece que le encuentra Platón en la similitud o consubstanciabilidad de las naturalezas de gobernadores y gobernados, pues dice que mucho antes de que el hombre construyese sus ciudades en la Edad de Oro, al no haber necesidades, no había sino dicha en la Tierra; y, ¿por qué no había necesidades? Porque Saturno, sabiendo que el hombre no podía gobernar al hombre sin injusticia y sin llenar al mundo con su vanidad y con sus víctimas, no quería permitir que ningún mortal obtuviese poder sobre sus adictas criaturas (1). Para conseguirlo, el dios usó de los mismos medios que nosotros empleamos con nuestros ganados, dándonos un pastor, es decir, *un ser de especie y naturaleza completamente diferente y superior a la suya*. Esto es, precisamente, lo que hizo Saturno. Como amaba a la Humanidad, colocó para gobernarla, no a reyes mortales, sino a Espíritus o Genios (δαίμονες) de naturaleza divina, superior a la suya. Dios—el Logos, La Suprema, Síntesis de esta *Hueste*—fué el que, presidiendo así sobre los hombres, se convirtió en su Pastor y Jefe. Cuando el mundo cesó de ser así gobernado y los dioses se retiraron, los animales feroces devoraron una parte de la Humanidad, y los hombres, abandonados a sus propios recursos e Industria, descubrieron, bajo los Genios Inventores, el fuego, el trigo, el vino, etc., etc., por lo cual la Isis egipcia dijo:

(1) Aquí tenemos la base de aquellas *formas de gobierno* a las que se consagra Platón en su *República*, donde parece ser trató de hablar, bajo velo, de los más felices tiempos de la Atlántida. La *Aristocracia* sería, sin duda, la forma ideal de gobierno si toda aristocracia se inspirase en preceptos de renunciación y de sacrificio. Cuando ello no sucede y su *sacerdocio* se transforma en *comercio*, una nueva *aristocracia* surge del seno de la *Madre-Democracia*, alma de la Naturaleza entera.

«Yo soy la reina de estas regiones, la primera en revelar a los mortales los misterios del grano de trigo...»

Y el *Y-kiny* chino nos habla extensamente de la invención de la agricultura, bajo las instrucciones dadas al hombre por los celestes Devas o Genios, pues los *Hijos de Dios*, no sólo han existido, sino que siguen existiendo sobre la Tierra...» (*Doc. Secreta*, t. II, páginas 334 y siguientes.)

Todos estos Misterios isiacos están relacionados con *IO-ANAS* o *Jano* la Hueste Colectiva de los *Hombres Divinos* o *PASTÓFOROS* que gobernaron a los hombres en su infancia o *Edad de Oro, de Jano y de Saturno*, edad que, lejos de ser un mito, está exigida por las mismas leyes biológicas de la ciencia actual por el paralelismo admitido entre la Filogenia y la Ontogenia, puesto que si todos de niños hemos tenido nuestra *edad de oro* en la casa de nuestros *padres*, verdaderos *pastóforos*; *la de plata* luego, al alborear las pasiones juveniles; *la de bronce*, al casarnos y constituirnos en familia, y *la del hierro* o tremebunda edad, también llamada *edad de los Chrestos*, más bien que de los *Christos*, en la que tantos genios se han malogrado (de veintiocho a cuarenta años), y después esotra *Edad de Oro* de los cuarenta años, en la que los arios que seguían el Código del Manú se retiraban del mundo... no hay por qué no admitir también, merced a dicho paralelo, la *Edad de Oro* para toda la Humanidad como conjunto.

Hay detalles preciosos para apreciar estas verdades en toda su divina excelcitud. Uno es el de que toda oración pagana comenzaba por la invocación del dios Jano, del *Portero divino*, como símbolo del culto primitivo, sencillo, natural, la *Religión del Sentido Común*, que hoy podríamos decir, que tan degradado se viese luego en el paganismo que hemos conocido después. Es más, el mero hecho de que el Templo de Jano romano estuviese cerrado en los tiempos de paz, es decir, de tranquilidad, de calma, y abierto en los de guerra, en los que siempre la vida de los pueblos, su dignidad y su libertad peligran más o menos, no revela sino que los escépticos y egoístas romanos, en medio de sus mismos vicios, volvían siempre los ojos a sus primitivas creencias en tales momentos de angustia, reconociendo con ello, *ipso facto*, que estaba en las mentes de directores y dirigidos lo mucho que su vida y cultos normales, se apartaban de las puras y divinas creencias primitivas, ni más ni menos que hoy mismo nuestros vivires, más ímpios que cristianos, hablando lealmente, sólo quieren ser un momento cristianos verdad, en los instantes de supremo peligro, cual los luctuosos tiempos actuales de guerra en que se desencadenan pasiones colectivas en los que parecemos asistir al nacimiento de una nueva edad de entre las ruinas de otra antigua.

CAPITULO X

EL MISTERIO DE LOS «JINAS»

Las enseñanzas de San Pablo y el problema de la resurrección.—El Mito de Prometeo.—El retorno de la Edad de Oro.—El misterio del IT o ITH y su jeroglífico.—La Santa Señal de la Cruz.—El secreto de la Mercaba.—Toponimias a granel del IT.—La svástica jaina.—El ITH y las cavernas.—El Otro Mundo está a nuestro lado mismo.—Las moradas de los Iniciados de las razas Tercera, Cuarta y Quinta.—Montañas artificiales y pirámides naturales.—Los arcadios, más antiguos que la Luna.—El mundo del ensueño y el de la vigilia. Paralelo psicológico entre la Tierra y el Hombre.—*El Diablo Mundo*, de Espronceda.—Los dalmones y el alma de las células.—La clave de lo astral y la inhibición de los sentidos físicos.—Revelación dolorosa.—Reacciones kármicas contra todos los humanos Prometeos.—Por qué perdimos la visión transcendente y cómo habremos de recobrarla.—Dharma y Karma eternos.—La leyenda de Abdallá, el ciego.—Derroteros reprensibles de nuestra ciencia actual.—Los Caballeros de *El Dorado*.—¡Siempre el problema del sexo!—Las aguas del Leteo.—La Vaca única y divina.

El problema de las pinturas mágicas que nuestra Antropología llama *rupestres* o «de las cavernas» nos dará resuelto, en un día quizá no lejano, la primera parte del *terrible misterio de los Jinas*, que no es sencillamente sino *El Misterio del Otro Mundo, el mundo de lo astral; el mundo de la imaginación y de los seres de innumerables clases que en lo etéreo y en lo astral, como en lo físico, habitan*. Con su esclarecimiento se habrá matado, por decirlo así, a la muerte misma, y ese espectro mentido de *la Intrusa*, arma de traidoras explotaciones a título religioso desde el último día de la Edad de Oro, perderá toda su eficacia tiranizadora sobre los mortales, quienes entonces y sólo entonces podrán sacudir el yugo que como «animales racionales» soportan.

Las dos admirables Epístolas de San Pablo a los Corintios están llenas de alusiones, en efecto, a este gran misterio del «Matar a la Muerte» mediante la Virtud, el Amor y la Confianza plena en ese Cristo Interior que

tenemos todos crucificado en nuestros pecadores corazones, según dice el Apóstol de las Gentes, como verdadero Iniciado que fué sin duda alguna.

Resumamos estas enseñanzas:

El Maestro prepara el ánimo de sus discípulos para tamañas verdades como nos va a decir al fin, con frases como estas: «Ni el ojo humano vió ni el oído oyó, ni el corazón del hombre alcanzó a presentir lo que Dios guarda para aquellos que le aman (Corintios, Epístola primera, II, 9), pero el hombre animal que no percibe estas cosas, las deputa locuras porque no las puede entender (Ib., vers. 14); por eso no os pude hablar como a seres espirituales, sino como a hombres carnales: como a pequeñuelos os di por eso leche, no fuertes viandas, y aún ahora mismo no me podéis comprender (Id., cap. III, vers. 12). La ley es espiritual—añade—y nosotros seres carnales, abrumados bajo el pecado (Romanos, VII, 14). Todas las criaturas gimen y hasta ahora están como de parto, hasta que al fin sean libertadas de la servidumbre, de la corrupción a la libertad gloriosa de los Hijos de Dios que han sido hechos salvos por la esperanza, pues esperanza que se ve no es esperanza, y nuestro mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inexplicables. (Romanos, VIII, vers. 21, 22, 24 y 26.)

Luego concuerda San Pablo con la enseñanza de Platón en aquellas frases insondables, inabarcables de puro profundas cual el abismo cerúleo, cuando este último dijo en su *República* que «somos en este mundo como los eternos prisioneros que de espaldas a la luz tomamos por realidades las sombras que se proyectan en las paredes de nuestro calabozo». Las palabras, en efecto, del Apóstol, son las mismas casi, pues nos dice, hablando de la cárcel de materia y de pecado en la que aherrojados yacemos en este *mundo de los muertos que se creen vivos*: «Ahora vemos en la obscuridad y como en un espejo, mas luego cara a cara, tras la muerte (una vez roto con ella el Velo de Isis). Ahora conozco sólo en parte, mas luego conoceré como soy conocido (Epístola primera a los Corintios, cap. XIII, vers. 12). Y vosotros, estando muertos por vuestros delitos y pecados en los que anduvisteis en otro tiempo conforme a la costumbre de este mundo, seguís sujetos conforme al Príncipe de la potestad del aire, que es el espíritu que ahora obra sobre los hijos de la infidelidad» (Epístola a los de Éfeso, cap. II, vers. 1 y 2).

Y termina el Apóstol con esta misteriosísima revelación, no tan meditada como debería serlo por los hombres:

«El que habla una lengua, pida la gracia de interpretarla» (Corintios, I, cap. XIV, vers. 13) .. «Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó (Id., XV, 16); y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, porque aún

estáis en vuestros pecados. Así como en Adán mueren todos, así también todos serán vivificados en Cristo (Id., 17 y 22); mas, dirá alguno: ¿Cómo resucitan los muertos y cuál será entonces la calidad del nuevo cuerpo en que han de venir? ¡Necio!; lo que tú siembras no se vivifica si antes no muere, y cuando siembras el cuerpo que ha de ser después, sino el grano desnudo, mas Dios le da el nuevo cuerpo como quiere y a cada una de las semillas su propio cuerpo, que no toda la carne es una misma carne y hay cuerpos celestiales como hay cuerpos terrestres, mas una es la gloria de los celestiales y otra la de los terrestres, como una es la claridad del Sol, otra la claridad de la Luna y otra la de las estrellas, y aún entre estrella y estrella hay diferencia de claridad... Tal es así también la resurrección de los muertos: se siembra corrupción y se resucitará en incorrupción; sembrado se es en vileza, y en gloria se resucitará; sembrado se es en flaqueza, y se resucitará en vigor; sembrado se es en cuerpo animal, y se resucitará en cuerpo espiritual, porque si hay en nosotros cuerpo animal, le hay también espiritual, ya que está escrito que el primer hombre, Adán, fué hecho en alma viviente y el Adán postrero en espíritu vivificante, mas no se ha hecho antes lo que es espiritual, sino lo que es animal y después lo que es espiritual, y así el primer hombre de la tierra, es terreno, y el segundo hombre del cielo, es celestial. Cual lo terreno, tales los terrenos; cual el celestial, tales los celestiales también, por lo cual, así como trajimos a este mundo la imagen de lo terreno, llevamos de él la imagen de lo celestial. Mas, digo esto, hermanos: que la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios, ni la corrupción poseerá la incorruptibilidad... He aquí que os digo un gran Misterio: Todos ciertamente resucitaremos, mas no todos seremos mudados. En un momento, en un simple abrir y cerrar de ojos, la final trompeta sonará y los muertos resucitarán incorruptibles, nosotros seremos mudados, porque es necesario que esto que es corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto que es mortal se vista de inmortalidad, y entonces se cumplirá la palabra que está escrita: *Tragada ha sido la muerte en la victoria*: ¿Dónde está, en verdad, ¡oh muerte! tu victoria? ¿Dónde está, ¡oh muerte! tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado y la fuerza del pecado es la Ley... (Corintios, I, cap. XV, traducción del P. Sclo.)

De tan divinas enseñanzas, nunca lo bastante estudiadas y enaltecidas, todo hombre sinceramente empapado en mística doctrina, no puede menos de sacar los más inflexibles consuelos; las prendas más ciertas, más consoladoras acerca de la vida, que por ellas se nos promete para allende el sepulcro, ese surco de la muerte, en el que se siembra la semilla de la inmortalidad—. Todo espíritu crítico y analítico, aunque carezca de esa su-

blime espiritualidad por encima de la inteligencia misma, tantas veces aludida en los escritos religiosos y teosóficos, no dejará de ver, al menos, los siguientes postulados formulados más o menos veladamente por el Iniciado *Saulo*, postulados todos en íntima conexión con el problema de los *jinás*:

a) Que serán inauditas, inefables, imponderables, las pasmosas sorpresas que al hombre justo aguardan tras los umbrales de la tumba.

b) Que de ellas, los hombres carnales, [sensuales, escépticos o positivistas, no pueden tener la más leve, la más remota idea, por grande que sea su ciencia experimental y sus talentos nativos.

c) Que como esta clase de hombres carece de ese sexto sentido de la imaginación y ese séptimo sentido íntimo e intuitivo propio del místico, no es extraño que las depute locuras.

d) Que tamañas verdades no están hechas para ellos, y que cuanto se diga sobre el particular, a la manera de los alisbos que aquí y allá saltan en el presente libro, no es ni sombra siquiera de su hoy incomprensible transcendencia.

e) Que, por eso mismo, las veladas palabras de iniciados como el Apóstol, más bien son golosinas infantiles que fuertes viandas para mentales paladares robustos.

f) Que para San Pablo, como para todos los *Hermanos mayores de la Humanidad*, el Velo de la transgresión de Adán — carnalidad, pecado, caída en la materia, Velo, en fin, de Isis—es el único que nos impide en esta vida penetrar en esotro *mundo de los mortales inmortales*, que dicen las Estancias del Libro de Dzyan, comentadas en la obra de Blavatsky *La Doctrina Secreta*.

g) Que igual nos ha dicho antes la lindísima leyenda de los *Huata de Diana*, e igual nos repite doquiera el Mito Universal, Verdad de verdades que nuestra ignorancia e inopia deputa, sin embargo, como *Quimera*.

h) Que una vez despojados con la muerte de nuestra envoltura física, hija de la pasión y de la carne, semejante Velo cae, para los justos, por sí mismo, razón por la cual se ha dicho por todos los Reformadores religiosos, que éstos verán cara a cara a Dios, a la Verdad Suprema.

i) Que más o menos consciente el hombre de esta *Idea innata*, que diría Leibnitz, idea contra la cual nada ha podido ciertamente el *trago del Leteo* que precede al nacimiento, gime y está como de parto, anhelante de acercarse más y más a tamaña Verdad, que Ideal se llama en la presente física.

j) Que por ello se explican también los amargos dolores del artista que

siente latir como nadie, en lo más íntimo de su sér, semejante divino anhelo hacia lo que no se ve, pero sí se presiente con la Esperanza, la segunda de las virtudes cardinales, que es fundamento de tantas otras, y el *último* mal que se dice quedó por salir cuando escaparon los demás males del mundo al abrir la Curiosidad la nefasta Caja de Pandora, que no es sino el misterio del sexo mismo.

k) Que, conocedores de la tercera *dimensión*, o sea la realidad física y tangible, pero ignorantes de la cuarta y ulteriores *dimensiones* trascendentes, sólo alcanzamos, dentro de nuestra cárcel de barro, a tomar por realidades las sombras de esotras Realidades superiores, celestes y *finas*, a la manera como estudiamos, proyectadas en el plano, las realidades volumétricas; en la línea, las realidades superficiales, y en el punto, las realidades lineales, por efecto de esa ley que, en lo geométrico como en lo moral — pues todo es uno —, llamamos *ley de Perspectiva*.

l) Que mediante esa ley es demostrable que nosotros, que nos consideramos *vivos*, somos, en verdad, *los muertos*, a fuer de caldos en la física generación y en sus miserias, mientras que, por el contrario, aquellos otros mundos superiores son, a bien decir, el reino de los *muertos vivos*, razón por la cual llama Juan al Verbo *El Primogénito de los muertos*.

ll) Que así como al nacer en este mundo físico morimos para ese mundo microcósmico que se llama claustro materno, al morir físicamente, renacemos en un segundo y glorioso cuerpo, al que le son ya desde entónces factibles esos aparentes prodigios y maravillas del mundo de los *finas* y otros superiores, a los que nosotros denominamos *Mágia*, o sea Ciencia por antonomasia, Ciencia de ciencias.

m) Que en esta vida física, por tanto, no somos sino *larvas* de nuestros astrales cuerpos futuros o gloriosos, dueños de facultades tan por encima de las nuestras de hoy como lo están la cuarta y ulteriores *dimensiones* de la *dimensión* volumétrica. Fruto de la semilla sembrada y desatrollada por nuestros padres, no somos aquí abajo, por lógica ley serial y de analogía, sino *nueva semilla* para un futuro fruto, el de ese segundo cuerpo espiritual, que nace con la muerte, según el terminante y unánime testimonio de los grandes Instructores, razón por la cual se ha dicho por éstos que nuestra vida, que no es sino una muerte gradual y continua, no hace sino prepararnos el camino hacia la eternidad, hacia los mundos donde moran nuestros antepasados; que si el griego *εὐνοια*, empleado por San Pablo, significa «preparación para la victoria»; *étnico*, se dice en nuestra lengua respecto a cuanto hace referencia a nuestros antepasados, que gozando están ya de dicha *victoria* en la otra vida. ¿Quién, sin em-

bargo, diremos con el Apóstol, es idóneo para sondar estas cosas? No olvidemos, de todos modos, que en semejante cuerpo glorioso se mostró Jesús a sus discípulos tras su resurrección, y durante los cuarenta días que precedieron a su Ascensión a los cielos.

n) Que este Misterio no es, en resumen, sino el pavoroso misterio de ultratumba, y entonces, como dice San Pablo, «habrá muerto la Muerte», *porque se nos habrá hecho visible y asequible la absoluta continuidad de la vida del lado de acá y el lado de allá del sepulcro.*

o) Que para alcanzar esta altura, tanto cada hombre, cuanto la Humanidad como conjunto, ha de ser agotado antes el *karma* de nuestros pecados o calda, ya que «la fuerza de ella es la ley kármica, que nos tiene esclavizados aquí bajo el poder de las potestades del aire», que dice la Epístola a los de Efeso, ni más ni menos que ya vimos se dice también en el simbólico poema de *Las Aves*, de Aristófanes,

p) Sin perjuicio, en fin, de la interpretación que suele dársele respecto al último día de los tiempos, o *resurrección final*, nosotros tenemos por indudable que la final *trompeta*, que resuena en nuestros oídos al abandonar este mundo, es hermana gemela del caramillo del dios Pan, la lira de Apolo y de Orfeo o la simbólica flauta del Kareol, en la leyenda nórdica, o sea que, libres ya nuestros oído de los discordantes ruidos de aquí abajo, empezamos a escuchar con intensidad creciente esa Música de las Esferas, nombre con el que designó el maestro Pitágoras la inefable Armonía de los Mundos. ¿Qué otra cosa oyó, según se cuenta, Blavatsky, camino de la *Zungaria*, cuando desapareció del lado de los acompañantes de su caravana? ¿Qué vieron Rousséau, Goethe y tantos otros genios cuando hablaban de «¡Luz, más luz!»? ¿Qué encuentra en el Kareol Tristán moribundo, bajo las cadencias del caramillo de aquel Pastor, que evoca de nuevo en su corazón las nostalgias de su antes olvidada Patria Celeste; o qué es lo que oyó sino esta música el coloso de Bon, el divino Beethoven, cuando, tras dos días de inerte agonía, rugió la tempestad para acogerle en su seno como cantor de tantas tempestades psíquicas, al par que él extendía su brazo de Titán para dirigir aquel concierto pitagórico de los desencadenados elementos, y moría?

Refiriéndose ya a ese dichoso día, no respecto a cada hombre en particular, sino a la Humanidad como conjunto, la maestra Blavatsky ha dicho (*Doc. Secreta*, t. II, pág. 382):

«¡O es la Luna, y al mismo tiempo la Eva de una *nueva raza*... El mito de Prometeo es verdaderamente una profecía, pero no se refiere a ninguno

de los Salvadores cíclicos que han aparecido periódicamente en diversas naciones en sus estados transitorios de evolución, sino al último Misterio de los Ciclos, en cuya serie, habiendo pasado ya el hombre del estado etéreo al físico sólido y desde la procreación espiritual a la fisiológica, marcha hoy por el arco ascendente del ciclo evolutivo hacia la segunda fase de su estado primitivo *cuando la mujer no conocía varón alguno y la progenie humana era creada, no engendrada* (la creación por *kriyasackti* o sea por la Voluntad y por la Yoga—a la manera, añadimos nosotros, de esotra creación de nuestra mente, nuestra voluntad y nuestra yoga de acción que se llama *an libro*—). Semejante estado sublime volverá al mundo en general cuando éste descubra y sepa estimar en su infinita valía, las verdades que yacen ocultas en el fondo de ese terrible problema de los sexos, estado que habrá de ser cual la Luz «que jamás hasta aquí ha brillado en la tierra ni en el mar» y que, por medio de la Teosofía y los teósofos ha de llegar a los hombres. De esta luz que habrá de conducirnos hasta la *verdadera intuición espiritual* se ha dicho: «*El mundo tendrá una raza de Buddhas y de Cristos... Cuando semejante conocimiento venga, todas las religiones meramente dogmáticas, y con estas los demonios, se extinguirán*»... Ello no ocurrirá, por supuesto, sino cuando sea un hecho el secreto sentido de aquellos versos del *Prometeo* de Esquilo, que hablando del éxodo de IO de Europa a Asia, comienzan:

«Cuando el río atraviese que separa
Entrambos continentes, hacia el Oriente abrasador.» (1).

(1) *Prometeo encadenado y Prometeo libertado* son el mito más grande que haya podido ensoñar la Humanidad. Esquilo, con esta tragedia tan sólo, harto mostró al mundo su calidad de Iniciado en los Misterios, porque, como nos enseña la Maestra, la alegoría de Prometeo encadenado, no es sino *Karma*, la conciencia humana que roba a los cielos el Divino Fuego del Pensamiento para impulsar al hombre, hasta entonces sin Mente, por el sendero adelante de la Evolución Espiritual, transformando así al más perfecto de los animales terrestres en un Dios potencial, capaz «de conquistar el reino de los Cielos por la violencia». Su tortura de fuego y hielo en la cima del Cáucaso es el emblema de *Phosphoros*, la Luz y el Fuego Astral que al mundo animan, ardiendo en las fieras llamas de sus Pasiones terrenales mientras que devora sus entrañas el buitre del Pensamiento, apurando así hasta la última gota del cáliz de hieles que se acarrea por el *gran delito* de transformar en entidades pensantes a las *estatuas astrales y sin mente* de los hombres de barro, con arreglo a la maravillosa *Estancia de Dzyan* (IV, 16-17), que dice:

—«¿Cómo se formaron los pensadores, los *Manushya*?—*Los Pitris* (antecesores lunares) llamaron en su ayuda a su propio Fuego, que es el Fuego que arde en

Semejante apoteosis cíclica no es sino aquel *Nuevo Orden desconocido* que no en vano buscaba en su mente divina Wolan *el velsungo*, pensando en la progenie de Sigfredo-Prometeo, como demostraremos cuando nos ocupemos en el próximo tomo de esta BIBLIOTECA de esa estupenda creación del coloso de Bayreuth que se llama *La Walkyria*, y decimos esto, porque, como ya vimos en el capítulo de los *jinás-tuhta* gaedhólicos, este Emblema de la *Espada* del Héroe prometido por las Edades, no es sino aquel IT, ITh o ID a que se referían los bardos cuando cantaban:

—«Un ID, sobre una *Piedra*, ¿qué es lo que tamaño misterio significa, —oh casto clérigo?— Su significación sublime, ¿quién la desentrañará y revelará? —¡Nadie sino Él, el Elegido, podrá descifrar el Misterio de la *Piedra* y de su ID...!»

Va vimos por la cita de Blavatsky que IT, ITh o ID (pues según Rol-Brash las letras *T*, *Th* y *D* son intercambiables en lengua gaedhólica) fué un término *mágico* que Wilford no entendió, y luego el nombre de un Rey, a la manera de Hércules y de tantos otros Reyes Divinos. Pero hora es ya de añadir que semejante nombre *mágico*, que se escribe IT, al ser sometido a la primitiva forma escrituraria que aún se ve en el chino, japonés, mogol, etc., nos da este jeroglífico:



la Tierra. El Espíritu de la Tierra, llamó en su ayuda al Fuego Solar. Los tres, pues, con sus esfuerzos aunados produjeron un buen rupa (cuerpo). El nuevo ser así formado podía estar de pie, andar, correr, inclinarse y volar... Sin embargo, no era más que un Chháyá (un ser desprovisto de Mente), una Sombra sin Sentido... El divino Hábito (Espíritu) del ser así formado, necesitaba una forma: los Pitris se la dieron. Necesitaba el Hábito un cuerpo grosero, y la Tierra se le moldeó. Preclaba el Hábito un espíritu de Vida: los Lhas (Espíritus Solares), le exhalaban en su Forma. El Hábito necesitaba un doble o «Espejo» de su cuerpo físico: —¡Nosotros le daremos el nuestro!—dijeron los Dhyánis. El Hábito necesitaba un Vehículo de Deseos:—¡Lo tiene ya!—dijo el Agotador de las Aguas— ...Pero el Hábito necesitaba una Mente para abarcar el Universo... —¡No podemos dar eso!—dijeron los Padres. —¡Jamás yo la he tenido!—dijo el Espíritu de la Tierra. —¡La forma suya sería consumida si yo tratase de darle la mía!—dijo el Gran Fuego... El hombre así nacido permaneció un Bhuta, vacío y sin sentido: ¡un ser sin Mente!...»

Entonces fué cuando *Prometeo-Lucifero*, que es Fuego, Vida, Luz, Lucha titánica, Pensamiento, Conciencia, Progreso, Independencia, Libertad, Placer-Dolor, Sabiduría, Revolución, Muerte-Vida..., se sacrificó, y alzando su brazo de Hércules hasta el mismísimo Sol, encendió en él «la antorcha del Pensamiento», para iluminar con sus divinos fulgores las hasta entonces dormidas Mentes de sus pequeños, los Hombres...

con lo que tenemos la forma, o «santa señal de la Cruz», no ya de la cruz cristiana, sino de esotra, tan antigua como el mundo, que se ve doquiera haya una ruina de los pueblos antecristianos, como el hindú, el maya, el egipcio o el Ibérico. Este símbolo es, sin embargo, fálico, según la Maestra, cuando no va acompañado de la circunferencia en esotra forma:



en cuyo caso (*Doc. Secreta*, t. I, pág. 30) no es sino el símbolo de la Renovación y de la Vida; es decir, un jeroglífico del divino Prometeo y de todo su gallardo titanismo.

Descomponiendo este último jeroglífico, o sea echando fuera el palo vertical, tendremos este otro



que no es sino otra de las maneras de escribir el simbolismo rúnico; es decir, el ID griego, o el *Ith* en castellano.

Y como, por otra parte, sabemos que en lenguas como la inglesa actual, la *th* tiene un sonido dulce parecido al de la *d*, aunque algo más suave, tenemos asimismo la tercera acepción de ID.

Pero, como este jeroglífico es todo un misterio o clave del que nada más, por hoy, cabe decir, si se tratase de obligar a definir lo que es ID, su única respuesta, como la de aquello que en definitiva se ignora, acaso emplearía, como el más apropiado nombre, el indefinido *ELLO*, lo que decirse no puede todavía... ¡Peregrina coincidencia!... Tengo abierta una gramática latina y en ella veo, al disertar acerca de los pronombres, este *tríplico* curioso:

IS — EA — ID
él — ella — ello

Tríplico en el que, si se trajese a un niño de silabarlo, leería de corrido:

ISEA — ID

o bien, «*Isis, la del ID*», con lo que volveríamos al significado *biológico* antes aludido y a la singular relación que guardan los Misterios de Isis o *Isea* con los misterios del ID, o de la *Mercava* o *Mervaca* que un rabino ilustrado diría, sin que nosotros tengamos que hacer aquí ahora, por lo espinoso e inoportuno, un tratado acerca del problema de los sexos o del ID. Bástenos el dejar así consignado que el alma de la propia declinación pro-

nominal romana está encerrada, como todo lo de todas las lenguas, en el primitivo lenguaje jeroglífico o simbólico, lengua de los Iniciados, que acaso no sea otra sino el ignoto *Zenzar*, la lengua Sagrada, padre del sánscrito y demás idiomas primitivos, lengua, en fin, que se dice fué la lengua *Una* de la Atlántida en los días de su esplendor.

¿Quién conocerá el terrible secreto de la *Mercava*?

Y una vez conocido—nosotros no hemos llegado a tanto—, ¿quién se atrevería a revelarle a un mundo tan frívolo, escéptico y guerrero como el nuestro actual?... Vale más, pues, que quede él por algunos años o siglos aún en discreta penumbra para que le descubran sucesivamente por su propio esfuerzo «esas almas grandes, capaces de iniciarse por sí solas y por sí solas salvarse, según el Oráculo», invocado por Proclo en el tomo I de su *Alcyone*.

Y, sin embargo, tamaño secreto, es también el de los *jinas*, como comprenderá el lector lo bastante intuitivo para habernos acompañado bondadoso hasta aquí, según podrá colegir de este modesto escarceo filológico que subsigue:

IT viene escrito en los textos bárdicos casi siempre con *I larga*; pero, en latín, y por decirlo así, en todas las lenguas arcaicas, la *I larga* es sustituida por otra letra: la J, la F o la H, casi siempre, letras intercambiables no pocas veces, cual vemos, por ejemplo, en el *ficus* latino, el *higo* castellano y el *jigo* andaluz (1). Nos encontraremos entonces con coincidencias tan raras como misteriosas.

II, transformado en *Hit* con arreglo a dicha ley, nos daría la radical de *Hito*, palabra a la que el excelente *Diccionario* de Domínguez asigna las siguientes acepciones, a cual más chocante: *HITO*; A: Adjetivo anticuado equivalente a *negro*, especialmente tratándose de reses y caballos (2).—*Mojón o señal divisoria* que ha dado lugar al dicho popular de: «*Hito sin*

(1) Curiosísima sería la investigación que tratase de hallar en las escrituras bases del griego conocido, la forma y figura de la letra compañera de la *I breve* o *lota*, letra larga que, de existir, como creemos, no podría llamarse sino *mega* o *mega-lota*, al modo de las *o-micron* y *omega*, de la *epsilon* y de la *eta*. Pero aquel nombre nos llevaría a extrañas correspondencias de índole mágica acaso, y a una correlación del griego con otras lenguas en las que las vocales fueren breves y largas en igual número, como acontece en las catorce vocales simples del sánscrito. Todas estas cosas, así como las relaciones de los *Tuatha de Danand* con los orígenes jeroglíficos y matemáticos del Alfabeto, será objeto de estudio en otros tomos de esta BIBLIOTECA.

(2) Ahí tiene con esto sólo, nuestro querido prologuista, el por qué es *ne-*

señal, muchos lo buscan y pocos lo han, transparente alusión al consabido e iniciático ID de las cavernas.— «*Dar en el hito*», hallar la clave de algún misterio o cosa.— «*Mirar de hito en hito*», o con mirada fija, larga y escrutadora, cual la que es precisa en lo físico, intelectual y moral para dar con la clave del rúnico *hito* o ID.—*Piedra miliaria indicadora*, cual las rúnicas piedras iniciáticas con las que habría tomado proporciones de libro el capítulo II de este tomo consagrado a la *Piedra Iniciática o Cúbica*.— «*Mudar de hito*», cambiar de pesquisas u orientaciones, como cuando no se ha dado en el *clavo*, o ID.— «*Jugar al hito*», juego consistente en tirar a derribar una *hita* o clavo pequeño y cuadrado, sin cabeza, clavo que es grueso por una parte y delgado por otra, y que es empleado para fijar algunas piezas de los carruajes. *Hit*, nombre de una ciudad de la Turquía Asiática; los *Hiteros*, de cerca de *Toro*, así llamados por sus *mehires*. *Hita*, pueblo de Guadalajara, patria (?) del célebre y satírico *Arqipreste*.—*Hittio*, ladrido del perro, cuando levanta la caza.—*Hitero* o *Fitero*, «lugar de hilos», y célebre abadía de bernardos en uno de los más extraños valles de Navarra.—*Hitedzi*, talismán mascareño, acerca del que cabe preguntar: ¿Cómo un nombre genuinamente rúnico, al parecer, ha podido servir de raíz a otro nombre, *mágico también*, de la lemuriana isla de Madagascar? ¡Verdaderamente que para el Ocultismo, igual en práctica moral que en demostración científica, la Humanidad es, ha sido y habrá de ser *una sola familiar*... (1).

gro o *hito*, en campo de oro, la vaca o toro del estudio vasco de la familia de los *Idlaquez* y cuantas otras familias nobiliarías ostenten el toro negro, *Jalno* o *mogino*, en campo de oro, o viceversa.

(1) La *H*, con su constante aspiración, como de en lenguas y pueblos antiguos tiene no pocas toponimias relacionadas con los *Hin*, *Jind* o *Jinas*, tales como: la de *Hinuleus*, cervatillo sin cuernos todavía, o clerva que tanto juega en los cuentos de *Las Mil* y *Una Noches* y en las leyendas de Bécquer, como para expresar con el encuentro de una cervatilla que se había tropezado con un sér del mundo de los *Jinas*, cual el chicuelo de la leyenda andina que vimos en el primer capítulo.

Tenemos asimismo: *Hittus*, us; *vox ea quam canes vestigia indagantes edum*. (Calepinus); *Hinus*, i, híbrido latino del caballo con la jumenta, o séase la *jaca* española; *Hinghoa*, ciudad china de *Jinas*, séptima metrópoli de Fo-kien, célebre por sus mausoleos; cerca del centenar de pueblos de España con la radical de *Hin* y de *Gin*, que podemos considerar equivalente a la de *Jin*, que, por el contrario, no cuenta, creo, con pueblo alguno, más que el de *Jinlesta*, no lejos de la Ciudad Encantada en Cuenca; *Hindoa*, la ciudad mogol, célebre por su afluente y situada entre *Agra* y *Amadabat-Hinderlappen*, el *Interlaken* suizo, famoso por su antiquísimo monasterio cartujo, etc., etc.

Sustituyendo asimismo la J a la H, tenemos palabras tan curiosas y sugestivas, cual la de *Ji(la)na* o *Jit-ana*, de harto simbolismo, pues que tal raza no es sino la de la Zungaria libetana. Otras, como la de *Jinebra*, castellano antiguo; *Enebra*, el árbol funerario, el árbol de los *Jinas*, como la *Ficus religiosa* o *Pipala* indostánica es el árbol de los malos espíritus, nos muestran a su vez, el eterno abolengo *Jina*; *Jinglar*, moverse de una parte a otra como en un columpio; *Jineta*, que es lanza corta con borlas, propia de los antiguos capitanes de infantería, y también *tributo pecuario*: arte de montar a caballo, según la escuela del mismo nombre (es decir, la escuela *Jineta* o *Jina*), razón esta última por la cual ir «a la *jineta*», es seguir las reglas de la más pura equitación—reglas decimos nosotros, por las que el hombre domina al caballo cual el *Jina*, a su vez, domina al hombre vulgar que no tiene la palabra del Maestro—, y, en fin, «tener los cascos a la *jineta*», es estar algo loco, o dominado por aquellos...; *Jinestada*, el clásico arroz con leche, o manjar *Jina*, aludido como posibilidad de relación entre *Jinas* y hombres, en el cantar infantil extremeño que reza:

¡Arroz con lechel (1)
Me quiero casar
con una moçita
de aqueste lugar...

es decir, la Dama de los ojos verdes que Bécquer diría, la Dama blanca del lugar de los *Jinas*, oculto tras el ID...

Y, por último, cuantos nombres geográficos tienen la radical *Gin* o *Jin* (pues O y J con i se cambian frecuentemente en nuestra lengua, dando lugar a esa casi insuperable dificultad de la escritura con cualquiera de ellas), tales como la *Ginebra*, del lago suizo de Le-man o el hombre; *Ginebrosa*, célebre villa aldeaña de Alcañiz, y asiento de la Orden Militar o Caballeresca de Montesa; *Ginestar*, otras dos villas catalanas; de ellas, una junto a Tortosa, y también de la dicha Orden; *Ginestas*, ciudad narbonense del Languedoc, probable cuna de no pocos cantos trovadorescos de *Gesta* o *Giniesta*; *Gingis*, la capital del reino indostánico de su nombre entre Carnat y Pondicheri; *Gineiro*, desconocido reino de Calrería; *Ginst*, lugar de la isla de Rugen, célebre por sus ruinas; *Ginzo del río Limia*, en Galicia, en la región más misteriosa de las atlánticas que debe tantos luminosos estudios de prehistoria a nuestro amigo D. Benito Alon-

(1) Lechè, por supuesto de la «Vaca del Vaqueiro de Alzada», astur o del *shadil* indostánico.

so; los siete u ocho *Ginjosas* o Hinojosas españolas, alguna de Ordenes Militares también; los cinco o seis *Ginjoales* o *Hinojales*, así llamados por su abundancia de *jinajo*, la planta *jina*, y homónimos de la *Hingoa* china; de la *Hindoa* Indica, de la *Hindelopen* frigia del Zuirdezée y de la *Hinderlappen* suiza...

El misterioso IT *Jino*, que no es sino la *Cruz Jalna*, *Svdstica* o *Molniete eléctrica*, símbolo de la Vida Universal, que en el fondo de todo late, es a su vez radical de palabras importantísimas, tales como la de IT, *si*, *oul*, en latín; de *Iter*, *itineris*, camino, sendero, o sea nuestro típico *Itinerario*; *ITe*, *jidl*, *ITalus*, el padre de Roma (Plutarco in Romulo in princip.) *ITargus*, o río germánico de Argos, de la Luna y de IT (Calepinus); *ITem*, asimismo; *ITaque*, por tanto; *ITaca*, la patria de ese astuto *jina* de la lidada que se llamó *Ulises (Ulisaitonis)*, y que, como tal *jina*, fué el único capaz de realizar la conquista de Troya con aquel su *Caballo de Madera*, que no sabemos bien si por acaso fué pariente de aquel misterioso *Caballo Dodecápedo* de Huschenk, y afin muy inmediato de nuestra *Vaca de las cinco Patas*, y que, como a ésta los semitas, se dieron gran placer en inmolar los turanios celtas y siberianos...

La toponimia de las más célebres cavernas del mundo tienen también, más o menos solapado en sus nombres, radicales típicos del IT y de sus *Jinas*, tal como la gruta de *Jino-land* ó «tierra de los jinas», en Australia; la de *Han* o *Ian*, en Bélgica, como todas, con su lago subterráneo; la de *Alta-mira*, *Capilla sixtina* del arte rupestre; la de *Ar-ta* (o *Tara* en bus-tréfo), y la de *Manacor* o *Manas-cor* (Mente y Corazón), en Mallorca; las de *Beth-arran*, en los Pirineos franceses; la vasca de *Urre-cazola*, en el Amboto; la de *Atapuerca* (o *Atala-puerca*), en Burgos; la de *Iris* (o Isis), en el Monasterio de Piedra; la de *Is-Tria*, la Isis o *triforme Luna*; la de *Fingal* (o más bien *Jingalo*), y esa tremebunda *del Mammoth* en el Kentucky, mundo *Jina* en el que hay lagos y ríos en diferentes pisos, con más de 350 kilómetros de longitud para sus galerías, y en las que el hombre se ha internado ya hasta 15 kilómetros, pudiéndose acaso internar en el mañana todos los miles de kilómetros que median entre los Estados Unidos y el Viejo Continente, si es cierto, como creemos, la aserción de Blavatsky, cuando enseña que los sacerdotes egipcios conocían el secreto de esos subterráneos conductos, que ponen en comunicación al Viejo con el Nuevo Continente por bajo de la larga docena de kilómetros de profundidad de los mayores senos atlánticos (1).

(1) Congéneres del lais de Bernardino (Bernar-Jina) e Isabel nos parece el

Porque es nuestro deber científico el decirlo claro, para que el cretino mundo de escépticos que se creen saber algo nos llamen indoctos, visionarios, fantaseadores y hasta locos, como si hubiese más risible fantasía que la de sus hipótesis pedantescas, ni más ciencia que la que se cobra en pesetas, francos, chelines, liras o marcos; ni más locura que la de la conducta—error, que no locuras, se llaman las equivocaciones de la inteligencia—. *El otro mundo* de nuestros hermanos los *Jinas* está a nuestro lado mismo, en las montañas, pirámides iniciáticas de la Religión primitiva de

cuento de *Las Mil y Una Noches*, titulado *Beder, de Persia, y Glau-hara de Samandal* (*).

Es una de las más sublimes leyendas orientales, que nos han transmitido, los árabes.

Un rey de Persia, prototipo del Abraham bíblico en punto a no poder lograr descendencia, compró una bellísima esclava, activa como una reina y que, a pesar de compartir el tálamo del sultán, y de que éste enamoradísimo habla despedido por ella a todas sus mujeres concubinas, jamás se dignó desplegar los labios. Sólo lo hizo, al fin, meses más tarde, para comunicarle al soberano que habla concebido un hijo.

La historia de la tal esclava era por demás extraña. Hija de un poderoso rey del mar, se había negado a desposarse con ninguno de los poderosos reyes vecinos, y apremiada por su familia se había lanzado, despechada, a los abismos marítimos, desde donde fué a dar en *la Isla de la Luna*. Desde allí fué vendida como esclava, yendo a parar, por último, al palacio del Sultán, como va dicho.

«—Mi verdadero nombre es *Gulnara*—dijo la esposa—; mis gentes y yo vivimos en el fondo del mar y por él caminamos lo mismo que vosotros por la tierra, y respiramos en el agua, sin que ella moje nuestras ropas, cual vosotros respiráis en el seno de la atmósfera; nuestro idioma ordinario es el mismo que aquel en que está concebida la escritura del sello de Salomón, el hijo de David. En el mar pasamos nuestras noches y nuestros días, gozando igual que vosotros de la luz del Sol, de la Luna y de los planetas. El número de nuestros reinos es mucho más crecido que el de los vuestros: sus ciudades son más populosas y sus palacios más ricos y magníficos. Tenemos oro, plata, nácar, perlas, joyas de las que ni tenéis idea y caballos marinos, a pesar de que nuestra increíble agilidad para trasladarnos a los países más remotos los hace prácticamente inútiles... Mi familia puede venir a visitaros tan luego como lo deseáis.»

Embelesado el sultán con tan peregrino relato, quiso, en efecto, conocer a su nueva familia, y al punto *Gulnara*, mediante una ceremonia mágica, hizo a surgir del fondo de las aguas a su madre y al rey *Saleh*. El rey los colmó de

(*) *Saman-dal*, quiere decir del país de los samanos, los santos buddhistas que han bebido el Soma, o sea que poseen poderes transcendentales por sus virtudes.

la Madre-Naturaleza *lunisol*ar o de *IO*; en sus valles, senos de castos misterios, y en el ámbito de sus bibliotecas subterráneas, en... *pinturas rupestres* como los Códices Mayas del Anahuac mexicano...

Cedamos la palabra a la Maestra, como siempre que se trata de las infalsificables sublimidades de lo Oculto:

•Una estancia del *Libro de Dzyan*, dice hablando de la gran catástrofe atlante: •Pocos hombres quedaron. Algunos amarillos, algunos castaños y

obsequios, y todos juntos celebraron con gran pompa el nacimiento del príncipe Beder, que como hijo de la tierra y del mar, era todo un portento de hermosura. Su tío Saleh, tomándole al nacer en los brazos y pronunciando sobre su cabeza el conjuro de los mares, se sumergió con él en las aguas del mar, como para darle la iniciación de vida en esotro mundo materno vedado a los demás mortales; e inútil es decir que no por no ello le sobrevino daño alguno (*), y que quedó así capacitado para vivir en las aguas como sobre la tierra.

Creció el príncipe en cuerpo, como en ciencia y en virtudes, gobernando el reino, como sucesor de su padre, con un acierto sin segundo. Llegado a la edad en que debiera casarse, cierto día en que velaban su sueño su madre y su tío, éstos, creyéndole dormido, empezaron a hablar de su proyecto relativo a desposarle con la princesa Giau-hara, hija del poderosísimo monarca marino Samandal; pero conviniendo en no decir nada al príncipe hasta que hubiesen vencido las dificultades que el orgullo de este monarca les presentaría. No contaban, sin embargo, con que el príncipe, que lo había escuchado todo, acababa de concebir hacia Giau-hara, no obstante no conocerla, una pasión sin límites, así que, a vuelta de mil ruegos, obligó a su tío a que le llevase con él al fondo de los mares en demanda del Iris de sus amores. Antes de hacerlo, el tío puso en su dedo el anillo salomónico y partieron juntos.

Llegado Saleh, el tío de Beder, al palacio de Samandal, éste recibió la petición de la mano de su hija con el desprecio más absoluto, e indignado Saleh, le prendió con los suyos y se le llevó a su reino. Giau-hara no recibió mal al príncipe Beder; pero sabedora de que él era la causa de la prisión de su padre, al punto se refugió en una isla desierta e inaccesible (**), y llegado a ella el príncipe, transformado, por arte mágica, en un ave desconocida, se vió condenado a morir de hambre y sed en aquel desierto (***). Una compasiva criada de la princesa tomó al pajarito, llevólo a otra isla poblada, y allí fué restituido a su forma primera por las buenas artes mágicas de la hija del rey de la isla (****). Aquel rey le da una nave para que se restituya a Persia; pero una

(*) Este príncipe *Beder* o *Bedred-din*, es, como puede colegirse, una nueva versión simbólica de la leyenda que ya hemos transcrito relativa a la «Historia de Nured-din-Hassan y Bedreddin».

(**) Esta es la roca de Brunhilda, inaccesible a todos, menos al verdadero héroe.

(***) No obstante las diferencias de detalle entre esta leyenda y la escandinava—diferencias que muy bien pueden deberse a los tiempos—, se entrevén aquí a Sigfrido, a Brunhilda y al Ave de la Selva,

(****) Varios pasajes análogos hemos visto en el poema de *Las Aves*, de Aristófanes, y también en la transformación del rey Arthús en cuervo.

negros, y algunos rojos quedaron, pero los hombres del color de la Luna —los del primitivo Tronco Divino de edades anteriores— habían desaparecido para siempre... La Quinta Raza, vástago del Tronco Santo, perduró y fué gobernada por los primeros Reyes Divinos... mientras que las Serpientes (Instructores) volvieron a descender reconciliándose con dicha Quinta Raza, a la que educaron e instruyeron.*

Al comentar Mad. Blavatsky esta notable estancia (*Doc. Secreta* t. II, pág. 321, edición española), añade prodigiosa:

«Esto aclara lo que más de una vez se ha dicho de que los Adeptos u hombres «Sabios» de la Tercera, Cuarta y Quinta Raza moran en habitaciones subterráneas, generalmente bajo alguna especie de construcción piramidal, ya que no actualmente bajo una pirámide, pues que tales *pirámidas* existen en «los cuatro extremos del mundo» y no fueron jamás exclusivo monopolio de la tierra de los Faraones, aún cuando, verdaderamente

tempestad sorprende al joven, quien naufraga, y salvándose en una tabla, llega a la costa de la Isla de los Encantos, donde multitud de animales diferentes tratan a su modo de indicarle que no siga.

El intrépido joven, sin cuidarse de aquellas advertencias, penetra en la *ciudad muerta*, donde no halla, al parecer, habitante alguno, hasta que cae en la tienda de un venerable anciano—el consabido Adepto-Instructor de todos los candidatos—, quien le informa de las mágicas crueldades de la reina de aquella ciudad muerta con todos los caballeros que naufragan en sus playas, a quienes, como la Cíte de Ulises, mila y obsequia durante cuarenta días (* transformándolos después en bestias, que eran las que el joven había visto. Dióle el viejo algunas instrucciones para cuando le tocase a él su turno, y, en efecto, de allí a poco vino a reclamarle la reina para obsequiarle; como a tantos otros, se le llevó consigo y durante aquellos cuarenta días le rodeó de los mayores deleites del mundo. El joven, cauto merced a las advertencias de su mentor, y agradecido por ellas, pidió permiso a la reina para visitarle; a lo que ésta, aunque de malas ganas, tuvo que acceder. El viejo Adepto le proporcionó una torta, encargándole que cuando la reina tratase de hacerle comer una igual para encantarle, sustituyese ésta con aquélla. Efectivamente, la reina Laha trató en vano de encantarle como a los demás, cayendo en sus propias redes y siendo transformada en yegua. El anciano suministró al joven la única brida posible para enfrenarla, encargando no se la quitase. Andando el tiempo, éste cometió la imprudencia de quitársela, por consejo de una hechicera, y le sobrevinieron nuevos contratiempos, hasta que la suprema magia del anciano le restituyó sano y salvo a Persia, donde se desposó al fin con su amada Glauhara, siendo todos muy felices.

(*) Aquí también la leyenda análoga del tercer calendo y de tantos y tantos hombres transformados en verdaderas bestias por los pecados y hasta las aberraciones del sexo.

hasta que se encontraron esparcidos en ambas Américas, sobre y bajo tierra, debajo y en medio de las vírgenes selvas, así como en las llanuras y en los valles, se creía que eran exclusiva propiedad del Egipto. Cierto es, asimismo, que si ya no se encuentran verdaderas pirámides geométricas en las regiones europeas, no lo es menos verdad por ello que las supuestas cuevas primitivas neolíticas; los enormes *menhires* triangulares, piramidales y cónicos de Morbilán, de Bretaña, etc.; los numerosos túmulos daneses y de tantas otras partes, y hasta las *tumbas de Gigantes* de Cerdeña y demás países, con sus *muragas*, son remedos, más o menos groseros, de tales pirámides. La mayor parte de dichas construcciones son obra de los primeros habitantes del entonces recién nacido continente europeo y sus islas, esas mismas «razas negras, rojas, castañas y amarillas» que quedaron después que los últimos continentes e islas atlantes—excepto la *Poselidonis* de Platón—, se sumergieron hace unos ochocientos cincuenta mil años. No podemos, pues, reírnos de la «neía vanagloria» de los arcadios que se decían ser *más antiguos que la Luna* (*πρωτὶ ληνῶν*) y de aquellos primitivos atenienses que pretendían haber existido «antes de que el Sol fuera Sol», ni tampoco de la universal creencia en la existencia también universal de los gigantes... porque la ciencia histórica futura nos guarda extraordinarias sorpresas... Aquellas «Serpientes de la Sabiduría» u *Hombres divinos* a los que tantas veces se alude en toda la Literatura Sagrada, han conservado extraordinariamente puros y completos sus anales cronológicos, aparte de que dichos anales están trazados en los mismos cielos igual que en los muros subterráneos de recónditos recintos, porque la Humanidad y los Astros están íntimamente unidos entre sí por las Intelligencias o Espíritus que a una y a otros rigen.»

A propósito de los gigantes, es bien sabido que uno de los documentos más elocuentes de ellos son las murallas ciclópeas, hoy mal llamadas *mícenianas*, y esotros monumentos megalíticos repartidos profusamente por el mundo atlante y europeo que denominamos con diferentes nombres, tales como *dólmenes*, *menhires*, *cromlech*, *sepulturas de gigantes*, *túmulos* y *rath*. Pero es lo curioso del caso—en armonía con las enseñanzas teosóficas—que los tales *rath*, como referentes a gentes *jinas* o *Tuathas*, que les han tomado por refugio en Irlanda después de haber desaparecido de la vista, ya que no de la vecindad de los hombres, gozan en el léxico universal de tan desesperante y proteica vaguedad de significado, como sus dueños actuales los *jinas* mismos, datando de ellos la palabra *raza*.

Del interesante tratado español acerca del ajedrez de Brunet y Ballet,

entresacamos enseñanzas como éstas relativas a los dichos *Ratk, Roks o Rocas*.

Sir Willam Jones, en efecto, al hablar del Chaturanga o juego de ajedrez, no entre dos sino entre cuatro jugadores, con cargo al *Bhawishya Purana*, dice que «en este complicado juego un barco o barca ha sustituido al *rath* o *carro de guerra*; pero este nombre es el de *roth* para los bengaleses y *rokh* para los persas, de donde proviene el *rok* de algunas naciones de Europa... Sería inútil el pretender buscar la etimología de esta palabra en el persa moderno, pues que en todos los pasajes tomados de Firdusi y de Jami, donde la palabra *rokh* figura, se tomaba como nombre de un héroe, o de un ave fabulosa, cuando para mí significa tan sólo *faz, mejilla o cara...*» (*Asiat. Resh.*, t. I, p. 161.)

Es decir, que lo que en Arqueología y Prehistoria representa *una construcción ciclópea*, lo vemos considerado por un sabio autor sanscritista como un *carro de guerra*, y también como *mejilla o faz*. Mas, por otro lado, el *rath* se ha tenido siempre por un carro fantástico, especie de *tanque* guerrero inglés moderno, todo erizado de espadas, carro del que se cuenta que le mandó construir Isfendiar el persa para vencer con él al terrible dragón que habría de tratar de cortarle el paso en la cuarta *mansión* o trabajo al modo de los de Hércules, mansión la más comprometidora entre las siete que eran precisas para la conquista del *Castillo de Cobre* (Troya). Como el dragón era tan monstruoso como una montaña, al sentirse así atacado se engulló a los caballos y al carro, con Isfendiar y todo dentro, ni más ni menos que la ballena a Jonás, y como quiso hacer con la Mujer que estaba de parto el clásico Leviatán del Apocalipsis. Las espadas, a guisa de espinas, se le atravesaron en la garganta al monstruo y permitieron así que Isfendiar saliese de su caja—al modo del candidato a la Iniciación cuando salía del sepulcro—y pudiera matar al dragón, a quien la tos no le permitía defenderse. Dicho carro sirvió después al héroe para cortar las alas al *Simourgh* de la etapa quinta, alas tan monstruosas que obscurecían toda la tierra así que el temido animal las extendía.

Del *roc, roch, ruk* o *ruch*, que no se diferencian sino en la vocal o *masora*, las leyendas de *Las Mil y Una Noches*, tales como la de Aladino y la de Simbad el Marino, han hecho también, repelimos, un ave fabulosa, dotada de tan tremebundos poderes, que bastaba colocar un huevo de ella en cualquier obra alzada por artes de mala magia, para que toda ella desapareciese en el acto, desvaneciéndose como humo.

Pero, ¿qué relación puede tener el carro de guerra con la tal ave, con la de la torre o roc del ajedrez, y con las demás etimologías del *rath* o

ruth que andan por el mundo, incluso la catalana de Jumento? No hay más clave para ello que la de los *tuathas* o *jinas*. Si éstos fueran en época *humana* grandes guerreros, como ya víamos al ocuparnos del Gaedhil irlandés, nada tiene de extraño que se hiciesen célebres por sus *rath* o carros de guerra, con los que realizaran sus heroísmos contra sus eternos enemigos. Transformados luego en inmortales o, al menos, en *invisibles* a los ojos de los hombres, resulta harto natural el que su metamorfosis a esillo *aristofanesco*, fuese la de aquella ave mitológica, cual los célebres Evélpides y Pistero de la leyenda griega, y que su conocimiento mágico, o sean sus poderes como seres no contaminados con el pecado de Adán, alcanzasen a destruir todos los artificios de la mala Magia que se emplease contra ellos. A más, los huevos de tal Ave-Roc no eran sino los de la hermosísima *Anade* o Hamsa *Jina* del Kalevala nórdico, que puso seis huevos de oro, y acabó luego por poner otro de hierro, según nos ha traducido Colebrooke, que no es sino el terrible de nuestro Kali-juga, o negra y férrea edad. Hoy, en fin, semejantes gentes *jinas* o *antecesoras*, al morar en las montañas y sus subterráneos o cavernas y al poseer poderes transcendentales, han podido dar lugar en el noble juego del ajedrez a esa poderosa pieza que se llama *elefante*, *torre* o *castillo*, y que fué, sin duda, según Brunel, la pieza más importante del juego en la antigüedad, por ser su movimiento el más extenso y poderoso —cual el de los invisibles—, y la única que, acompañada del rey, podía dar mate al rey contrario. Más de una vez se la ve empleada, en fin, la tal palabra en sentido de barco, o sea en recuerdo quizá de la nave del *Jina* mexicano Quetzalcoatl, cuando abandonó su tierra, o la del escudo de la antigua Lutecia, o bien tantas otras de la heráldica, más o menos parientes de esos tableros de ajedrez que se ven en los sarcófagos egipcios cerrando las puertas del Amenti, y asimismo en los escaques o piezas de ajedrez de las más linajudas familias francesas y catalanas, desde los tiempos de Carlo Magno, tales como los tres *roques* de oro en campo azul de los *Roquelarre*; los de plata, de los *Rochette*; los de la *Cámara* del Ajedrez, en Inglaterra y Normandía, etc., etc. (1).

(1) En cuanto al *roch* o *rath*, como ave fabulosa, el historiador Masudi en su obra *Las praderas de oro*, estampa lo siguiente: «La relación que consigno ha sido transmitida a El Haçan, hijo de Ibn, por Mohamed, hijo de Abd Allah el Merwazi; a éste por Agea, hijo de Sâid, hijo de Ketir, hijo de Ofair, por su padre y abuelo Ketir; a este último, por su padre Ofair, bajo la autoridad de Akramah, quien la tenía de Ibn Abbas, en persona. *El Profeta Maho-*

¿Qué tienen que ver, en fin, estas etimologías con la palabra *roca* o *pedra*, es decir, con la famosa *pedra cúbica* o iniciática de nuestro capítulo segundo? Larga y penosa tarea sería la de dilucidarlo con la debida amplitud; pero hay que convenir de todos modos en que la *roca* o *pedra* y los Misterios de los *Jinas* son una cosa misma. Ellas forman las montañas y demás accidentes que son las moradas de los *Jinas*, moradas donde si no entran, al parecer, los rayos del sol en forma de luz, si entran en forma de otras vibraciones de mayor y de menor amplitud que las lumínicas, sin contar con internas fosforescencias de la entraña terrestre inestudiadas todavía, y corrientes electro-magnéticas telúricas simbolizadas en el restregado de los anillos mágicos, y no bien determinadas aún, pero que en retinas de diferente organización que la nuestra, acaso actúen como verdadera luz para semejantes seres, sus moradores. Todo ello sin apelar a esos

ma—contaba Ibn Abbas—*nos dijo un día*: En las primeras edades del mundo, Dios creó un ave de una hermosura maravillosa, y la dotó de todas las perfecciones, una cara semejante a la del hombre, y un plumaje brillante con los colores más resplandecientes; cada uno de sus cuatro miembros estaba provisto de alas; sus dos manos eran garras, y la punta de su pico era tan fuerte como la del águila (*). Dios crió una hembra a imagen del macho, y dió a esta pareja el nombre de *Anka*. Después reveló a Moisés, hijo de Amram, estas palabras: «He dado la vida a unas aves de forma admirable; los he creado macho y hembra; he destinado para su alimento los animales salvajes de Jerusalén, y quiero establecer relaciones familiares entre él y estos dos pájaros, como prueba de la supremacía que te he concedido entre los hijos de Israel.» De estas dos aves salió una numerosa generación. En seguida Moisés y los israelitas fueron conducidos al desierto de la *extraviación* (Ith), y allí permanecieron cuarenta años. Después de la muerte de Moisés, de Aaron y de todos los israelitas que habían acompañado a Moisés en número de seiscientos mil, su posteridad continuó en el desierto, hasta que Dios le permitió salir de él bajo las órdenes de Josué, hijo de Nun, discípulo de Moisés y heredero de su misión. Entonces fué cuando la raza de los *ankas* abandonó este país por el Nedjd, el Hedjar y el país de Kais-Allan, en donde devoraron a los niños los animales salvajes y a los ganados. En fin, en el período de tiempo que separa a Jesús de Mahoma, un profeta llamado Khaled, hijo de *Sin-an*, apareció en la tribu de los Abs, y conmovido por el dolor de sus habitantes, cuyos hijos eran diezmados por los *anka*, oró a Dios suplicándole extinguiérase esta raza de aves. Entonces Dios los hizo perecer a todos, y desde este tiempo data el representar sus imágenes en los tapices y en otros objetos. Al decir de muchas personas instruidas, la expresión proverbial de *anka arrebatador*, se aplica a una cosa sorprendente, a un suceso extraordinario.» (Brunet, obra citada.)

(*) Aquí tenemos la perfecta pintura de los *hombres alados*, de Platón.

misterios del llamado Palacio de la Enseñanza, del que nos han hablado tantos místicos y psíquicos, tales como Mabel Collins en su obra *El despertar*, ni con las demás cosas raras y estudiables que se refieren en el *Orlando el Furioso*, con cargo al celeberrimo Valle de la Luna (que acaso no es sino nuestra Tierra misma), o aquellas otras no menos maravillosas del viejo que salta todos los días del fondo del Mar Eritreo para enseñar a las gentes, según Plutarco... Continuar por estos terrenos equivale a meterse solo y de noche a través de un desierto... Los *afrites* nos extraviarían con sus espejismos no menos que a la caravana del sufrido beduíno.

Volviendo, pues, a lo que nos decía la Maestra, repelimos tan sólo que no pueden ser más terminantes las revelaciones de la misma acerca del misterio de esas *pirámides naturales* que llamamos montañas; de esos *templos naturales* que llamamos cavernas y en las cuales, al decir de la universal tradición religiosa, se han verificado todas las Iniciaciones en los Misterios de la antigüedad. El misterio, pues, de los *finas*, cuanto el de esos seres superiores tantas veces aludidos en la *Doctrina Secreta* y en

Los egipcios—añade Brunet—representaban el alma humana por un ave con cabeza de persona, y del mismo modo representaban los griegos las sirenas que encantaron a la tripulación de la nave de *Ulises*; sin duda del imperfecto conocimiento de la representación de estas aves y de la ignorancia o confusión de la Historia nacería entre los Arabes la leyenda de los *anka*, que según Mahoma, sería procedente de la Biblia .. También acabo de recibir la traducción Inglesa de una obra china en la que de lo primero que se habla es del *rukh*, ave fabulosa conocida en China desde remota antigüedad... El capítulo I, que se titula *Trascendental bienaventuranza*, empieza así: «En el Océano del Norte hay un pez llamado Leviatán, de muchos miles de *ll* de longitud—un *ll* equivale a 536 metros—. Este Leviatán se transforma en un ave llamado el *rukh*, cuyas espaldas tienen una anchura de muchos miles de *lls*. Se eleva con poderoso esfuerzo, y sus alas obscurecen el espacio—*sky*—, como las nubes. En el equinoccio este ave se dispone a trasladarse al Océano del Sur, el *Lago Celestial*, y en el *Recuerdo de las Maravillas* leemos que cuando el *rukh* vuela hacia el Sur, el agua es removida en un espacio de tres mil *lls* de circunferencia, mientras que el ave se remonta sobre un tilón a la altura de ochenta o noventa mil *lls*, por un vuelo de seis meses de duración... Entonces dirige su vuelo hacia el polo Sur...»

Este avé, para el citado autor, equivale al ave *baryuchni* del Talmud-Bechorat, y al ave *allatha*—ave-fénix—capaz de extinguir todo fuego, y también al ave *thoshalmi*, quien, a diferencia de los demás animales, no se apareja con los de su especie, o, en fin, aquella ave perforadora de montañas que guardan aquel animalejo de que se valiera la suprema sabiduría del rey Salomón para labrar los altares que luego se emplearon en la creación del Templo de Jerusalén.

el curso de estos modestos libros, no es en suma sino *el misterio de lo astral y de lo etéreo: el secreto de lo invisible para nuestros ojos físicos*. ¿Hay imposibilidad científica alguna para ello? Ningún hombre de ciencia honrado y sincero nos podría demostrar lo contrario, y si se nos opusiese que nosotros que somos los que lanzamos las afirmaciones somos los obligados a la prueba, responderemos recordando lo que tantas veces hemos dicho en obras anteriores (1), es, a saber, que reducidos a oír entre los estrechos límites de las vibraciones del aire que oscilan entre las 32 y las 73.000 por segundo, y a ver sólo con aquellas vibraciones etéreas comprendidas entre los 400 y los 720 millares de millones—billones en la numeración extranjera—de longitud de onda, nuestro mundo real es, a bien decir, limitadísimo, viviendo nosotros, cual ha dicho Pierre Loti, en una isla de conocimiento rodeada de un verdadero piélago de Misterio sin límites conocidos, isla en la que las mismas cosas visibles son invisibles tan pronto como se alejan un tanto o las rodea un medio de idéntico índice de refracción que el de ellas mismas. ¿Cómo, pues, han de sernos visibles, por ejemplo, seres aéreos cuyo índice de refracción será el mismo del aire en que viven? Nosotros, nada vemos, sino por contrastes de medios o de ambientes, razón por la cual nuestro mundo visible está sujeto a esas mil contingencias y alteraciones que los artistas llaman efectos de luz y de perspectiva siempre cambiantes con el lugar, el día, la hora, el momento y las mil alteraciones psicológicas de nuestras situaciones respectivas. De aquí que nuestro mundo, *el Infimo mundo de nuestras investigaciones*, sea sólo el formado por seres de más de un elemento: minerales, vegetales, hombres, astros..., y cuando tratamos de ver en un elemento solo: desierto, mar, cielo o luz, somos, a bien decir, ciegos efectivos y ante su vaguedad solemos caer o en la inconsciencia del mareo o en la otra superconsciencia impotente, que se llama emoción de lo sublime.

Tendamos una mirada retrospectiva para mejor abarcar el problema. El lector que, bondadoso, nos haya seguido hasta aquí habrá notado cuán extraña complejidad tiene el misterio de los *jinas*. El *mulvi* de la historieta de Olcott, a quien un chicuelo lleva al mundo de estas gentes, no habla sino de *jinas* tangibles y físicos, tales como el chicuelo mismo; Blavatsky y Olcott no hablan tampoco del *sadhí-vaqueiro*, o conductor de la

(1) *Hacia la Gnosis*, capítulo titulado *Homúnculus, Xilope, Vlator...*—*Conferencias teosóficas en América del Sur*, tomo I, página 317 y siguientes, capítulo de *Espirítismo, Ocultismo y Ciencia Positiva*.

famosa vaca, sino como de un sér físico con quien hablan largo rato, aunque desapareciese luego como por ensalmo de su maravillada vista; la quinta o *bungalow* de junto a Benarés parece física a los ojos del acompañante de Blavatsky, y, sin embargo, perfectamente astral, ilusoria y, por decirlo así, *evaporada*, cuando trata de mostrársela a un camarada suyo. Este cubileteo de cosas, que tan pronto nos son tangibles como se esfuman del modo más total y fantasmagórico, es, por otra parte, la característica por un lado de todos los fenómenos llamados *mágicos*, y, por otro, de todas las divinas *realidades ilusorias* del ensueño y de la anormalidad. ¿Qué Misterio de misterios es aquésto? ¿Qué clase de infelices niños somos eternamente los hombres? ¿Qué barrera es esa eterna *pedra* que se interpone siempre entre nuestro mundo y los otros?

Fijémonos, por ejemplo, en esos ensueños deliciosos, llenos de felicidad incomparable, en los que visitamos verdaderos paraísos por encima de todo cuanto puede imaginar nuestra poesía, y en los que múltiples veces hemos revuelto con nuestras manos montones de oro con el más perfecto realismo... Si nuestra vida toda se hubiese de limitar a semejante ambiente, sin que el despertar nos trajese a este otro mundo, no cabe duda que, a partir de aquel momento, seríamos ricos. ¿Qué ha pasado, pues, para que, ricos en el ensueño, despertemos tan pobres como la *vispera*?

Si no fuese por ese *Algo* ignoto y supremo que establece en el fondo de todos nuestros actos lo que se llama ley de continuidad de nuestra conciencia, merced a lo cual el rico en el mundo del ensueño es pobre en el mundo de la vigilia, parecería más bien que el hombre soñando y el hombre despierto eran dos personalidades distintas, sin más lazo entre sí que ese oscuro fondo augusto de la conciencia subliminal que a entrambas personalidades liga.

Por aquí empieza a columbrarse algo de luz. Supongamos, por un momento, cosa nada imposible en verdadera Filosofía, que un astro como la Tierra fuese, a su vez, un sér vivo, con un cuerpo físico, que sería el de su masa planetaria, y de los seres que en ella habitan; un cuerpo emocional integrado por todos los emocionalismos de cuantos seres sencientes pululan en ella, y, en fin, un cuerpo mental, capaz de esas modalidades a las que llamamos imaginación, raciocinio, sentimiento, voliciones, etc. ¿Qué complejidad de psiquis no sería la de semejante *gigante de los cielos*?

Si él, en efecto, fijaba su conciencia hacia la zona tropical, sentiría enorme calor, y si, apartándola de esta zona, la llevaba hacia las polares, experimentaría brutal sensación de frío. Aquí se sentiría lastimado en su

piel de monstruo planetario con el arañazo continuo de esos *aradores* —ya sabéis a qué enfermedad que pica mucho me refiero con este nombre de *aradores*—, a quienes nosotros llamamos *los hijos de la divina Ceres*, o bien, sin metáforas, agricultores, que depositan en la epidermis terrestre el grano de trigo. Allá el zapapico del minero causaría en la dermis terrestre dolores cual aguljonazos de avispas. Más allá estos mismos mineros envenenarían su *llnsa* fluvial al enturbiar con sus lavados minerales la pureza de los ríos, sin contar con los industriales que asimismo llenarían de *toxinas* su atmósfera; de lacerias, su superficie, y de esas *fistulas*, llamadas túneles ferroviarios, drenajes, etc., etc., sus *carnes* todas.

Esto, sin embargo, no sería nada en comparación de las torturas psíquicas de semejante ser celeste-terrestre. ¡Una verdadera eterna, tartáfrica locura! Las ambiciones de los unos, las maldades y crímenes de los otros, toda esa bacanal sin medida de la existencia animal y humana, se agitaría en la psiquis del *Sér-Tierra* con la épica grandiosidad sinfónica de aquella Introducción al *Diablo Mundo*, de Espronceda, jamás igualada en poesía. Repase el lector esa *Séptima Sinfonía* beethoveniana, en verso, que no en prosa, y nos ahorrará más descripciones preparatorias.

El estado integral de la psiquis terrestre con semejante infierno podría aproximarse, más o menos, a uno de estos tres estados típicos: al de una conciencia sólo fija en la trinidad luminosa de Bien, Verdad y Belleza; o sólo fija en la trinidad tenebrosa de Mal, Fealdad y Mentira; o mariposeando, en fin, aquí y allá entre las infinitas realidades concretas de aquellas psiquis parciales de los seres terrícolas, integradoras de su psiquis y fiel imagen del Caos primitivo. En el primer caso, pese a todas las realidades parciales de tristeza, la Tierra sería feliz; en el segundo, sería desgraciada la Tierra, y en el tercero, le acaecería cual a nosotros y se sentiría rica con los tesoros de los ricos, sabia con la ciencia de los sabios, buena con las virtudes de los santos, o bien pobre, criminal e ignorante con los pobres, necios o perversos...

Ahora bien; si al *Sér-Tierra*, así imaginado, le llamamos no Tierra, sino hombre, el problema seguirá siendo el mismo; sus *lados* podrán alterarse, pero no sus *ángulos*, diremos empleando el símil geométrico de los triángulos semejantes; el amplio cuadro se habrá transformado en linda miniatura; el astro de miles de kilómetros de diámetro no medirá sino los 100 o 200 centímetros que mide de estatura el exiguo cuerpo del hombre; pero las leyes fundamentales serán las mismas, y el hombre, media proporcional, entre la Tierra, de que es habitante, y las ínfimas células de su organismo que en él habitan y que cada una es en sí un mundo, fuera de

la conciencia de su Mónada esencial y una, se sentirá consciente por turno, ora con la feliz conciencia monádica de las unas, ora con la desdichada conciencia de las otras, y las mónadas o los elementales, del alcohol, verbigracia, darán a su conciencia integral, las ídeas alcohólicas de una falsa fuerza, una falsa felicidad, una falsa alegría, porque los tales elementales o mónadas alcohólicas, que Goethe diría, son daimones perversos, como hijos de la rica molécula glucósica a la que se le ha robado con la fermentación su anhídrido carbónico. Otras mónadas buenas, en cambio, como las de la miel, el trigo, etc., podrán darle, al penetrar en su organismo en la debida ponderación fisiológica, sentimientos de paz, de alegría en el vivir, de transcendente bienaventuranza... Así nos creamos, pues, *en nosotros mismos y por nosotros mismos* nuestra felicidad y nuestra desdicha.

Vengamos ahora al caso del ensueño en cuestión: el ensueño respecto de un tesoro, por ejemplo, o de la compañía en sueños de verdaderos *jinás*, que nos llevan de aquí a allá por el mundo astral, en el que ellos se mueven, como en su elemento propio. ¿Qué es lo que ello prueba? Pues sencillamente que cuando nuestros sentidos o puertas de comunicación con el mundo exterior están suspendidos, nuestra conciencia se da cuenta de otras realidades internas que durante la vigilia le pasaran inadvertidas, tales como la posibilidad de ver y oír seres y cosas de la que no nos diéramos antes cuenta con los dormidos sentidos físicos y el despertár, que consiste en cerrar unos ojos: los astrales; en abrir *otros*: los físicos no es, por decirlo así, sino la caída de un telón sobre una escena y el descorrido para otra distinta. ¿Qué sigue viendo del mundo exterior el infeliz que ha quedado de repente ciego en la guerra? Pues eso mismo es lo que vemos del mundo físico así que nos dormimos, o del hiperfísico, así que sobreviene el despertar. El acto de ver y de dejar de ver a los *jinás*, nuestros vecinos del valle o la montaña, equivale en cierto modo al del miope o del presbita, poniéndose o quitándose sus gafas; basta que se adormezcan, cual en la hipnosis, unos centros de percepción sensitiva para que puedan entrar en acción otros. Por esto sobrevienen los síncope en los momentos terro-ríficos. Por eso también lo que podríamos llamar hipertrofia de éstos, más de una vez han sido causa determinante o consecuencia de aquéllos. A la manera de las luces eléctricas conmutadas, un simple giro de botón que puede producirse de modo fisiológico con el ensueño, y patológico con la hipnosis, el opio, el éter sulfúrico, etc., etc., basta para trasladarnos a uno u otro mundo. En una conmutación parcial cabe hasta que por entrambas *luces* discorra la corriente eléctrica *a medias*: tal es el caso del inspirado, del artista, quien puede decirse de él que es un verdadero brahman *dwipa*

o dos veces nacido, pues que alternativamente habita en un mundo y en el otro.

Por encima de todo cuanto se ha dicho hasta aquí, resalta el problema filológico y simbólico de las relaciones misteriosas entre el problema de los *jinas*, el de la llamada cuarta y ulteriores dimensiones del espacio y la conexión de todo ello con el divino jeroglífico de *Isis* o de *IO*, cosas que convendría puntualizar hasta donde sea posible.

En el relato, por ejemplo, del chicuelo andino Bracamonte, que va transcrito en el primer capítulo, cual en todos los demás de su *aladinesca* índole, advertimos una cosa muy extraña, y es la de que cuando el chico sale solo por las breñas y en *plena visión astral*, ve a la *vaca overa* y al *anciano de la blanca barba* (shadú, jina, Maestro o lo que fuere), que no podía ver otro nadie sino él: señala el sitio en cuestión fijando una palanca entre dos breñas, y cuando el muchacho retorna al otro día, ya con el minero, que luego transmitiese el relato de la aventura a nuestro amigo, *encuentra cambiado todo el paisaje astral de la víspera, salvo las dos rocas* entre las que había puesto su barra a guisa de señal indicadora... ¿Qué significa, pues, en este caso y en tantos otros similares, el hecho de que en el mundo astral de nuestro *Aladino*, mundo sin realidad aparente en nuestro mundo físico, apareciesen, sin embargo, aquellas dos *rocas físicas* que luego, tanto el chico como el minero acompañante, tornan a encontrar con la señal de la víspera?

Semejante pregunta plantea categóricamente el problema de la conexión misteriosa de esos mundos antagónicos y, como tales, complementarios que se llaman *realidad* y *quimera*, o bien mundo físico y mundo imaginativo, tras el que tantos otros problemas se ocultan.

El contraste, en efecto, se está repitiendo a la continua en la vida. ¿Qué de tristezas, qué de añoranzas y nostalgias no se experimentan cuando se torna a ver un paisaje, un ambiente cualquiera, que marco fuese antaño de cualquier grata escena de nuestra existencia? Aquella amargura *dulce* estereotipada en los Inmortales versos de Jorge Manrique, que dicen:

Cuán presto se va el placer...
 Cómo después de acabado
 da dolor...
 Cómo a nuestro patescer
 cualquiera tiempo pasado
 fué mejor,

es realidad tristísima de la que los *raccontos* musicales han sabido sacar siempre gran partido, verbigracia: aquella nota que Weber agrega en la

despedida de su clásica *Invitación al vals*, única nota que no se hallara en el comienzo, cuando el galán invita a danzar a su pareja; aquellas dos notas que en el *Andante* de la *Quinta Sinfonía* conquista Beethoven tras de los repetidos anhelos formulados durante todo el *tempo* para buscarla; aquellas otras notas, en fin, acompañadas con las trompas como pedal, primero en *la* y luego en *sol*, o sea un tono más bajo, en el tercer tiempo de la *Novena Sinfonía*, cuando el *adagio* se transforma en *andante*, notas que más tarde, en el último tiempo, tornan a presentarse, no ya como canto de amor que antes fuesen, sino más bien cual añoranza dolorosísima que hace gemir a contrabajos y violoncelos en aquella larga salmodia que va preparando la entrada de la voz humana en la escena (1).

Todo esto que, cual siempre acontece con todo escritor honrado, tiene que quedar a la intuición del lector más que a la palabra escrita, enseña lo que ya dijo Carlos Federico Amiel de que «los paisajes no son sino estados de alma», y siendo harto diferente el estado *astral* de terror, curiosidad, infantilidad o lo que fuese del niño Bracamonte cuando se metiera solo por entre aquellas breñas, del estado ulterior de *física tranquilidad* cuando retornó acompañado al otro día, por fuerza el paisaje, en el uno y en el otro caso, tendría que ser diferente.

Pero esto no basta, no, a nuestra investigación: es preciso ahondar más, aunque tengamos que asomarnos un momento a la Matemática y que invadir lo que ha de ser materia de ulteriores tomos de esta Biblioteca.

Ya al esbozar *Don Antonín de Miranda* el problema de la llamada *cuarta dimensión del espacio* en el capítulo I, parte II, de *El Tesoro de los lagos de Somiedo*, formula la idea relativa a los *puntos nodales* entre cada *dimensión* y la siguiente, o sea de esos *puntos, únicos y dobles a la vez*,

(1) Para más detalles acerca de los sublimes temas de la más genial y definitiva de las obras del divino Beethoven, véase el lindísimo libro de nuestro amigo D. Mateo H. Barroso, *La Novena Sinfonía de Beethoven*, donde estos temas y los demás de la obra se analizan cumplidamente. Hemos citado estos casos: otros mil más podrían citarse en las composiciones del maestro, ya que en él «la idea llena el molde de la forma y la desborda continuamente», llevándonos a esos paisajes astrales que sólo pueden admirarse «en los palacios encantados del Edén», que diría el hispano cantor de los *Gnomos de la Alhambra*, el poeta de la Raza: Zorrilla. ¡Cuán cierto es, sin duda, el mágico consorcio de la poesía con la música y, en general, de las bellas artes todas en esa síntesis del Arte que titánicamente tratamos de conquistar a fuerza de desengaños, dolores y sacrificios...

que constituyen las doce aristas del cubo, puntos que pertenecen a la vez a dos superficies o mundos contiguos, sin pertenecer exclusivamente a ninguno, y también esos puntos únicos y triples a la vez que constituyen los ocho vértices del mismo, vértices que corresponden por igual a tres superficies o mundos contiguos, sin pertenecer exclusivamente a ninguna.

Tal pudo ser el caso del chicuelo: Las rocas, entrambas veces vistas por él, y las mismas siempre, a pesar del *cambio total del paisaje* desde lo astral a lo físico, son, valga la frase, *puntos nodales efectivos*, a manera de los citados, *entre los dos mundos*. Tal el caso también de repetición de detalles físicos que, al cambiar sin embargo los demás detalles emotivos integradores de la visión que de él hacemos, no parecen, sin embargo, los mismos.

Si es cierto, como dice el agustino P. Arnáiz, que percibimos visualmente la extensión (1), cabría continuar nuestro examen con otro simbolismo matemático, diciendo que la respectiva visión de las dos rocas del chicuelo y la de cuantos se encuentren en situación parecida es en un caso de relación parecido a la geometría de *la cuerda y del arco del círculo*.

El debatidísimo, el eterno problema de la llamada *cuadratura del círculo*, base de tantas inútiles pesquisas matemáticas antes y después que las Academias del mundo enteró les cerrasen las puertas en unión de los de «la trisección del ángulo» y «el movimiento continuo», no es otro, en efecto, sino el planteado aquí... *Hay, por decirlo así, una visión real por el arco del círculo, y otra visión imaginativa o por la cuerda del mismo, y entrambas son tan antagónicas, o, si se quiere, tan incomensurables, como lo son entre sí la cuerda y su arco*, razón por la cual, como es sabido, la trigonometría ha buscado el medio de eludir la dificultad, comparando, no los arcos y sus cuerdas incomensurables entre sí, sino los valores métricos de ciertas líneas (*seno, coseno, tangente, secante*, etc.) (2). Entrambas visiones, *racconto admirable*, integran, como el arco y la cuerda dichos, o como la esfera y sus planos de sección, el eterno e inagotable jeroglífico de IO, ese jeroglífico arrancado a los cielos mismos, ya que el disco o círculo *permanente* de la Luna (disco siempre completo en un buen telescopio, merced a la llamada *luz cenicienta* de la parte oscura del astro) está siempre cortado por ese *arco* continuamente variable de

(1) *Percepción visual de la extensión*, por el P. Arnáiz. Monasterio de El Escorial, 1905.

(2) Véase el *Tratado de Trigonometría*, de Gómez Pallete, capítulo I.

separación entre la zona de la luz y la de sombra, que viene así a ser como la I dentro de su disco o círculo: **(I)** (1).

Entrambas visiones, la de la cuerda y la del arco, o sease la astral y la física, no tendrían, a guisa de verdaderos puntos nodales, sino dos puntos o elementos comunes, diferenciándose en todos los demás, cual se diferencia siempre esa *superficie nodal* llamada *paisaje*, no ya para los diferentes *modos de mirar* de cada uno de los seres que le contemplan, sino hasta para los diferentes *estados de alma* de cada persona, que en otras tantas ocasiones le visite (2).

«Si quieres ver en lo invisible, abre bien tus ojos a lo visible», se ha dicho en célebre aforismo oculista, pero hay que añadir que esos ojos que el hombre de ciencia, más que el hombre vulgar, tiene que abrir bien, no se refieren a los dos ojos físicos, sino a ese tercer *ojo de la intuición* tantas veces aludido... ¿Qué hay físicamente, a decir verdad, en el mejor de los retratos de un museo? Nada, sino unos *chafarrinones* de color. La prueba es que en el mejor de ellos, repetimos, un perro no conocería a su amo y si nada en dicho retrato alcanza a ver el perro, no es demasiado tampoco lo que alcanza a ver en él el niño, el cretino, el loco. Por el contrario, es sabido que en ciertas perturbaciones psicásticas, el enfermo puede ver en el cuadro escenas *astrales* que ni el propio pintor viese ni tratase de reproducir... ¿Acaso los millones de visitantes que han desfilado por el Museo del Prado, han alcanzado a ver todos en los *astrales* «Caprichos» de

(1) No acaban nunca, a bien decir, las correlaciones *poligráficas*, que se desprenden al estudiar cualquier *emblema* o *símbolo*, cosa harto natural, por otra parte, ya que la Ciencia es una y sintética, y que es privilegio de las ideas abstractas encerradas en aquéllos, el de poderse aplicar a infinitos casos concretos, sin perder por ello su abstracción pristina. Tal sucede en todas las leyes de la Geometría, razón por la cual, si bien estamos autorizados y hasta obligados a usar siempre del símbolo y aplicarle en todos los actos de nuestra vida—*balanza de la justicia, rectitud o línea recta en la conducta, normalidad*, y demás símbolos, al par morales que geométricos—, jamás podemos vanagloriarnos de haber encerrado símbolo alguno en ese nuestro pobre y estrecho lecho de Procusto que se llama humana *mente*. ¡Cuántas discusiones estériles, disputas y hasta guerras no se evitarían si nos diéramos perfecta cuenta del principio dicho!

(2) En nuestra *Conferencias teosóficas en la América del Sur* (tomo I, página 331) desarrollamos una fantasía científica acerca de «lo que puede en sí ser un árbol y las infinitas representaciones que del mismo se hacen otros tantos seres». Traeríamos a esta nota dicha fantasía, si no bastase con lo dicho al lector.

Oya las larvas, vampiros y demás «invisibles visibles» que todos hemos contemplado más o menos en las pesadillas de nuestra adolescencia y en los delirios de la calentura y que nadie que haya empleado esas *ganzuías* que se llaman opio, *haschis*, éter sulfúrico, etc., ha dejado de ver una y mil veces?

Hemos usado el símil de la cuerda y el arco con sus respectivas e incommensurables *visiones*, pero acaso se trata de algo más que de un símil como parece, porque la visión *astral* y la *física* como aquellos dos componentes de arco y cuerda *no tienen sino dos puntos nodales o comunes*, siendo diferentes todos sus demás puntos. Dichos dos puntos comunes son los elementos *permanentes* del paisaje y la conciencia subliminal que tenemos de la identidad y permanencia de nuestro *Ego*. Todo lo demás es diferente de un momento a otro de nuestra vida, porque si nada hay inmutable en los cielos y si astros y nebulosas cambian a la continua, mucho más cambia ese caleidóscopo que llamamos *hombre*, envuelto y agitado como lo está siempre en el revuelto mar de sus pasiones, que le combaten cual combaten las ondas del proceloso mar a la frágil barquilla que le cruza.

El mundo de la llamada realidad física no es sino uno de los infinitos puntos de lo astral, de la realidad *imaginativa*, la realidad de ese amplísimo mundo de los *jinas*, como cada superficie no es sino una entre las infinitas de cada volumen, y la línea o el punto una de las infinitas que cabe trazar respectivamente en el mundo de la superficie y el de la línea, porque es ley del paso de una *dimensión* a otra, la de que la *dimensión concreta* de cada orden contenga *infinitas dimensiones* o elementos de la dimensión que la precede, o dicho sea en nuestro lenguaje simbólico, *no puede pasarse de una a otra dimensión, de uno a otro modo de ver o mundo sin invocar de hecho el sacrosanto e inefable nombre de IO...* ¿Acaso no se afirman, sujetan y afianzan las cosas de tres dimensiones mediante *nudos*, nudos que en las experiencias espiritistas del profesor Zölnner con el medium Slade, se hicieron y deshicieron astralmente en cuerdas cerradas por sus dos extremos? (1) Pero no hay que olvidar que, para hacer un nudo, hay que curvar la cuerda en forma de O, de la O de IO, y luego pasar describiendo otra O con uno de los cabos en torno de un punto cualquiera de la O primeramente formada, y tan luego como el cabo empleado atraviesa a dicha primera O de parte a parte cual la atraviesa la I de IO, queda formado el nudo. Otro tanto acontece con los llamados *nudos pla-*

(1) *Hipnotismo prodigioso*, por Aymérich, t. I, pág. 161.

nos o de dos dimensiones Ω (otro jeroglífico de IO) que nosotros, seres de *tres dimensiones*, desatamos con sólo destorcerle, sin necesidad de tocar los extremos de la cuerda, cual los seres de lo astral desatan nuestros nudos... Mas, ¿a qué hablar de *Nudos* astrales de *Oordio* ni de esotros nudos de los quipos peruanos y europeos primitivos, si hasta la Tierra y los demás planetas echan en el espacio con sus órbitas y sus movimientos de rotación y de traslación en ellas, verdaderos *nudos*, nudos que, dada la traslación a su vez del Sol en torno de otros centros ignorados, no son sino espirales o *Serpientes* cuyos *anillos mágicos* no son sino sus años respectivos?... Todas las leyendas relativas a los *anillos mágicos* entrañan veladamente estas verdades sublimes, porque así como el círculo se engendra girando un segmento rectilíneo en torno de uno de sus puntos, y la esfera (círculo de tres dimensiones) a su vez se engendra girando un círculo sobre uno de sus diámetros (cual el del símbolo $\textcircled{1}$), el anillo no es sino el volumen engendrado por la esfera girando en torno de un centro imaginario de su masa, o sea exterior a ella misma. Por eso la huella astral que deja un planeta en el espacio, no es sino un anillo... ¡El Anillo Infranqueable para cuantos seres físicos en el planeta habitan, que dirían las Teogonías!

El lenguaje matemático que venimos empleando hasta aquí nos permite añadir que, siendo la diferencia entre el arco y la cuerda que él subtiende, una variable, un infinitamente pequeño, que puede ser menor que cualquier cantidad dada puesto que tiene a *cero* por límite, en lo infinitamente pequeño, esta diferencia es también ínfima, o en otros términos, que la visión astral, o la etérea que la precede, no estriba sino en una percepción más intensa, más minuciosa y atenta, más íntima e ínfima, por decirlo así: «si queremos ver en lo invisible, debemos abrir los ojos a lo visible», mediante el empleo de la imaginación creadora, que, al carecer en sí de toda medida física de *dimensión* inferior a la suya, nos permite mezclarlo todo en caos que acaban por ser síntesis; dominarlo todo, pues que ella nos emancipa del tiempo, el espacio, la cantidad, el peso, el orden y cuantas cosas *físicas* tenemos por leyes inmutables de nuestro físico mundo, en el que, en parte, somos aún animales, y en el que, sólo por la imaginación y la intuición superrazonadora, somos, o empezamos a ser ya, hombres verdaderos.

Estos ínfimos detalles físico-astros referidos, estos *infinitamente pequeños* diferenciales entre el arco y la cuerda mínimos, han sido la base de los triunfos más resonantes de nuestras todavía, sin embargo, modestísimas ciencias... Una diferencia del orden de las diezmilésimas, entre las

destilaciones fraccionadas del aire, hicieron descubrir el primero de los llamados *gases nobles*, en el seno del nitrógeno atmosférico; otra diferencia de escasos minutos, entre lo calculado y lo observado respecto a los eclipses de los satélites de Júpiter, permitieron descubrir y medir la velocidad de transmisión del rayo de luz, no obstante ser casi instantánea ella (300.000 kilómetros por segundo). Las mediciones micrométricas, los cálculos medidas de las vibraciones del éter; los prodigios amplificadores del microscopio y del telescopio (quienes desde punto de vista contrapuestos, ahondan más y más en esa diferencia simétrica-matemática del arco y su cuerda en *el límite*) son algo portentosamente mágico y *astral*, al par que físico..., y no sigamos avanzando sobre el particular, porque caeríamos en los misteriosísimos problemas del espectroheliógrafo y sus aparatos similares y del ultramicroscopio y los suyos, en los que ya se adivinan, no que se ven, con unos los astros oscuros cual la compañera de Algol o las de tantos otros soles dobles, y con otros, la divina textura solar-planetaria del *ión* con sus *electrones* casi (1).

Todo esto no es sino el fruto de la perspicacia de los sabios, pero, ¿qué más no verían, aún, si la santidad y el ascetismo más admirable, les abriesen aún más los ojos, cual sucede en la Iniciación, despojándoles de ese Velo de la Carne y también del escéptico positivismo que a muchos de ellos aún domina? Esa *ecuación personal*, velo de los defectos de cada cual y que es el mayor escollo de la investigación científica, desaparecería.

Dejando a un lado estas cuestiones, cuestiones a bien decir inacabables, insistiremos una vez más en esa ínfima diferencia con la que el hombre honrado y estudioso penetra, tarde o temprano, *con las meras armas del sentido común*, auxiliado por las dos palancas invencibles de la virtud y del estudio, en ese doble mundo astral-físico donde viven los *jinás*, mundo que sólo nos está hoy vedado por temor al abuso y donde viviremos sin duda nosotros también después de ese segundo nacimiento al que llamamos muerte física.

Vea el lector la deliciosa leyenda persa que tomamos del *Sha-Nameh*, el poema de Firdusi, ya aludido en otro capítulo, con motivo de los *jinás*, y en el que su autor empleó nada menos que treinta y cinco años de su vida para poder recoger en él las leyendas órales de su pueblo (2).

(1) Alguno de estos particulares están más desarrollados en nuestros libros *Hacia la Onosis, En el umbral del Misterio, Evolucion Solar y Conferencias en América del Sur*.

(2) De Firdusi y su poema del *Sha-Nameh* se ocupa extensamente, además

El señor Brunet la copia de la traducción francesa de Molh, y dice así:

«Cuando los embajadores de Cosroes Parvia, fugitivo, estaban en Constantinopla negociando su alianza con el César bizantino, los romanos prepararon una figura mágica para poner a prueba la perspicacia de los embajadores del Irán. Cuando el Sol palideció en la constelación de..., el César dió órdenes a los magos para que reflexionasen hondamente acerca del fenómeno celeste. Preparad, les dijo, una obra maravillosa de Magia: una figura de la más hermosa mujer, sentada en su solio, vestida de larga túnica, con dos camaristas a los lados y dos esclavas, una delante y otra detrás. Esta figura, con cara de luna, hecha con tal maestría que nadie sea capaz de distinguir de un cuerpo humano, estará sentada en el trono sin hablar palabra, cual mujer que está llorando una gran pena. De cuando en cuando ella levantará una mano para enjugarse una lágrima de tal modo, que todo el que la vea de lejos la tome por una hermosa mujer de brillante rostro, obscurecido por llorar amarguísicamente a su Mesías..»

Colocada en lugar conveniente la mágica figura, uno de los consejeros se lo notificó al César, quien, sin pérdida de tiempo, corrió a contemplar

de César Cantú y de otras Enciclopedias, la interesantísima obra *El Ajedrez, Investigaciones sobre su origen*, por D. José Brunet y Bellet (Barcelona, 1890), obra que no tendría *pero* si no acogiese los errores y absurdos que corren como autoridad de «cosa juzgada» entre los Indianistas de la revista «*Asiatic Researches*» (hombres doctos cuanto llenos de prejuicios hijos del orgullo europeo), para demostrar que el admirable cuanto antiquísimo juego no proviene de la India sino de Egipto. Cuando nos ocupemos de *La Magia* en otro tomo de esta BIBLIOTECA, le tocará su turno a esta invención sacerdotal y simbólica del *ajedrez*, salida, según todas las probabilidades, de los templos iniciáticos de la Atlántida primitiva, cosa que, dicho sea de paso, conciliaría las opuestas opiniones del autor, por un lado, y por otro de clásicos de la talla de Sir William Jones, el capitán Hiram, Cox, Duncan Forbes, Dr. Hyde, Van der Linde, Freret, Morphi y demás *campeones* del mundo.

El Sr. Brunet Bellet consagra nada menos que 25 páginas al poema de Fir-dusi, *Libro de los Reyes, Sha-Nameh* o *libro de la reina IO*, como acaso se puede más bien decir. Un estudio detenido podrá demostrar si dicho *poema iniciático*, que tanta semejanza de fuentes tiene con la *Ilíada* y con el *huestro del Mo-Cld*, es original del siglo XI, o data más bien de una época prehistórica, contra lo que hoy afirman todos los eruditos, y el *Fir-dusi* no hizo sino darle nueva forma o arreglo, por aquella misma época en que las hazañas prehistóricas de Alcide cristalizaban míticamente sobre la cabeza del Campeador y también cuando comenzaban a recibir nueva vida los Códices ogámicos prehistóricos de los Tuatha de Danand galatco-Irlandeses. La confusión que entre unos y otros tiempos hacemos por nuestra miopía acerca del gran proble-

la imagen, quedando prendado de la justeza de su parecido, y mandó en seguida comparecer ante él a Gustehem, el embajador, diciéndole: —¡Oh, héroe ilustre! Tengo una hija como una primavera, que ha crecido y está en edad de casarse. Yo tenía un parlente ambicioso de gloria, a quien había dado mi hija conforme al rito del Mesfas. En la ignorancia *del porvenir* yo la hice despojar de su velo, enviándola al palacio de su esposo; pero cuando a él llegó, el esposo había volado al cielo... Ahora yace mi pobre hija sumida en la tristeza, y hasta la brillantez del día ha palidecido, como véis, para asociarse a la pena de ella. No hay quien la haga pronunciar palabra; rechaza mis consuelos y consejos y el mundo entero, que me parecía antaño tan bello, hoy me es odioso a causa de este disgusto. Tómale, pues, la molestia de ir a verla y hazla reflexiones justas. Como tú eres joven y hermoso y de la noble raza de los *pehle-wans*, tal vez contigo desate su lengua al fin. *Guste-hem* le respondió respetuoso: —Voy a probarlo con la esperanza de despertar su sensible corazón.

Fuese, pues, el hombre ilustre con el corazón abierto y lleno de cle-

ma de la Atlántida y de los tiempos que a la catástrofe subsiguieron, es análoga a la que en su día acaccerà quizá con los llamados *Renacimientos*. Basta que un pueblo retorne a las leyendas de su pasado y se las apropie egoísta—cosa por desgracia harto humana y frecuente—, sin decir la procedencia, o bien sin ocuparse de ella, para que tiempos después llegue a creerse a estas leyendas como muy posteriores a la fecha de sus orígenes, si es que tales orígenes tienen fecha y no son tan antiguos como la propia Humanidad bajo la tutela de sus Divinos Reyes tantas veces aludidos en nuestros trabajos. La *porfirización* o *empaste* de aquellas viejas leyendas, con cosas sí del siglo XI, sería una de tantas de las practicadas en el curso de la Historia por todo pueblo, cuando, aleccionado por la desgracia o aterrado bajo el peso de su poder, vuelve los ojos hacia las cosas y recuerdos de sus mayores; es decir, de sus *héroes dioses y jinas*...

Firdusi cuenta que empleó treinta y cinco años en componer su poema por orden de Maha-mond, el hijo de Sebekte-ghin, y lo terminó cuando ya tenía setenta y un años de edad, *el día de la Encarnación* del año de 1010—¡curiosa coincidencia de fecha que recuerda el anagrama que ya vimos de *Las Mil y Una Noches* o de IOIOI El verdadero nombre de *Fir-dusi* era el de *Abon'Ska-sin* y el sobrenombre de *Fir-dusi* equivale a como si dijéramos *el Paradisiaco*. Que no se trata efectivamente de un poema hecho sólo en el siglo XI, lo muestran sus anacronismos, tales como el que puntualiza Brunet en la nota 3.ª a la página 142, relativo a Hara Vardana, el gran rey de las cinco Indias.

En otro tomo de esta BIBLIOTECA estudiaremos más al pormenor la obra de nuestro compatriota, y sus eruditísimos estudios acerca del más noble y simbólico de todos los juegos.

mencia hacia la figura. Sentóse humildemente ante ella y, empezó a dirigir sabios consejos y elocuentes discursos a la dolorida, diciéndola al fin: —¡Oh, hija de los Césares! Un sér dotado de racionalidad nunca se queja de lo que la suerte le depara, ya que ni el león en la selva, ni el pez en el agua, ni el águila en la cumbre escapan al morir—. Pero las palabras del Pehle-wan se las llevaba el viento, porque sólo tenían ante sí a un cuerpo sin alma y una cabeza sin lengua, que derramaba y recogía con su dedo gruesas lágrimas, rodando de sus mejillas ante aquel elocuente sanador. Al fin el César le tornó a llamar, preguntándole: —¿Qué te parece, pues, de esa hija cuyo duelo me llena de pesar?— A lo que el embajador respondió: —La he procurado dar mis consejos mejores, sin lograr resultado alguno.

Al día siguiente el César dijo a Baloni: —Id hoy todos juntos, tú y Eridán, y Schaper, ese hombre de excelsa cuna, os ayudará en la empresa de ver de conseguir que mi corazón pueda volver a regocijarse con mi hija. Id; habladla del glorioso rey..., tal vez ahora logre que enjugue sus sangrientas lágrimas.— Los tres nobles persas fueron a ver a la joven; los tres a porfía la hablaron de glorias, de combates; pero ninguno logró la más mínima atención ni respuesta de la mujer muda... No habiendo encontrado recurso práctico con ninguno de aquellos hombres ilustres, se apresuró a dirigirse al noble Karrad, el hijo de Berzin, diciéndole como a los otros: —Tal vez tú, a fuer de prudente y glorioso, me sacarás de lo que nadie me ha sacado...— Llegado Karrad, el hijo de Berzin, ante la mujer esfinge, se puso a examinar atentamente su cara, manos y diadema, permaneciendo ante ella largo rato, y la engañadora figura le saludó. Miró entonces con mayor detenimiento y de pies a cabeza a aquella mujer, así como a las que le rodeaban; hablóla mucho, pero ella no le contestó; hasta que el descendiente de cien reyes entró en vivas sospechas, diciendo para sí: —Si el dolor ha vuelto insensible a esta desdichada mujer, ¿por qué las criadas son mudas también? Si llorase de veras sería natural que su dolor disminuyese. Sus lágrimas caen en su seno, sin que ella se mueva a derecha e izquierda lo más mínimo, y al verterlas siguen siempre la misma dirección poniendo ella su mano siempre sobre el muslo del mismo lado; pero si dentro de esa figura hubiese verdaderamente un alma, ella movería todo el cuerpo y no sólo una mano y un pie, y, además, las lágrimas caerían en todas direcciones; y puesto que yo no observo verdaderos movimientos vitales en ese cuerpo, estoy frente a un nuevo artificio de los filósofos. Volvióse, pues, ante el César, a quien dijo sonriendo: —Esa mujer de cara de luna no tiene alma y es, pues, un autómeta hecha por los romanos, cosa

que ni Baloni ni Guste-hem han sabido conocer. Te has querido reir de los iranos o engañar nuestra vista; pero no será ahora poco lo que se ría el rey Cosroes cuando sepa la aventura... »



Después de lo que dejamos intuir acerca de los *jin*s con la abigarrada mezcla de ideas que anteceden, se nos ocurre pensar que algo muy grave y muy fundamental, algo de importancia vitalísima nos separa, al menos durante esta vida, al hombre y al *jina*. Una barrera infranqueable hasta hoy, por medios fisiológicos al menos, mucho más terrible que la que separa a los animales acuáticos de los terrestres, pues ellos siquiera pueden verse unos a otros, cosa que no acontece a aquéllos.

Esta última consideración nos lleva de la mano a un triste terreno, sobre el que no se meditará nunca lo bastante. Penetrar en él da frío: *el filo astral* más de una vez, a bien decir.

A lo largo de las leyendas y enseñanzas transcritas, en efecto, en este libro, surge una revelación dolorosa, que, cual áspid entre flores, nos muerde por sorpresa y nos paraliza el corazón. El lector se habrá preguntado, en efecto, el por qué de la triste separación que hoy media entre *hombres* y *jin*s, y el por qué del *Velo* que permite a éstos vernos, y no, recíprocamente, el que nosotros les percibamos a ellos. ¿Por qué, además, vemos quedarse ciegos, o sufrir otros estragos semejantes a los infractores del secreto de este mundo misterioso?

Recordemos a este propósito que dos de los poetas épicos más grandes de la Historia, *Homero* y *Millon*, fueron ciegos, y que otro poeta épico, lírico y dramático, en nada inferior a éstos, aunque escribió *epopeyas musicales* en vez de epopeyas literarias, músico gigante sin rival en el mundo, el mago Beethoven, en fin, quedó desde su juventud rematadamente sordo, es decir, ciego para la música, lo que no impidió, sin embargo, como es sabido, el componer después, las mejores obras musicales que conocemos, su *Novena Sinfonía*, su *Misa en Re*, sus últimas *sonatas* para piano, y sus más grandiosos *Cuartetos de cuerda*, obras precisamente escritas en la última época del genio, y *jamás oídas en su sordera* casi absoluta por aquel titán, inocente, sin embargo, como un niño.

A estas tres figuras de primer orden de la Historia humana, podríamos agregar otras muchas de segundo orden, y aún traer también a la lista los infinitos sabios que han muerto precisamente víctimas de aquellos sus descubrimientos, con los que venían a enriquecer o ennoblecer a la Huma-

nidad. Swartz, al descubrir la pólvora; Franklin, al encadenar el rayo; Juan Sebastián Bach, al perder también la vista por los esfuerzos hechos en su juventud para copiar a la luz de la luna partituras clásicas que su hermano le negara; los conquistadores de América, muertos de hambre sobre sus tesoros y afrontando todo un mundo desconocido de peligros con un puñado de nada celestes héroes; los exploradores polares; los aviadores modernos; los mismos héroes conocidos o anónimos de la presente guerra; en suma, cuantos, desde el valle hondo y oscuro de nuestra humana pequeñez, se han sentido titanes, y como titanes, han querido medir sus fuerzas con la Naturaleza rebelde y siempre avara, hasta de sus secretos más nimios.

La fábula, pues, de Prometeo, el prototipo de la Humanidad rebelde que quiere escalar la altura y encender su antorcha en el Sol para beneficiar a los pequeños que carecen del divino Fuego de la Mente, es algo más que una simple fábula. Pero, digámoslo sin ambages: Prometeo despierta reacciones de fuerzas dormidas, adecuadas y opuestas a su acción, fuerzas que, de descuidarse el rebelde, el *conquistador de los cielos por la violencia*, que diría Jesús, caen vengativas sobre él, y si pueden le dejan ciego física y moralmente, o bien le imposibilitan para una acción ulterior, haciendo que el buitre de la Inacción y de la duda le corroa las entrañas—porque, dentro de la ley de correlación de fuerzas, el duelo es a muerte, y una fuerza ha de desaparecer para dar lugar a otra, criterio de eterna lucha y eterno transformismo con lo que muchos pretendidos filósofos sin alma han querido justificar la guerra entre los hombres, despojándola de su triste carácter, de un mal quizá necesario de nuestra animalidad, pero absolutamente contrario al dogma único de la fraternidad humana, ya que los hombres no deben guerrear entre sí, sino con la rebelde naturaleza, que, como Wotan a Sigfredo, pretende siempre cortarnos el paso en nuestros progresos.

El problema planteado es muy complejo.

Desde luego, si un espejo no puede reflejar a la vez el cielo y la tierra, se comprende bien que al materializarnos de un modo u otro, perdemos de vista las realidades superiores. Todo está en razón inversa con algo que se le opone al modo de cómo en la ley química llamada de Dulong y Petit, los calores específicos, que son fuerza, están en razón inversa de sus pesos atómicos, que son materia. De la nada, no se hace nada; y al ser todo a costa de algo, se comprende bien que hayamos perdido la visión transcendente (espiritual, astral y etérea); al pagarnos demasiado de las realidades que nos rodean. Ved las diferencias que en el grado de inspira-

ción literaria median cuando se tiene hambre, cuando se está satisfecho y cuando se está harto. Ved las infinitas tonalidades que en nuestra psiquis imprimen los infinitos grados de depresión dolorosa y de alegría, sin contar la gamma también infinita de los excitantes contra natura: alcohol, café, tabaco, aschish, opio, etc., etc., y decidme si en cada uno de estos grados no existe una tonalidad respectiva diferente de las otras, que permita ver con unas lo que con otras es invisible.

Esto, en cuanto al por qué no vemos a los *jinas* y ellos sí a nosotros. Nuestros defectos morales, simbolizados todos en la caída de la Atlántida, nos han cegado hasta el punto de apartarnos como por un abismo de ese mundo etérico y astral en que los hombres de las primeras razas vivían. Abusó entonces de sus poderes el hombre, y la consecuencia fué la limitación de estos mismos poderes. Empleó para mal su conocimiento de estas realidades bellísimas del mundo de los seres naturales, y *quedó ciego*, porque, efectivamente, acabó de perder el tercer ojo, ese de la *hipófisis* craneana, que constituía, según la leyenda empezada ya a ser confirmada por la ciencia, *el Ojo de la intuición* o de los cíclopes, con el que pueden sólo verse aquellos mundos.

Las leyes naturales son inexorables, y no tienen por qué rendirse a nuestros caprichos. Venido a la tierra el hombre para desarrollar su mente, le es forzoso aprender, ora por la vía fisiológica de la ciencia que nos legaran nuestros antecesores y la constante guía y apoyo que ellos, invisibles, nos prestan, ora por la vía patológica del dolor y de los supuestos castigos, que no son expiaciones sino enseñanzas *kármicas* para todos aquellos que desconociesen, a propio intento, la suavísima ley del deber o del *dharma*, que es por lo que se ha dicho que el delincuente tiene derecho a la pena como el niño al alimento. Siempre, siempre en el drama de la vida, hay una, y a veces dos voces, del Inconsciente, que es nuestro Dios interior, y de esos protectores advirtiéndonos el peligro; pero cuando nuestra insensatez nos ciega, sin embargo, se hace preciso que el acicate del dolor y la sanción natural o social venga más duramente a despertarnos. De aquí la miseria en el mundo.

Ya *Las Mil y Una Noches*, canon incomprendido de una ciencia de la vida, nos ha pintado de mano maestra esta misma enseñanza con la *parábola* o cuento del ciego *Bab-Abdallah*, aquel hombre-símbolo de todas nuestras concupiscencias codiciosas que, cual el perro con la maza de carne de la fábula, no se supo ceñir a un sensato disfrute de los dones del Destino, sino que se buscó él mismo, por su terquedad, su propia ruina.

Narremos, en extracto, tan instructiva historia.

El famoso califa de Damasco, Harund-al-Raschid; prototipo de todas las versiones árabes de *Las Mil y Una Noches*, quien, como es sabido, administraba sabia justicia entre los suyos disfrazándose de mercader muchas veces, para mejor informarse de las necesidades de sus súbditos, tropezó con el ciego Bab-Abdallah (El Hombre de Dios), quien, después de recibir la limosna, le rogó encarecidamente que le abofetease. Ante semejante deseo del ciego, de ser así escarnecido por todos los que le socorrieran, el califa, extrañado, le pidió que le contase su historia... que es, acaso, la de la Humanidad entera, después de la caída de la Atlántida y la desaparición de los Misterios iniciáticos en que estas y otras cosas transcendentales del *Ultramar de la vida*, se enseñaban por símbolos.

El ciego refirió que, cuando era joven y gozaba de excelente vista, yendo un día con su caravana comercial, tropezó con un dervish (o como diría un ocultista, con un Mahatma o Maestro), quien le dijo que podía enseñarle un tesoro tan inmenso, que ningún otro de la tierra se le podía igualar. Lleno de codicia, se apresuró a ir Bab-Abdallah con el dervish, a un recóndito valle entre dos montañas y, allí, con ceremonias idénticas a las de la leyenda del mago y de Aladdín, el dervish le descubrió ese mundo encantado de riquezas sin cuento, tantas veces descrito. Ciegos de codicia, cargaron Abdallah y el dervish cuantos camellos llevaban, que eran ochenta, y el solitario cogió además cierta insignificante cajita con una pasta al modo de un ungüento (1). Se trató después, entre ambos, de

(1) A propósito de tesoros, recuerdo el caso de un amigo mío que se vio favorecido por un cuantioso premio de la lotería, pero que, en el período que siguió inmediatamente a su suerte—suerte más relacionada, a veces, con los *djins* de los tesoros, de lo que buenamente se puede creer—, se vio aquejado de centenares de dolores, contrariedades y desgracias, entre ellas la pérdida de su esposa, bajo una enfermedad que acaso pudo curar. Semejante mala racha siguió hasta que hubo agotado así—como otros lo agotan en juego u otros vicios—el total importe de su malaventurada lotería.

Otro caso histórico aun más terrible me narraron en cierto pueblecito del Bierzo, galaleonés, referente a una familia que estaba casi en la miseria. El jefe de ella descubrió en sueños un tesoro, y dando crédito a lo con todo detalle soñado, quiso empezar las excavaciones en aquellas regiones tan llenas de tesoros efectivos, dejados por iberos y grecorromanos, en las cuencas del Sil y del Cúa. Como le faltaban medios pecuniarios para ello, acudió a un vecino suyo, quien fingió estar dispuesto a ayudarle, si le revelaba el secreto del escondrijo. Así lo hizo el infeliz; pero el vecino, bajo fútiles pretextos, renunció a la empresa, con el villano fin de acometerla por sí solo, a expensas del revelador, como lo hizo. El tesoro, encontrado puntualmente por el veci-

partir la carga, el tesoro, para lo cual era también preciso partir los camellos. Abdallah se avino a ello, aunque con reptignancia, porque dolla a su codicia insaciable el dar—¡eterna ingratitud de los hombres!—la mitad de sus camellos a aquél que, precisamente, acababa de hacerle el hombre más rico del mundo. Realizó la partición por mitad, al fin, con el dervish, pero, no bien se hablan separado un corto trecho, cuando Abdallah pensó que, pues, parecía tan bondadoso el anacoreta, fácilmente se averdría a dejarle diez camellos más con sus cargas, pues así y todo le restarían treinta. Tornó, pues, sobre sus pasos, hizo la proposición al dervish y vió con alegría que éste sea venía bondadosísimamente a sus codicias. Separóse segunda vez de él y segunda vez se vió tentado a pedirle otros diez camellos. En suma, que, yendo y viniendo así, acabó por pedirselos todos los camellos con sus cargas al dervish, a lo que éste se avino gustoso y lleno de generosidad.

Bab-Abdallah emprendió, envuelto en mil fantasías, el camino de su ciudad; pero, por lo que se vió, aún no estaba satisfecha su codicia con llevarse todo el tesoro y todos los camellos, así que, volviendo una vez más hacia el dervish, le pidió también la insignificante cajita, única cosa del tesoro que habla aquél retenido, rogándole al par que le explicase su uso.

—Contiene, le dijo el anciano, una pasta de substancia tal, que, frotándose con ella el ojo izquierdo, se llegan a ver y saber todos los tesoros del mundo, pero si después de ello se toca uno en el ojo derecho, instantáneamente queda uno ciego.

La codicia de Abdallah rompió con ello todo freno, y ansioso por ver más tesoros, se untó, contra el consejo del anciano, el ojo izquierdo, y, como efectivamente viese infinitos tesoros, quiso aún duplicarlos, untán-

no, llenó con creces todas sus codicias, pero no tuvo ni la menor atención con el que se lo habla descubierto. No pensó el talmado, sino en gozar espléndidamente de sus repentinas riquezas; mas, bien pronto empezaron a avasallarle desgracias imprevistas y aterradoras. Su hijo primogénito falleció, repentinamente, de una enfermedad horrible, no bien terminada su carrera de Derecho, y a los demás miembros de la familia les acaecieron serie de males sin cuento, que no hay para qué recordar aquí. En los lejanos herederos de aquella familia es donde he visto la más hermosa colección de pepitas de oro que pueda hacer la riqueza de un museo.

El tesoro de Atrée y las desgracias de los Atridas, sin un gran esfuerzo de investigación, podrían traerse aquí, como igualmente centenares de casos históricos parecidos, que pasan, sin embargo, por leyendas a los ojos de nuestra miopia.

dose el otro ojo, con lo que quedó al punto ciego efectivo, como antes estaba, en verdad, *ciego por la codicia*. No le quedó, pues, a este prolotipo de la también ciega Humanidad, víctima de incurables prejuicios que no le dejan ver las realidades transcendentales, sino ponerse a mendigar por los caminos, recibiendo resignado todos los baldones de los transeúntes, como la Humanidad, a quien simboliza, recibe por su codicia y su ceguera, todas las humillaciones y los bofetones más crueles del Destino.

No hay para qué añadir que al desgraciado comerciante Abdallah, le acaeció igual que al maestro del relato de Olcott, con el mundo encantado de los *jinás*, su vida, ulterior al suceso, fué una continuada desdicha.

Si eso ocurría en el año de la *Nana* o era de la Luna, Nana o Anaith persa y en otras épocas tales de *Las Mil y Una Noches*, veamos qué acontece hoy a virtud de la terrible guerra mundial en países que quedaron neutrales, cual Suecia y los Estados Unidos.

Un interesante artículo de D. Salvador Muñoz, publicado en un diario, bajo el título de *Demasiado oro: Los Estados Unidos lo rechazan y Suecia lo descalifica*, nos enseña prácticamente qué podría esperarse si la barrera entre la mísera Humanidad y los acaudalados *jinás* se rompiese un día, sin estar más espiritualizados que lo estamos hoy día viniendo a nuestras manos los infinitos e inauditos tesoros que ellos ocultan.

El artículo en cuestión—que no tiene desperdicio en punto a enseñanza—dice así:

• Los Estados Unidos están temiendo que la lluvia de oro que la guerra viene arrojando sobre ellos acabe por romper el equilibrio económico, y piden que, en lo sucesivo, los aliados guarden su oro y reconozcan simplemente sus deudas a los grandes vendedores yanquis.

Al mismo tiempo, Suecia, que también viene obteniendo grandes beneficios, ha señalado la depreciación del precioso metal.

En Estokolmo, el Estado, que venía pagando la libra de oro puro a 2.480 coronas, no lo acepta hoy más que al precio descalificado de 2.232 coronas

Esta formidable riqueza ha transformado las costumbres y los hábitos de la vida.

El Mercurio de Francia da detalles muy curiosos acerca de la situación extraordinaria que el exceso de oro ha deparado a los Estados Unidos. Nueva York, que ha llegado a ser el centro financiero del mundo, se enriquece, no por días, sino por horas. El oro está en tal abundancia, que las gentes no saben en qué gastarlo, y el Gobierno se propone hacer grandes compras en Inglaterra y Francia, a fin de descargar un poco el país, del exceso aurífero.

Este exceso ha elevado el precio de la vida en proporciones increíbles, comparadas con las cuales las que ha adquirido en Europa son insignificantes. La clase media no puede materialmente vivir en los Estados Unidos. Por eso, a cada nuevo pago en oro que los aliados hacen, se abre en el país una vivísima protesta.

Toda la Prensa americana lamenta esta «peste de oro» que ha caído sobre aquel continente. La vida se ha transformado, principalmente en los Estados Unidos, y de modo especialísimo en Nueva York. No se respira más que olor a dinero. La famosa «Fifth Avenue», la calle donde habitan casi todos los multimillonarios, ha llegado a ser pequeña para el gran número de palacios que continuamente construyen en ella los nuevos ricos. Jamás los cafés, los restaurantes, los bares se han visto tan concurridos. El vicio se ha extendido de un modo aterrador.

El *Hapers Magazine* refiere, a este propósito, alguna de las insensateces, de las extravagantes locuras que están cometiendo los nuevos ricos yanquis. En Nueva York, como en las demás ciudades, la depravación moral parece ser el corolario lógico de la necesidad de gastar el oro. Cuando se trata de gastar, nadie repara en millón más o menos. Se construyen palacios, hoteles y casas de recreo; compran joyas en cantidades fabulosas; pero el oro afluye sin cesar y es preciso inventar otra cosa para hacerle desaparecer.

Un diario de Nueva York refiere que un multimillonario que daba un baile para celebrar el cumpleaños de su hija, envió dos trenes especiales para conducir a los invitados desde la capital a la quinta donde la fiesta había de tener lugar. Otro multimillonario ha adquirido un automóvil especial para sacar diariamente a que le reconozca el veterinario a un canario, por el que su mujer siente especial predilección.

Sin embargo, hay que reconocer que no todos los millonarios se entregan, ni mucho menos, a semejantes extravagancias. Los hay que viven con la mayor sencillez y dedican gran parte de su fortuna a las obras de beneficencia. Pero la guerra ha hecho nacer docenas de millares de nuevos ricos, que ignoran las nobles tradiciones de un pasado reciente.

¡Extraña guerra, que en el país de los millonarios, de los reyes industriales, del comercio extraordinario y de la riqueza, habrá saciado la sed del oro y colmado la plétora comercial, caracterizada por el hastío de los negocios!

Estamos asistiendo al trastorno de todos los valores, y, andando el tiempo, ante la Historia, parte de la Humanidad aparecerá como si hubiera caminado con los pies en alto y la cabeza en tierra.»

Vemos, pues, una vez más, reproducida en nuestros tiempos, la historia española del descubrimiento y conquista de América.

Las inauditas proezas de los españoles en aquel continente, llenen todo el sello de aquellas otras que Kingsley nos refiere con cargo a los famosos argonautas o *gentes lunares* que, comandados por Jassón, fueron a la Cólquide en demanda del *Vellocino* o *Toisón de Oro*. Todavía no ha venido un verdadero poeta épico que, superando a Martín del Barco Centenero en su *Argentina* y a Ercilla en su *Araucana*, reúna en prodigiosa síntesis ese increíble conjunto monstruoso de heroísmo y crueldad, luz y tinieblas, generosidad y codicia característica de las gentes que con Hernán Cortés acabaron con el Imperio azteca, con Francisco Pizarro, el de los incas; y con hombres del temple de Vasco Núñez de Balboa y de Gonzalo Jiménez de Quesada bordearon esa mágica región de *El Dorado*, mitad real, mitad fantástica, pero tras la que se oculta, sin duda, ni más ni menos que en las empresas del *Vellocino* todo el gran secreto de los *Jinas*.

A consecuencia de la Embajada española de Clavijo y del veneciano Marco Polo, con los diamantes a calces del *preste Juan de las Indias*, cuanto de las más o menos veladas revelaciones de monjes como Rubruquis, hombres de imaginación poderosa y ánimo esforzado soñaron con la India y con sus caminos por Occidente y por el Sur, dada la redondez de la Tierra, enseñada por la tradición secreta de pitagóricos y de gnósticos. Colón, Vasco de Oama y Magallanes son los hombres representativos de tamañas empresas, en las que no sólo se descubrió un mundo material, sino que estuvo quizá a punto de ser descubierto el mundo de los *Jinas*, oculto a las miradas de los hombres desde la catástrofe atlante y de su recuerdo con la ruina del Ocultismo y sus Misterios Iniciáticos, sepultados por Alejandro en Oriente y en Occidente por César.

Las todavía inestudiadas *Crónicas de Indias*, en las que hombres como Sahagún, Solís, Garcilaso, el Padre Durán, Las Casas, Cleza de León, Oviedo, Castellanos, Pedro Simón, Fresle, etc., etc., mezclando lo divino con lo humano, tienen interesantísimos detalles relativos a lo que podríamos llamar el Ocultismo en el descubrimiento y conquista del Nuevo Continente. De las relativas sólo a Colombia y Venezuela, nuestro amigo Ciro Bayo nos ha dado un hermoso libro bajo el título de *Los Caballeros del Dorado*, de los cuales nos cuenta, con cargo a dichas crónicas, cosas originalísimas (1).

(1) El protagonista de la famosa obra, de Voltaire, *Cándido* o *el Optimismo*, viaja por la provincia de *El Dorado*, que el autor sitúa en la Guayana. Cándi-

•En la primera campaña de Pedro Heredia desde Cartagena de Indias hasta las fronteras de la gobernación de Santa Marta, logró arrebatar a los indios tesoros inmensos, entre ellos un ídolo de oro en figura de puerco-espín y ocho platos del mismo metal, de peso de cuarenta mil ducados... Picados Heredia y sus soldados de la codicia, trataron de averiguar la ver-

do y su criado Cacambo le descubren desde una altura, en dilatado horizonte, rodando por todas partes de montañas inaccesibles. Todo aquel inmenso espacio de tierra aparecía cultivado, tanto para la necesidad cuanto para el deleite de sus habitantes. Dondequiera que dirigían la vista se veían hermosos caminos y corrían por ellos muchos carruajes de extraña forma y de una materia brillante y en ellos hombres y mujeres de maravillosa hermosura. Tiraban de los carros, o coches, carneros de color de púrpura y de tan extraordinaria ligereza, que ni los caballos andaluces ni las yeguas de Tetuán y Mequinez podrían igualarlos.

Encamináronse al primer lugarcillo que se descubría, y vieron a la entrada de él unos chicos con vestidos de glassé de oro, pero muy desgarrados y hechos jirones, que jugaban a la rayuela; detuvéronse un poco a mirarlos, y observaron que tiraban con unas piedras redondas poco mayores que el peso duro, unas amarillas, otras coloradas, otras verdes, otras azules y todas muy resplandecientes. Dióles ganas de examinar de cerca lo que aquello fuese, y advirtieron que las que no eran de oro purísimo, eran esmeraldas, zafiros, topacios, rubies y cualquiera de ellas digna de adornar la mitra del emperador del Mogol.

Cándido dijo a su criado:

—Sin duda que estos caballeros son los hijos del rey, que se entretienen en jugar a la rayuela.

En esto apareció por allí el maestro, y dijo a los niños, que ya era tiempo de volver a la escuela, pues ya se habían divertido bastante.

Cándido, hablando otra vez a su criado, le dijo:

—Mira si yo tenía razón. Este, a lo que parece, será el preceptor de los señores Infantes.

Los andrajosillos dieron fin a su diversión y, corriendo y saltando, se marcharon con el maestro. Cándido echó de ver que se habían dejado tirados por el suelo los tejillos con que habían jugado; se apresuró a recogerlos, dió voces al maestro, que ya iba un poco distante, le hizo detener, y llegándose a él, con mucha cortesía, le manifestó por señas y ademanes, que sus Altezas Serenísimas se habían dejado olvidadas aquellas preciosidades, y le suplicaba tuviese la bondad de recibirlos. El maestro le miró de alto abajo, se sonrió, tomó los tejos, volviólos a tirar a una zanja que había inmediata al camino, y se marchó.

Amo y mozo se apresuraron a recogerlos, y se llenaron las faltriqueras de nobles topacios, carbunclos y amatistas.

—¿En qué mundo estamos?—decía Cándido a su criado—. ¿Qué tierra es esta, y qué educación dan a estos príncipes, cuando los acostumbran desde

dad de unas noticias de ricas sepulturas en la provincia del Cenú, treinta leguas al sur de Cartagena.

El hallazgo de los famosos enterramientos del Cenú, no menos que la estrepitosa expedición al templo de Dabaida, parecen contarse como variantes de las múltiples formas del mito del Dorado.

su niñez a despreciar de esta manera los metales y pedrerías más exquisitas? ¿Qué te parece, qué dices de esto?

Pero Cacambo no decía nada, porque estaba, poco más o menos, tan aturrido y maravillado como su señor. Encamaronse a la primera casa del pueblo, comparable con cualquiera de los palacios de Europa. Bulla gente en el portal, y parecía que también adentro había concurso; sonaba una música muy agradable, y por puertas y ventanas salía un olor de comida tan halagüeño y provocativo, que excitaba inmediatamente el deseo de entrar. Cacambo, acercándose un poco, vio que hablaban el peruano, que era precisamente su lengua materna; porque el lector no debe ignorar (a no ser que se le haya olvidado), que Cacambo había nacido en un lugarcillo de Tucumán, en donde aquella lengua es familiar y corriente.

—Yo seré un intérprete de usted—le dijo a su amo—. Vamos adentro, que esto tiene trazas de ser una taberna.

Dos criados y dos mozas de aquel figón o hayaca, o lo que ello fuese, vestidos de terciopelo, con bordaduras de oro y anudados los cabellos entre cintas y sartas de perlas, les convidaron a que se sentasen a una mesa de ébano y marfil que había en el primero de aquellos salones. Sirviéronles cuatro sopas diferentes, guarnecidas, cada una de ellas, con un papáyo relleno; después, un gavián cocido, que pesaba doscientas libras; después, dos monos asados, de un sabor exquisito, un magnífico lagarto guarnecido de caracoles, trufas y espárragos, y trescientos pájaros-moscas espejados en agujas de platina, verduras, compotas, pastas, frutas, helados, todo delicioso y servido en platos de cristal de roca, y muchos y excelentes licores fermentados, de pita y de caña de azúcar, con los cuales llenaban muy a menudo los criados unas profundas copas de lapislázuli que hacían pedazos, tirándolas al suelo, luego que habían servido una vez.

Los demás huéspedes que comían en otras mesas, eran la mayor parte de ellos arrieros, trajineros, carreteros y algunos mercaderes de feria; pero todos tan atentos, tan corteses, que habiendo hecho algunas preguntas a Cacambo con la más delicada circunspección, respondieron a las que él les hizo de una manera tan elegante y tan fina, como pudieran hacerlo los más remilgados académicos. Acabada la comida, creyeron los dos viajeros que sería conveniente pagar, y para ello echaron sobre la mesa dos piezas de oro de las más grandes que habían recogido. El figonero y su mujer, al ver aquello, empezaron a reír tan desapoderadamente, que se apretaban los llares para no reventar de risa. Por último, el huésped, contentándose un poco, les dijo:

—Bien se conoce, señores, que son ustedes forasteros, y como son tan pocos los que pasan por esta tierra, no habrán ustedes de perdonar la risa in-

Tres eran los Cenús nombrados por los indios, y de ellos, el más principal, el Fincenú—acaso quiso decir más bien el *Hin-cainú* o «sepulcro de jinas»—, donde estaba el gran Santuario o adoratorio indígena. La tierra de esta vasta provincia era *una pasta de oro finísimo*, conforme escribe Pedro Simón, o *estaba lastrada de este metal*, según Pedro de Cieza, y

vencible que nos ha causado el ver que ustedes hayan creído pagar la comida con esas pastas, de las cuales nos servimos aquí para empedrar los caminos. Esto habrá sido, sin duda, porque ustedes no tienen moneda del país; pero aquí no se necesita para comer, porque el Gobierno mantiene a su costa todos los bodegones, tabernas y hosterías establecidas para la comodidad del comercio. Ustedes han comido mal, porque este es un lugarcillo infeliz; pero más adelante hallarán ustedes otra asistencia, y serán servidos como merecen.

Cacambo, explicó a su amo todo lo que su huésped acababa de decir, y uno y otro estaban atónitos. Después, aquél hizo saber al bodegonero la inquietud y curiosidad que entrambos tenían, y el bodegonero les dijo:

—Yo, señor, soy un hombre muy ignorante, aunque vivo tranquilo y contento con mi ignorancia; pero aquí, en el pueblo, tenemos un honrado viejo que se retiró de la corte algunos años hace; es el hombre más instruido de todo el reino, y al mismo tiempo, sujeto muy afable y de apacible conversación. Si ustedes quieren, yo les llevaré a su casa, que no está distante.

Dicho y hecho; Cacambo y Cándido, que hacía el segundo papel, guiados por el huésped, se encaminaron a casa del anciano. Era un edificio muy sencillo; la puerta de plata maciza y los techos de la habitación de oro, pero labrados con mucha elegancia. Esperaron un rato en el recibimiento, cuyas paredes, incrustadas de pautauras y aguas marinas, suplían con el orden artificioso de los ornatos, el corto valor de su materia. El viejo recibió a los dos extranjeros con mucha urbanidad; les hizo sentar en un sofá de plumas de cisne, les presentó algunos licores servidos en copas de diamante, y, habiéndose informado del objeto de su visita, les satisfizo de esta manera:

—Yo, señores, he cumplido ya ciento setenta y dos años, y por las conversaciones de mi difunto padre, que fué escudero del rey, tengo larga noticia de la espantosa revolución que padeció el Perú, de la cual él mismo habla sido testigo. El reino en que ahora nos hallamos, es la antigua patria de nuestros Incas, los cuales, habiendo salido de aquí con muy mal consejo, y movidos de funesta ambición, se fueron a conquistar un grande Imperio, en donde se vieron después atropellados y destruidos por los españoles. Los príncipes de su familia, que permanecieron tranquilos en esta patria suya, fueron mucho más prudentes, y con acuerdo general de la nación, establecieron que ningún habitante de este pequeño reino saliera de él jamás. Por este decreto, inviolablemente observado hasta ahora, hemos podido conservar nuestra felicidad y la inocencia de nuestras costumbres. Los españoles no han tenido nunca más que una idea muy confusa de este país; y habrá cosa de cien años, que un Inglés, llamado Raleigh, se aproximó un poco a nuestros límites; pero no logró pasar adelante, y rodeados por todas partes de peñascos inaccesibles y de precipi-

los naturales estimaban estos veneros con tanta codicia como los españoles, cateando y contraminando el mineral con instrumentos de palo, si bien eran más duchos como arífices, pues sabían fundir el oro y labraban obras de joyería y orfebrería de relativo primor; pero el mayor aliciente para los españoles era la costumbre o ley que tenían los naturales de la

clos, hemos podido librarnos de la avarienta rapacidad de las naciones de Europa, que manifiestan un furor tan insaciable por adquirir los guijarros y el lodo de esta tierra; que, a trueque de llevárselos, no dudarían de acabar con todos nosotros.

La conversación fué muy larga, y se trató en ella de la forma de gobierno, de las costumbres, de las mujeres, de los espectáculos públicos y de metafísica.

Concluidas estas doctas pláticas, mandó disponer el anciano una carroza tirada por seis carneros, para que en ella, y acompañados de doce criados, se fuesen los dos incógnitos a la corte.

—Ustedes me hablan de perdonar—les dijo—si no voy en su compañía: mi edad, mis achaques, me impiden hacerlo; pero el rey les admitirá a ustedes a su presencia con tanto agasajo, que estoy bien seguro de que ustedes quedarán contentos, y si entre nuestros estilos y costumbres hallasen ustedes algunas que no sean de su aprobación, espero de su mucha cortesía que sabrán disimularlo.

Subieron Cándido y Cacambo a la carroza: los carneros volaban, y en menos de cuatro horas se hallaron en la capital y a las puertas del palacio del rey, que estaba situado a un extremo de ella. El arco principal tenía doscientos veinte pies de altura por ciento de ancho. Es inútil, y aún imposible, querer explicar de qué materiales se componía aquel edificio soberbio; basta considerar cuán superiores deberían ser a lo que entre aquella gente se llamaba chinarron, arena y lodo, y por acá llamamos oro y piedras exquisitas.

Veinte hermosas dogcellas, de las que componían la guardia del Monarca, recibieron a los forasteros al apearse de la carroza, y los condujeron a los baños inmediatamente, los perfumaron muy bien, les vistieron unas ropas delicadísimas, tejidas con plumas de cisne, y, habiéndose reunido los magnates y demás de palacio, los fueron obsequiando hasta la habitación real, entre dos filas de músicos de a mil cada una, que tañían suave y primorosamente. Cuando llegaron al salón en que estaba el trono, preguntó Cacambo a uno de aquellos próceres, de qué manera convenia saludar a Su Majestad, si era cosa de arrodillarse, o tenderse a la larga, o ponerse en cuclillas, o cruzar las manos sobre la cabeza o aplicárselas al ambés, porque no querían faltar en nada a la etiqueta.

—La etiqueta—dijo el gran personaje—se reduce a abrazar al rey y besarle en ambos carrillos.

Así lo hicieron Cacambo y Cándido. Abrazaron y besaron a Su Majestad, que les recibió con mucho agrado y les dijo que tendría gran complacencia en que aquella noche le acompañasen a cenar.

Entretanto, los llevaron a que viesen algo de la ciudad. Edificios públicos

comarca de enterrar a los caciques y demás señores, con todo el oro que tenían a la hora de su muerte, en tal manera, que el Cenú venía a ser una vasta necrópolis de sepulturas auríferas, y como tal, provincia sagrada para los indios.

Geográficamente, es el Chocó, que sigue siendo la región del oro y la platina de la moderna Colombia, de donde han salido las masas asombrosas de estos metales. La zona del oro corre por bajo de los Andes occidentales, y a medida que se aparta de la costa se hunde más y más en la mole de la cordillera, por lo que se hace más difícil la extracción del rico metal; el terreno está dispuesto de tal modo, que el oro y la platina se presentan a la superficie en forma de cascajo, de arenas, de piedras, de arcillas diferentes, en una extensión de diez a doce leguas de ancho, y a tan poca profundidad, que muchas veces no hay más que arañar la tierra. En unas partes se acumula el oro formando «topes»; en otras está diseminado.

Pero este oro está bien guardado; lo defienden las tempestades, las fieras y serpientes, las fiebres y otras plagas. La región metalífera está en

de inmensa grandeza; plazas rodeadas de espaciosos pórticos, sostenidos en columnas de venturina y ágata; fuentes de agua pura, labradas en preciosos jaspers; fuentes de agua rosada; fuentes de horchata, de licores de caña de azúcar y otras bebidas agradables, el suelo empedrado de mármoles de varios colores, y entre ellos, artificiosas grecas y cenefas de marquesitas, esmeraldas, zafiros y balajes, y á trechos, hermosos jarrones de pórfido y granito cárdeno, con plantas de clavo, canela y cinamomo, que esparcían por todo el ambiente aromas suavísimos. Quiso Cándido ver la casa en que se juntaba el Tribunal de Justicia, y le dijeron que en aquella ciudad no le había porque no se plieñaba jamás. Preguntó si había cárceles, y les dijeron que no, porque no había delincuentes; y, para satisfacer en algo su curiosidad, le llevaron a ver el Palacio de las Ciencias, que fué lo que más le sorprendió, porque, en efecto, era cosa admirable, y no acertaba a salir de una galería de mil novecientos veinticuatro pasos de largo, toda llena de Instrumentos de Matemáticas y de Física.

Después de haber recorrido, hasta que anocheció, cerca de la milésima parte de la ciudad, los condujeron al palacio del rey. Cándido se sentó a la mesa con sus criados, y a sus lados, Su Majestad y muchas damas. En su vida habían comido mejor; en su vida habían oído más chistes ni más oportunos que los que dijo el rey durante la cena. Cacambo se los explicaba a su señor, y aún después de traducidos, todavía eran chistes; y entre las muchas cosas que admiraba Cándido, no fué ésta la que menos le maravilló.

Dos meses pasaron en aquel deleitoso hospedaje, y Cándido, decía frecuentemente a su criado:

medio de un país escarpado, en el que levantan su frente soberbia los Andes, y miles de arroyos se precipitan de las cimas en cascadas y torrentes impetuosos, que, reunidos en grupos, forman ríos caudalosos de vértices terribles, que se dirigen al Océano con paso majestuoso y sosegado. Está enteramente cubierto de selvas colosales; algunos grupos de chozas pajizas, sembradas a largas distancias y siempre en las orillas de los ríos, es lo único habitado.

«Llueve la mayor parte del año: Ejércitos inmensos de nubes se lanzan a la atmósfera del seno del Océano Pacífico. El viento Oeste, que reina constantemente en estos mares, las arroja dentro del continente; los Andes las detienen en la mitad de la carrera; aquí se acumulan y dan a estas montañas un aspecto sombrío y amenazador. El cielo desaparece; por todas partes no se ven sino nubes pesadas y negras. Sobreviene una calma sofocante, y este es el momento terrible. Ráfagas de viento dislocadas arrancan árboles enormes; rayos y truenos espantosos; los ríos salen de lecho, el mar se enfurece, olas inmensas vienen a estrellarse sobre las costas, el cielo se confunde con la tierra y todo parece que anuncia el fin del mundo.» (Caldas, *Orografía de Colombia*.)

—Ello es cierto, amigo, que el castillo en que yo nací no vale nada comparado con este soberbio alcázar en que vivimos; pero, ¿qué quieres que te diga? Si nos quedamos aquí para siempre, ¿qué será de nosotros?, lo mismo que todos los demás, sin diferencia alguna; pero, ¿no te parece que si volviésemos al otro mundo, llevándonos hacia allá siquiera una docena de carneros cargados de peladillas del Dorado, seríamos más opulentos que todos los reyes juntos?

Cacambo se dejó persuadir. Es tan agradable esto de correr el mundo y volver a su tierra haciéndose sujetos importantes y contar lo que cada uno ha visto en sus peregrinaciones, y añadir a lo que se ha visto lo que no se puede ver jamás, y ser el oráculo de las conversaciones en los estrados y en las esquinas, que los dos dichosos huéspedes determinaron dejar de serlo, despedirse de Su Majestad y abandonar para siempre aquella tierra bienaventurada.» (Traducción de Moratin, inserta también en el citado libro de D. Cirio Bayo.)

Reproducimos estos pasajes, para que pueda verse hasta dónde llegó en su sátira contra *El Dorado*, el pícaro Voltaire... ¿Quién sabe si en el fondo del novelador del *Micrómegas*, no quedaba, sin embargo, un escrúpulo hondo acerca de la posibilidad, en una u otra forma, del áureo mito incaico? En el *Micrómegas*, al menos, late la posibilidad de que existan habitantes en los astros, aunque el bueno de José María Alouet se burlase también de ellos haciendo descender a la tierra nada menos que a un habitante de Saturno y a otro de Sirio. Todo mito antiguo o moderno, tiene un núcleo fundamental que es siempre absolutamente histórico.

«Siguiendo los gufas que habían dado noticias del Cenú, llegó Heredia sin grandes contratiempos a Fincenú, que era donde estaban los mayores sepulcros de la tierra, los que se divisaban como *mogotes*, es decir, como pirámides, forma en que rematan las *tolas* o sepulturas colombianas, que por esto, y los utensilios caseros que dentro de ellas se encuentran, se advina que fueron formadas cubriendo las casas mortuorias completamente de tierra hasta formar pirámide; de modo que una agrupación de tolas supone un caserío muerto. Uno de aquellos mogotes, más alto que los demás, el cual se veía a una legua de distancia, fué llamado por los españoles la «sepultura del diablo». Codiciosa de pillaje la tropa de Heredia, se repartió por las casas abandonadas del pueblo, y trastornándolo todo, una chaguala, que pesó 400 castellanos (un castellano igual a 100 pesetas), y en un adoratorio 24 ídolos de madera, gigantescos, planchados de oro de pies a cabeza, cada uno con su mitra del mismo metal, y, de imagen a imagen, colgando una hamaca en la que los indios echaban sus ofrendas. Junto a este adoratorio estaba una montañuela con árboles, de cuyas ramas colgaban como unas peras, grandes como almirez de boticario, también de oro puro. Cogieron los españoles lo primero esta fruta de los árboles, y desnudaron los ídolos del vestido en que estaban, que les fué de más gusto que si fuese de brocado, y cuanto más toscas eran las planchas, mejor, porque eran más gruesas... Dándose a buscar más oro, fueron cavando enterratorios, y en esta labor sacaban oro por arrobas en forma de *tunjos* (idolillos), chagualas y tejos. Faltaba todavía por reconocer la «sepultura del diablo»; pero Heredia mandó suspender las pesquisas para proseguirlas al regreso, pues pensaba seguir adelante en sus descubrimientos (año 1534).»

Según un cacique de la tierra, a treinta soles hacia el Sur, que es lo mismo que treinta días, estaba el *Pancenú*, con tanto oro que los españoles podían cargar los caballos y aún sobraría... Resuelta la marcha a Pancenú, mandó enterrar Heredia, en lugar secreto, todo el oro recogido en los diez días que estuvieron en Fincenú, para que los soldados fueran más desembarazados, y dejándose llevar por un muchacho indio, gran amigo de los españoles, llegó al pie de una áspera serranía, que forzosamente se había de atravesar. Acostumbrados a las tierras calientes, fueron mortales los fríos que experimentaron en los «páramos» o altas mesetas, a las que llegaban medio trepando y, como quien dice, izando los caballos. El mismo día que llegaron a la cumbre de la sierra, sobrevino un huracán tan espantoso, envuelto en nieve, que en pocas horas murieron todos los indios que iban de servicio, incluso el gufa, por efecto del frío, y hasta quince españo-

les, salvándose los demás porque fueron despeñándose breñas abajo de un valle, donde descansaron algunos días en tanto que regresaban a Fincenú. En el viaje de vuelta pasaron mayores trabajos que en el de ida, por ásperas quebraduras, pantanos y ciénagas profundas, y tanta hambre, que además de comerse la carne de los caballos que se morían, hubieron de sustentarse con tallos de bihao. Al fin llegaron a Fincenú, y aquí se encontraron con la desagradable sorpresa de que los indios habían desenterrado todo el oro que quedaba en las sepulturas, se calcula que por un millón de pesos, para librarlo de la profanación de los extranjeros, con lo cual quedó la soldadesca disgustada, pues por culpa del general se había dejado lo seguro por lo dudoso, yendo a jornada, como la de Pancenú, tal baldía y trabajosa. Consoláronse todos, sin embargo, con el oro que anteriormente habían juntado y tenían escondido, que serían unos 400.000 pesos, y con este bolsín se volvieron a Cartagena, de donde habían salido seis meses antes. Llegaron menos de la mitad de los que salieron, la mayor parte enfermos y todos con los rostros cadavéricos, que parecían haberlos desenterrado de los sepulcros que habían abierto.

Refiriéndose el padre Simón a estas pérdidas de vida por las enfermedades y no por la guerra, escribe: «Parece que Dios quiso descubrir el mucho oro que tenía criado en estas tierras ahora a los españoles, para que no estuyese inútil, como lo había estado hasta allí... y era tan frecuente el morir los que habían de entrar a la codicia y saca del oro, que en desembarcando en el puerto un *chapetón* (indiano nuevo) iban algunos de los del pueblo al cura y le decían que cuánto quería por el vestido del que desembarcaba por ser tan ordinario el morir en entrando, y darle al cura el vestido por el entierro.»

Más adelante, el cultísimo autor de *Los Césares de la Patagonia (la ciudad encantada de los españoles)* y demás leyendas áureas del Nuevo Mundo, nos narra aquella célebre *Jornada de Vadillo* en el Darien, cuando se reprodujo por este último descubridor la jornada mil uno de aquellas que habían hecho ya famosos a Balboa, Cortés, Pizarro, Quesada y tantos otros luchando épicamente con fuerzas de indios cien veces superiores a las suyas. Después de relatar la victoria de César Vadillo, añade: «Luego fué el despojo de los muertos, habiendo al alcance de las manos gran cantidad de joyas de oro, diademas, orejeras, collares y brazaletes. Sólo cogieron viva a una vieja a quien, con halagos y amenazas instaron a que les descubriese los enterramientos de los señores que morían en aquel valle, entendiéndole que sería allí lo mismo que en el Cenú. La vieja los guió al otro lado de un caudaloso río, y a poca distancia de la margen les enseñó

quista de Quesada, era la mayor fortaleza indígena. Sabían sus moradores fundir oro, hacían estatuillas que en Colombia llaman *tunjos*, y con ellas hacían sus ofrendas a los dioses, arrojándolas a la laguna con la ceremonia de dorarse el cuerpo del señor.

El hecho es verídico, pues el cronista Juan Rodríguez Fresle, hijo de uno de los conquistadores de Nueva Granada, conoció a un Don Juan, cacique de Quatavita, sobrino del jefe bajo cuyo dominio estaba la tierra cuando llegaron los españoles de Quesada. Refiere el cronista que, cuando visitó a Don Juan, éste estaba preparándose para tomar posesión del cacazgo. Después de un largo ayuno, desnudaron a Don Juan, le aplicaron una tierra viscosa, luego oro pulverizado, en tal manera, que parecía una estatua de áureo metal. A seguida sus súbditos le llevaron a una balsa, con gran cantidad de oro y esmeraldas que había de ofrendar a la divinidad del lago. Al llegar al sitio designado, efectuó su ofrenda, arrojando al agua todo el tesoro. Terminada esta ceremonia, regresó a la ribera entre las aclamaciones del gentío que le proclamó como su legítimo señor. Convence de la exactitud de este relato, el hecho de que la tradición aseguraba que los indios arrojaron en el lago todo el oro y esmeraldas que poseían, luego que se enteraron de que los españoles no buscaban otra cosa, y que por espacio de cuatrocientos años que van transcurridos desde la conquista de Bogotá hasta nuestros días, todavía se sigue buscando el tesoro de Quatavita.

Como quiera que sea, la noticia del hombre dorado había cundido por toda América; pero transformada y exagerada, en una ciudad encantada, de casas y jardines de árboles de oro; El Dorado o *Eldorado*, como vino a sincoparse el romántico estímulo de los guerreros castellanos. Un fantástico y vago rumor situaba esta región, no ya en la meseta septentrional de Nueva Granada, sino al este de los Andes, en la *Tierra de la Canela*. De esta provincia de la Canela o del Dorado, como indistintamente se la llamaba, hizo dar la gobernación Gonzalo Pizarro, el hermano menor del conquistador del Perú.

Después de todos estos antecedentes y de relatar el notabilísimo libro del Sr. Bayo, las increíbles aventuras de los trujillanos Gonzalo Pizarro y Francisco Orellana, dejando atrás los nueve volcanes del Ecuador para entrar a lo largo del Napo, el Coca y el Amazonas, viene la expedición de Felipe de Hutten (Urte), que no es sino un testimonio más en pro de la existencia, hacia aquellas regiones de América del Sur, de ciudades como la de los *omaguas*, verdadero *Eldorado*, donde, como ya dijimos con cargo a Blavatsky en el segundo capítulo de esta nuestra obra, no ha puesto ja-

más la planta español alguno; viviendo allí, pues, los naturales con el culto primitivo o *jina*.

Pero antes de pasar de aquí, conviene que nos curemos en salud respecto del particular. Nosotros tenemos por ciertas cuantas leyendas se refieren a tales gentes y a sus tesoros, y en tal concepto nos sentiríamos capaces de poner un largo comentario a ese ciclo de *Leyendas duras del Nuevo Mundo*, que bajo los respectivos títulos de *La Colomblada*, *Los Marañones*, *Los Césares de la Patagonia* y *Los Caballeros del Dorado*, lleva Ciro Bayo publicadas, si el escepticismo de nuestros lectores, tras el presente tomo de nuestra BIBLIOTECA, lo hiciere preciso; pero, entiéndase bien, no es que creamos en un *El Dorado* tomado tan al pie de la letra como le tomaron aquellos mis buenos paisanos extremeños que, llenos de ilusiones de falsas riquezas—que nunca en el *oro material* se cifran—, iban a la Nueva Extremadura, sino en un sentido más espiritual y por ende más verdadero al tenor de la divina sentencia de Jesús, de que la letra mata y el espíritu vivifica.

Ante todo, ¿qué es lo que del Dorado se sabé? Nadie lo ha resumido mejor que Ciro Bayo, y nos es forzoso transcribir unos párrafos más de su citado libro, siguiendo con ello la pauta establecida en esta nuestra obra, donde, para evitar que no se nos crea a fuer de soñadores, hemos recurrido al testimonio ajeno, siempre que ello nos ha sido posible.

«Considerando Felipe Hutten (o Urre)—dice este autor—que el Dorado no podría ser tan reducido que faltase lugar para él..., llegó a la provincia del *Papa-mene* (1), en las cabeceras del Caqueta o Yapura. En uno de los pueblos de esta provincia, un cacique advirtió a Hutten el error que comella en seguir el rumbo que llevaba, exponiéndose, como los otros españoles que por allí habían pasado, a perecer de hambre y de fiebre, y que si se dejaba acompañar por él, le llevaría a una tierra rica y muy poblada, abundante en oro y plata. Quedaba esta tierra al Oriente, sobre la ribera del gran río Quaviare, y era su capital la gran ciudad de Manoa. En prueba de la verdad en que fundaba su aviso, enseñó al jefe europeo unas manzanas de oro traídas de aquella región (2). Ni las palabras del cacique, ni las ricas muestras de Manoa bastaron a disuadir a Hutten de su pro-

(1) Yo diría más bien *Papá-menes*, palabra equivalente a la egipcia de *Menes*, a la sánscrita de *Manu* y a la Inca de *Manco Capac*.

(2) Estas manzanas hacen verdaderas a las legendarias del *Jardín de las Hespérides*; así como los nombres de *Manoa* y de *Qua-viara* nos recuerdan, por su parte, otros muchos nombres ocultistas.

pósito de seguir el rastro de Pérez de Quesada, lo cual, visto por el jefe indio, que le acompañó gustoso durante ocho días, dejándole después.. Todas las noticias estaban conformes en cuanto a la ciudad de Manoa y al cacique Papamene, y sólo variaban en el nombre de los naturales; unos los llamaban ditaguas, otros omaguas, por lo que vista esta uniformidad de pareceres, el capitán tudesco salió de San Juan con cuarenta hombres.

Puesta, pues, la mira en la gran ciudad de Manoa y en la conquista de sus habitantes los omaguas, la pequeña tropa se fué acercando a las márgenes del río Quaviare, donde aquélla se asentaba. Un indio que estaba mariscando, satisfizo con semblante alegre a las preguntas que se le hicieron, expresando que a poca distancia del río arriba encontrarían la ciudad; pero que sin canoas no les sería posible llegar. Hutten regaló al indio unas cuentas de vidrio y cascabeles y le pidió que fuese a decir al señor de Manoa que unos extranjeros le pedían licencia para pasar adelante, ofreciendo no hacer ningún daño en su tránsito. Aceptó el indio la embajada, y metiéndose en su canoa, en que apenas cabía él sólo, empezó a bogar río arriba.

Enterado el cacique de lo que se le pedía, envió un hijo suyo con cinco canoas grandes... No sin cierta desconfianza iban los españoles remontando el río...; por fin, llegaron a la ponderada ciudad, que, si bien no era la capital de los omaguas, bien pudiera ser el Dorado que con tanta ansia perseguían... Certificóles el cacique que, si bien estaban en Manoa, lo que buscaban no estaba allí, sino más adelante, en la falda de cierta serranía que se divisaba desde Manoa en tiempo claro. Allí estaba la capital de los omaguas, nación poderosa y rica en oro, pero que eran pocos los soldados que llevaba para su conquista. Extremó su solicitud hasta el punto de darle los auxiliares que Hutten le pidió y el avío necesario para trasladarse a un pueblo vecino, confederado suyo. También éste recibió con buen agrado a los españoles, y todo su empeño fué el disuadirles que, siendo tan pocos, apostarán a los omaguas, tan numerosos como valientes; pero como al paso que el cacique ponderaba este peligro expresaba la gran riqueza que los omaguas tenían en plata y oro, la pequeña hueste instó a seguir adelante.

Fué tanta la afición que este cacique cobró a sus huéspedes, que, no queriendo desampararlos, los fué guiando por buenos caminos durante cinco días, hasta llevarles a unas alturas desde las cuales se ve la tierra de los omaguas. Desde esta eminencia los españoles descubrieron, a corta distancia, una población tan grande, que no se la velan los términos;

A nosotros, como a Blavatsky, no nos convencen los vanos subterfugios empleados respecto de la existencia real de esa gran ciudad omagua, por el jesuita Padre Acuña. Desde el Darien al Quaviare, y desde el Quaviare hasta el Cuzco, la región del *Dorado* no es ningún ente de razón, sino una estupenda realidad *jina* por encima de nuestros embotados sentidos físicos. Razas superiores a la nuestra en intelectualidad, y, sobre todo, en rectitud de conducta, lo descubrirán algún día—un día en que el oro no sea el villano objeto de egoístas codicias que es hoy, y en el que se comprenda y sepa aplicarse mejor que para desatar guerras y corromper conciencias, como hoy se verifica—la inaudita *fuerza alquímica*, que el oro, el metal quizá de más dormidas energías, entraña en su seno. ¿Acaso el carbón de piedra no se tuvo, hasta hace poco más de un siglo, como un mero mineral curioso, mineral sin el que hoy, sin embargo, no sabría vivir una sola industria? El interés ciego que la Humanidad, desde su misma cuna, ha mostrado por el oro, responde sin disputa a una idea innata, acerca de su poder mágico, por encima de las ulteriores aplicaciones monetarias que después se han dado.

Ya veremos en el tomo relativo a la Magia, que no en vano el simbólico *palo de oros* es el primero de la baraja, por encima de la misma *copa* de la pasión, cuanto de la *espada* y del *basto* de la fuerza bruta, porque en el oro se alberga una *fuerza* por completo desconocida.

tado del *Dorado*, o sea de la «Nueva Extremadura», fué llevada a la Margarita, y de allí a España, por el célebre soldado Juan Martín de Albújar, que fué el único sobreviviente de la catástrofe de los Dragos. «Ese Martín contaba cosas estupendas, maravillosas; una de tantas, la de que había estado en la gran ciudad de Manoa, siendo huésped mucho tiempo del rey dorado, el cual le habla agasajado y dado alojamiento en su palacio. Por su testimonio, la ciudad era tan grande que, habiendo entrado en ella una mañana, necesitó dos días para llegar al palacio, que estaba al otro extremo de la población. En todo el trayecto admiró las imágenes resplandecientes de oro de los templos, los ricos chapeados de las puertas y el lujo de los moradores. Vivían éstos en una orgía continua; una fiesta se sucedía a otra, y las danzas, los cánticos y las libaciones parecían ser los únicos cuidados de aquella gente feliz. En un día señalado, desnudaban al rey y a toda su corte; una turba de criados untaba a todos con cierto bálsamo, y con cañas huecas les soplaban un finísimo polvo de oro. De este modo la corte salía en público, como una procesión de imágenes de oro automáticas que, heridas por un sol resplandeciente, se encaminaban solemnes y pausadas a orillas de un lago, en el cual hacían sus abluciones, dejando, entre otras ofrendas, el oro de que en el baño se destellan... Contábalo todo esto muy seriamente, ofreciéndose para enseñar el camino, y lo mismo repitió en la hora de la muerte...»

Si se pudiese hacer la verdadera *historia oculista* de la región inmensa aquí aludida, aprenderíamos cosas bien singulares que han de ser más o menos tarde el baldón más grande de nuestra pretendida ciencia positivista. Los *penoles* o fuertes roqueros tales como el del Cerro de Armas, son idénticos a los de las gentes solares o *jinas* de la India, a muchos de los cuales ha permitido Inglaterra, y también a la Acrópolis ateniense y también a no pocos de nuestros castillos roqueros *en lo que no todo ello es siempre imputable a la reconquista medioeval*. Las esmeraldas de Somondoco; Coscuez y Muro; los tesoros inauditos puestos a buen recaudo por los indios al verse amenazados por los españoles en la Cundinamarca (1), en Zipa de Bogotá y en el Zaque de Tunja; el Señorío de Neiva, el irracado de Suamos, el templo maravilloso de Sugamoxi, cuyos rescoldos estuvieron requemándose bajo los escombros durante cerca de un año, a pesar de las lluvias; los sepulcros al estilo del de Ubaque que tuvo hasta veinticuatro mil pesos en oro, y las demás regiones, en fin, de aquel imperio chibcha o *muísca*, es decir, semítico, cual el de los incas, revelan a los ojos espantados de la Historia todo un mundo de grandezas perdidas; todo un continente en ruinas; toda una cultura y una civilización desaparecidas, cultura y civilización que en los primitivos y áureos tiempos a los que alude el *Popul-Vuh*, la Biblia de América, acaso estuvo, ni más ni menos que los patriarcas al habla con los *jinas*. La decadencia de su espíritu primitivo fué sumiendo poco a poco a aquellos pueblos en las tinieblas de la ignorancia, haciendo ella ostentosos enterramientos estúpidos en lo que antes fueran montañas o *peñoles* iniciáticos, ni más ni menos que tantas otras pirámides naturales del viejo continente, y empleando en joyas y vanidades un oro que en aquellos tiempos originarios tuvo, desde luego, aplicación bien distinta, aunque hoy ignorada por nosotros, que creemos saberlo todo, porque algo sabemos. Esa terrible ley del *karma* que sobre los pueblos, igual que sobre cada individuo en particular, gravita, llevó, por lamentable pendiente de mala magia, hasta los sacrificios humanos (2)

(1) *Cundinamarca* o «pals elevado donde vuela el cóndor» es más bien la *caín-jina-marca* o país de los *jinas* *cainos*, al modo del Fin-cend o Hin-caínú ya citado.

(2) La antropofagia no nació, como se cree, de infantil incultura de los pueblos, sino más bien de una ciencia decadente y primitivamente perversa que tenía ya el franco descaro de buscar los jugos glandulares humanos (pituilrina, adrenalina, etc.) para sus curaciones mágicas; esos mismos jugos que hoy nosotros hemos llegado ya a sacar de los animales, según en otro lugar llevamos dicho. El vulgo, creyendo sagrados los cadáveres de los así sacrificados,

a aquellos infelices; y semejante crimen de lesa humanidad no podía sino acarrear esa terrible tempestad que nuestros compatriotas desencadenaron sobre aquel continente y que, de kármico rechazo, luego trajo a España males sinnúmero, por parte de algunas de esas mismas naciones que hoy se debaten en la más horrible de las guerras que se han conocido en el mundo... ¡Terrible e implacable dedo de la cruel Némesis vengadora, no menos segura porque a veces se retrase en su acción uno o más siglos! (1).

El Aureo Quersoneso que ensoñó Colón en sus viajes, no fué sino el lugar de tormento de aquellos héroes del moderno *Vellochino*, quienes, como todo ocultista que busca la *piedra filosofal* por miras egoístas, sin trabajarla en el crisol de su propio corazón siguiendo los ejemplos de sus hermanos mayores los *jinás*, a más de sus dolores inauditos, todos o casi todos perdieron en la empresa de atesorar el *oro material*, sus, por otra parte, maravillosas vidas (2).

Entretanto, el Napo y el Amazonas, en este siglo de las pretendidas luces—¡de las luces guerreras!—, siguen exactamente lo mismo que los encontró Pizarro, y por la triste pendiente de necromancia, por la que fatalmente nos deslizamos, no sólo no llegaremos a ponernos al habla directa con los *jinás* inmortales, sino que, acaso, tras una gran catástrofe, semejante a la que sepultase a la florida Atlántida, la del Jardín de las Hespérides, tornemos a ser esos trogloditas salvajes del período post-glacial o cuaternario, únicos hombres primitivos que nuestra retina Antropolo-

acabó por comérseles en acto necromante, quizá más disculpable a los ojos del karma que el cometido por los sacerdotes como va expuesto.

(1) Véase sobre este interesante problema nuestro libro *La Humanidad y los Césares, suscitaciones teosóficas acerca de la guerra*.

(2) Hay detalles *jinás* muy curiosos en alguno de los conquistadores. Recordará el lector que el mágico de Bombay a que se refiere una de las narraciones de Olcott, aquel a quien su padre había legado el poder sobre siete *jinás* inferiores, notaba la aproximación de ellos porque cesaba de respirar por una de las narices. Ciertas reprobables prácticas de la Hatha-yoga indostánica, hoy ya conocidas en Europa, por desgracia, se basan, además, como es sabido, en la respiración alternada, tapándose una u otra ventana de nariz. Las relaciones, en fin, entre el vástago pituitario, la hipófisis y el sexto sentido de la visión astral, ligan a la nariz con cierto lazo ya aludido por el mismo saber popular, en frases como éstas: «me ha dado en la nariz», «olerse la tostada», «seguir un rastro olfateando», etc. Pues bien, se sabe de Pedro de Heredia, el profanador del Fincenú, que en cierta pelea, él solo contra seis bravos, matando a tres más tarde; pero saliendo con las narices de menos, sustituidas, por la habilidad del cirujano, con un pedazo de carne de la mejilla.

gía admite hoy esos tristes y misérrimos hombres de la Edad de Piedra o *Edad Negra del Kali-yuga*, que, cual bestias feroces, disputaban un infeliz albergue troglodítico en esas mismas cuevas que antaño fueran templos iniciáticos de sus mayores, y donde, al habla con los *jinas*, cual los patriarcas bíblicos alternaran con los ángeles, vivieran sus antecesores y consignaran en esos *libros de piedra* de las pinturas rupestres, apenas empezadas a estudiar en nuestros días, todos los anales secretos de una época feliz, de cuyos estupendos secretos todavía no nos hemos hecho dignos por nuestras escasísimas virtudes...



Para terminar este largo capítulo, insistamos en lo que constituye, a decir verdad, el gran secreto del mundo de los *jinas*, o sea *del otro mundo*: del mundo superliminal o hiperfísico, que, sin verle, le tenemos constantemente a nuestro lado mismo.

Al decir que el problema de la visibilidad o invisibilidad de los *jinas* y demás *gentes del otro mundo* sólo depende de que la acción de unos ojos, los físicos, durante la vigilia, impiden la otra acción más sutil del ojo astral y etéreo, o *tercer ojo*, no hacemos un mero símil, sino que, por vía indirecta, retornamos al misterio del *Id* o *It*, y caemos de nuevo en el problema relativo al tercer ojo tratado en el precedente capítulo y sus relaciones misteriosísimas, de un lado con el sexo y de otro con la formación del cuerpo astral o *cuerpo jina*, si se nos permite la palabra, que ha de ser nuestro futuro cuerpo en el otro mundo tan luego como, por la muerte, abandonemos nuestro cuerpo físico.

La ciencia médica empieza ya a penetrar, sin darse cuenta, en estos problemas relativos al *ojo del cíclope*, de los que, ignorante, antes se burlara. No es ocasión de transcribir aquí la completa enseñanza que nuestro amigo el Dr. Alvarez de Brioude, profesor de la Facultad de Medicina de Sevilla, nos da en una Memoria acerca de esto. En ella aprendemos que, en lo más profundo de la cabeza, en la base misma del cráneo, como ya vimos, se halla la famosa *silla turca* albergando al órgano llamado *la hipófisis*, conducto interno que en su parte anterior muestra al *cuerpo pituitario* y la *glándula pineal*, esa misma glándula que, como se ve mejor que nada en algunos *lacertidos*, es el rudimento del perdido *tercer ojo* de la intuición, ojo que, según la Enseñanza Arcaica, fué atrofiándose progresivamente con la caída en la materialidad y en el sexo de la Raza celeste primitiva en las épocas de la Lemuria y de la Atlántida, como ya vimos. No somos nosotros los llamados a puntualizar si es o no una verdadera prác-

lica de magia negra los continuos empleos que de los diversos jugos glandulares *tiroidina, adrenalina, pituitrina*, etc., empieza a hacer la Terapéutica moderna, inyectando así en el órgano enfermo del paciente *fuerzas astrales* de los respectivos *chacras* o *centros* de fuerza astro-vital (*prana*) del animal (*u hombre* quizá mañana) de donde el jugo respetivo procede. Pero si debemo e consignar, como comprobación a la leyenda de los Tuatha y del por qué, merced al pecado de Adán, no podemos verlos, aunque siempre a nuestro lado se encuentren, que, percatada en mala hora la biología moderna de la conexión oculta que media entre *la intuición, la doble vista, la percepción astral*, etc., como polo positivo, y el *sexo*, como polo negativo, de un mismo sistema, empieza a emplear el jugo o *suelo* obtenido de la *glándula pineal* y de la *hipófisis (pituitrina e hipofisina)* en los casos de *eclampsia* y demás casos mórbidos de las embarazadas y parturientas, percatada del extraordinario enlace que tienen con el sistema reproductor aquellos órganos, los más nobles, sin duda, de la masa encefálica, en los que (de tener ella algún asiento) se asienta, a no dudarlo, el alma, porque, conviene no olvidar que durante la gestación aquellos órganos cerebrales de la madre se excitan e hipertrofian en grado sumo, cual si por la parte anterior diese la hipófisis la *parte mental* y el *prana* necesario al nuevo sér que evoluciona en los cinco primeros meses, al par que el ovario materno, en lugar de cicatrizar la herida que el desprendimiento del óvulo que ha sido fecundado produjera, se hipertrofia también, formando *el cuerpo amarillo* que mantiene desde allí un *lazo astral* con el feto. Triste es, pues, ver a la Medicina moderna ir entrando por malos caminos en unos conocimientos que, bien aprendidos y practicados bajo los severos cánones de la Enseñanza Arcaica, nos evitarían de caer en el abismo a que, de otro modo, vamos por ella conducidos con sus procedimientos terapéuticos de inyecciones, sueros, transfusiones y demás sistemas de *cambio vital* con los animales en *pura* hechicería, que en la época de la caída de la Atlántida fué de *cambio vital, más práctico con los hombres*, justificando así los sacrificios humanos, la antropofagia y otra porción de horrores. Y no se diga que llevamos las cosas demasiado lejos (1).

(1) Ahora mismo leemos en un periódico que cierto doctor alemán, hablando de las carnes, dice que la más asimilable de todas nos es la propia carne humana... No le faltaba ya más sino recomendar su uso, y así las prácticas necrománticas de David, durmiendo con una jovencita pura para robarla vitalidad en el sueño; de la famosa Catalina de Médicis y sus misas negras,

Por todas estas razones científicas, y otras que por la brevedad omitimos, la hipótesis es, según el profesor citado, a la manera de una *placenta astral*, placenta a la cual se hallan adheridos, por decirlo así, los elementos etéreos y astrales de lo que ha de ser nuestro futuro cuerpo astral, cuando, con la muerte, pasemos del pobre mundo de los hombres, al riquísimo mundo de los *jinas*, que no es sino el de los *Campos Eliseos*, de la antigüedad, cuando no el Tártaro desconsolador... O, en otros términos, que el sér humano es primero, en lo físico, simple célula espermatozoica en el organismo del padre, y mera célula-óvulo en el de la madre, a quienes el lazo astral del amor liga y reúne en una sola célula, que viene a ser así la primera célula de todo el humano organismo, es decir, que primero hemos vivido en el organismo o *mundo* de nuestros padres, mundo en el que morimos para nacer en estotro mundo infinitamente más grande y bello que el claustro materno.

Pero la ley no se interrumpe aquí, sino que continúa. Es, a saber, que las primeras edades se consagran, como es lógico, al desarrollo y consolidación del cuerpo físico; pero así que alhora la pubertad en el novel organismo, se forman, a bien decir, *dos polos*, como en todo cuanto existe: *uno negativo inferior*, para devolver, con el sexo, esas virtualidades físicas de nuestros padres recibidas, que han de asegurar por hoy la continuidad física de la especie, y *otro positivo superior*, para formar y perfeccionar, a guisa de nueva placenta, el cuerpo etéreo y astral futuro. La línea neutra demarcadora de los dos es la hipótesis, o, si queréis, el sistema nervioso y todos los *chacras* o centros de fuerza relacionados con el simpático, por lo que se comprende bien que la balanza caiga del lado de lo físico con el sexo, o del lado de lo astral con el ascetismo y la yoga, o, en fin, que el conjunto humano se perturbe y aun se deshaga cuando, como sucede con toda magia práctica que no tenga por base la virtud y el altruismo más impersonalizado, cual el de los santos, pretendemos gozar del sexo, y al par pretender la entrada en ese mundo *jina*, en el que el sexo, si es que existiese, sería otra cosa harto distinta.

¿Estará por aquí también la clave de ese misterio de la Vaca, que nos ha acompañado a lo largo de este libro? No lo sabemos; pero parece lógico el pensar que, si un Adepto, al estilo de San Antonio de Padua, pue-

en las que se sacrificara un adolescente para salvar al rey, y nuestros recientes sucesos de Gador y de Enriqueta Martín en Barcelona recibirían una plena y nobilísima justificación científica. ¡Pobre edad esta nuestra edad negra del *Kali-yuga!*

de estar, por ejemplo, predicando físicamente en Lisboa, y enviar su doble astral *humano* para socorrer a su padre en Pádua; un discípulo, con cuerpo astral menos evolucionado aún, acaso al tratar de proyectar a distancia su doble, no consiga darle sino forma de uno de tantos animales inferiores; la vaca, verbigracia, ya que, si es ley de la embriogenia la de pasar previamente el feto humano por todos los grados inferiores de la animalidad antes de tener forma de hombre, la ley embriogenética no habrá de desmentirse en la evolución del cuerpo astral, pues que en el Universo, a bien decir, la Ley es Una, según la clave de Hermes, de que lo que está arriba, es como lo que está abajo, para obrar el misterio de la Armonía, en la que se entrelaza y sintetiza lo vario con lo uno.

Continuando nuestra hipótesis, podremos añadir que, pasada esa edad neutra del impúber, se inicia; al par con la pubertad, esa doble evolución del sexo por un lado (elementos de astralidad preparatorios para la encarnación de los nuevos seres, que van así a pasar de lo astral a lo físico) y de la *yoga* o *meditación*, etc., por el otro (o sean elementos de astralidad preparatorios también para la desencarnación física de nuestra propia *mónada*, y encarnación y nacimiento efectivo de la misma en el mundo astral superior donde los *jinas* habitan). La generalidad de los hombres, siguiendo la línea natural evolutiva trazada desde que la Humanidad cayese en la ley de la procreación física, desarrollan más el sexo o polo negativo, por lo cual sólo pueden acaso proyectar su doble al tiempo de morir, o en los momentos de suprema angustia hiperfísica o anormalizadora; pero hay algunos que, por condiciones asexuales de nacimiento (1), o por santidad

(1) H. P. Blavatsky, al decir de Olcott (con cargo a dictámenes médicos), era asexual, y de aquí sus poderes psíquicos, de los que ella nunca hizo aprecio, malgastándolos aquí y allá cuando, bien administrados, añade éste, habrían bastado para convencer a cien Academias acerca de la aplastante realidad de lo oculto. Se comprenderá también el por qué tantos artistas, desprovistos del lastre de la virtud, al querer desarrollar aquel *polo positivo* que tiene por alma la imaginación creadora, más de una vez se han visto aquejados por las más tristes aberraciones del *polo negativo* del sexo. Ello fué también la causa de que Salomón, al decir de la Biblia, perdiese su Sabiduría y Sansón su fuerza mágica, en brazos de las mujeres, mientras que todos los Parsifales, Josés, Susanas, etc., realizan verdaderos imposibles mágicos, que no habrían alcanzado a realizar si hubiesen obedecido al sexo, como el resto del mundo.

El problema, como se ve, es de sencillez aterradora, encerrada en este *trilema* de que al sexo, o se le obedece rectamente con el matrimonio, que es lo normal en la vida recta ordinaria; o se le trasciende, heroico; o se le perverte, mísero... ¡Qué horror no deberán, pues, causar a todo hombre honrado

Leche de la Vaca de Gauthama, el Néctar de los dioses, la Ambrosía de los Cielos, el Amrita de la Inmortalidad, el Pan de la Eucaristía, el Soma de la Liberación, el Elixir de la Vida!...

¡No hay más Magia que ésta, ni tampoco otro medio de liberación de la cárcel de este misérrimo planeta!

FIN DE GENTES DEL OTRO MUNDO

Y DEL SEGUNDO TOMO

DE LA «BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS»

BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS
 TOMO II
 DE GENTES DEL OTRO MUNDO

INDICE

	Páginas.
<i>Dedicatoria</i>	VII
<i>Prólogo, por D. Fernando de la Quadra Salcedo</i>	IX
<i>Preliminar</i>	X

CAPÍTULO PRIMERO

LO QUE PUEDE PENSARSE EN UNA TARDE DE PRIMAVERA

El Misterio y los chicos.—Los selenitas.—Lucrecio y los habitantes de otros mundos.—Fantasmas modernos y leyendas antiguas.—Dos relatos del coronel Olcott.—Los tesoros de los *finas*.—El hipogeo de Karll.—La Vaca de las cinco patas.—Los *finas* andinos.—Marco Polo, el coronel Jule y los elementales del Gobbl.—Los *afrites* del desierto.—Arenas musicales.—El Ave Roc y los chinos.....

1-24

CAPÍTULO II

LA PIEDRA CÚBICA

El Pórtico de la Magia y del Ensueño.—*Las Mil y Una Noches* y el subterráneo de Aladino.—Su Lámpara y su Anillo.—Abrete; Sésamo.—La Piedra del Tesoro de los Incas.—La leyenda de la esposa de Atahualpa.—Misterios del Perú y de Bolivia.—Pesquisas modernas sobre el tesoro del Cuzco.—Cavernas históricas.—La Piedra del Destino.—El Ancora de la Vida.—La Piedra del Karma.—El Tentador y sus piedras.—Padres y Pitris.—Las promesas del Sendero....

25-46

CAPÍTULO III

LA VACA RELIGIOSA Y MÁGICA

La Vaca del sadhú.—Los bunis sivaltas.—César Cantú y la Vaca de Gauthama el Buddha.—Las Vacas del Sol.—El rey Arthur y el Boyero celente.—Supervivencias ancestrales respecto al fantástico

animal.—La Vaca religiosa crea un abismo entre los pueblos.—Kabilres y Rishis.—La Ternera de Parvati.—El sueño de Faradn.—El *Bos*, bos primitivo europeo.—Los Misterios de Mythras.—La Iniciación sacerdotal semítica.—La Ka-ba y los Arabes.—La Vaca en el Corán.—La Vaca en el Manava-Dharma-Shastra o Código del Manú.—La Vaca y el dios Ganesha.—Los brahmanes y la Vaca.—El buey del Maha-Deva.—El buey Apis.—El Taurobolio emeritense.....

47-80

CAPÍTULO IV

EL BECERRO DE ORO Y LA ALQUIMIA

El signo vernal del Toro y la precesión de los equinoccios.—Panoramas astronómico-religiosos. La Heraclida de Panyaris.—Las Pléyades, centro del Universo.—El becerro de Aarón.—El Velo de *Las Mil y Una Noches*.—El Vello de oro y la Piedra Filosofal.—El Templo de oro del Penjab.—El Dorado. Los tesoros del desierto de Gobbi.—El *Oedipus aegyptiacus*.—La Magna Obra.....

81-116

CAPÍTULO V

LA DIOSA ISIS

La antigüedad y el culto simbólico de IO. Algunos nombres de la Didad lunar en los diversos pueblos: *Sanjha, Pestnonte, Minerva Cecropiana, Venus de Pafa, Diana Dictinia, Proserpina Estigla, Ceres, Juno, Belona, Hécate, Atacina, Ramnusia, Fehea, Arthemisa, Shri, Laksmi, Gauri, An o Annas, Ananga, Annaitis, Antanust, Mani, Tami, Tane, Tina, Atenea, Helena, Selena, Ataensic, Luna, Lucina, Noith, Juno-Lucina, Jaiuo-Lucina-Luelfera, Trivia, Tergemna, Pergaea, Millid, Fascella, Hera, Felsina, Amtevnga, Noctilocua, Parsifae, Persefona, Illthya, Athora, Soma, Nari, Ardhanari-iswara, Argha, Alna, Hayat, Alnuf, Issaidonia, Iacea, Iona, Iasma, Iowa, Iaaa, Iana, Ioana, Isis, IO...*—Los divinos jeroglíficos de la Luna.—Jehovah e IO.—La triple luna de los cielos y la tierra y los Infernos.—Las aguas y la Luna.—El Velo de Isis y las leyendas.—Osiris, Horus, el buey Apis y el Ibis.—El culto de Serapis y de Mythra.—El sacerdocio romano y el culto bovino.—El taurobolio emeritense.—El toro de Ormurd.—Thot-Hermes.—El *Asno de Oro*, de Apuleyo.—Otros detalles isiacos esparcidos por los pueblos los más diversos.....

117-150

CAPÍTULO VI

LOS INVISIBLES

Xenócrates y sus «Magnitudes Invisibles».—Las ideas de Goethe y la Monadología de Leibnitz.—Los 330 millones de seres del Panteón hindú.—Las tres creaciones de invisibles de las Puranas.—El

Conde de Gabilis del Abate Villars.—Teosófico y Espiritismo.—Las caldas angélicas.—Mortales e Inmortales.—Salamandras, sílfides, ondinas y gnomos.—Incubos y súcubos.—Los *espiritus*, para los chinos.—Los *maruts* y el Rig-Veda.—*Indra*.—Los *ruts* y *maruts* caldeos y árabes.—La infancia de Blavatsky.—Los monstruos heráldicos de Pallot.—Nuestra insensatez actual y la sentencia de Hermes Trimegisto.—La raza *jina* o *jaina*: en el Faristán; entre los persas e hindúes; en *Las Mil y Una Noches*; en la obra de Ctesias; en Africa; en el Japón, etc.—Los *jinás* y un lindo cuento de Blavatsky... .. 151-195

CAPÍTULO VII

LA RAZA «JINA» DE LOS TUATHA DE DANAND

Los primeros colonizadores hispánicos del Gaedhill Irlandés.—Los arlos *Tuatha* y los berberisco-atlantes *Fir-Bolgs*.—Éxodos misteriosos.—La mágica escritura arbórea de los *ogams-craoibs*.—Cantos oslánicos.—Las cuatro ciudades mágicas de Escandinavia.—La piedra del Destino de los hijos de Tuirín.—La Espada encantada de *Mano de Plhta*.—La sagrada Lanza.—La caldera de Dagda o de Pedro Bothero.—Cómo los Tuatha se transformaron en invisibles *jinás*.—La caza de los boars encantados.—Datos para conocer algún día sus futuras bibliotecas.—La Edad de Oro y la bendita *Tierra de Bessinn*.—La *Athanasia*, de Estrabón.—Más y más documentos mágicos.—Los magos de Motezuma en la *Tierra Jina* de Pacaritambo o *La Mansión del Amanecer*.—Los *jinás* son una clave preciosa para la historia de México..... 196-263

CAPÍTULO VIII

LOS «JINAS» EN ESPAÑA

Las glorias de los poetas y el mito tradicional.—Gustavo Adolfo Bécquer y los *jinás*.—Las leyendas becquerianas.—La leyenda del gnomo del Moncayo.—Los gnomos de Franz Hartmann.—El Monasterio de Vezuela.—Riqueza mitológica española en el Bierzo y en Asturias.—El problema de los Vascos.—Los *jinás* del arroyo de Torote y de la vieja Compluto.—Rota y sus tesoros mitológicos.—Un oculista olvidado: Don Benito Arias Montano.—La caverna de Ronda y su lago.—Las de Aracena y Alhajar.—El Cerro de Salomón.—Las cuevas de Salteras.—Montoro y la familia Blavatsky.—Las cuevas de Lituerto y La Huesa.—Fantasmas y dólmenes.—Los misterios de las Salas de Gallarda.—Un pajarero misterioso.—El Or de Caravajal y los Penitentes Mudos.—¿Un guía *jina*?—Los castillos de las comarcas de Bailén y de Andújar.—Recuerdo ocultista de las batallas contra los franceses.—Desaparece el guía..... 264-290

CAPÍTULO IX

EL DIOS JANO, JAINO O JINA

Simbolismo arcaico del Sagrado Diez.—Siempre y doquiera aparecen los emblemas del Sol y de la Luna.—Saturno y Jano.—Jano-Enoch-Noé.—Jano-Eneas.—Jano y los Tuatha.—Hermes-Jano.—La Jana, Yajna, Gñana, Gnosis o Conocimiento Iniciático.—Kwan-Yin y Swan-Yin, los Janos asiáticos.—Jano-Avalokita-Iswara.—Los Dhyans-Chohan o Juanes celestes.—La religión Jaina y sus cuevas iniciáticas.—Los Janos de América.—Los Gymnósofos.—Los Genios y los Primeros Reyes Divinos o Pastóforos.—Jano-Oanes.—Los reyes Janos o Jainos y César Cantú.—La doble cara de Jano, el Tercer Ojo y la Mandala Pincal.—Las Dinastías Divinas en los libros de Platón.—Teopompo y los buenos espíritus *Jinas*.—Otros problemas más relacionados con Jano y con los *Jinas*.....

291-312

CAPÍTULO X

EL MISTERIO DE LOS «JINAS»

Las enseñanzas de San Pablo y el problema de la resurrección.—El Mito de Prometeo.—El retorno de la Edad de Oro.—El misterio del IT o ITh y su jeroglífico.—La Santa Señal de la Cruz.—El secreto de la Mercaba.—Toponimias a granel del IT.—La avástica Jaina.—El ITh y las cavernas.—El Otro Mundo está a nuestro lado mismo.—Las moradas de los Iniciados de las razas Tercera, Cuarta y Quinta.—Montañas artificiales y pirámides naturales.—Los arcadios, más antiguos que la Luna.—El mundo del ensueño y el de la vigilia.—Paralelo psicológico entre la Tierra y el Hombre.—*El Diablo Mundo*, de Espronceda.—Los daimones y el alma de las células.—La clave de lo astral y la inhibición de los sentidos físicos.—Revelación dolorosa.—Reacciones kármicas contra todos los humanos Prometeos.—Por qué perdimos la visión transcendente y cómo habremos de recobrarla.—Dharma y Karma eternos.—La leyenda de Abdallá, el ciego.—Derroteros reprensibles de nuestra ciencia actual.—Los Caballeros de *El Dorado*.—¡Siempre el problema del sexo!—Las aguas del Leteo.—La Vaca única y divina.....

313-378

INDICE.....

379

COLOFÓN.....

383

ESTE LIBRO, CONSAGRADO A IO O ISIS,
HOY TOMO II DE LA «BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS»,
SE COMENZÓ A ESCRIBIR
EN EL AÑO DE 1914,
Y SE TERMINÓ EN 1916, EL DÍA 18 DE DICIEMBRE,
FIESTA DE «LA VIRGEN DE LA O.» (IO)
AL AMANECER.
EMPEZÓSE LA PUBLICACIÓN DEL MISMO
EN LA IMPRENTA HELÉNICA,
PASAJE DE LA ALHAMBRA, NÚM. 3, MADRID,
EN LOS DÍAS 1.º Y 2.º DE NOVIEMBRE DE 1916,
FIESTA DE SANTOS Y DE LOS DIFUNTOS,
NUESTROS JINAS,
TERMINÁNDOSE CON DICHO AÑO DE 1916,
Y DÁNDOSE AL PÚBLICO EN EL AÑO NUEVO DE
1917.